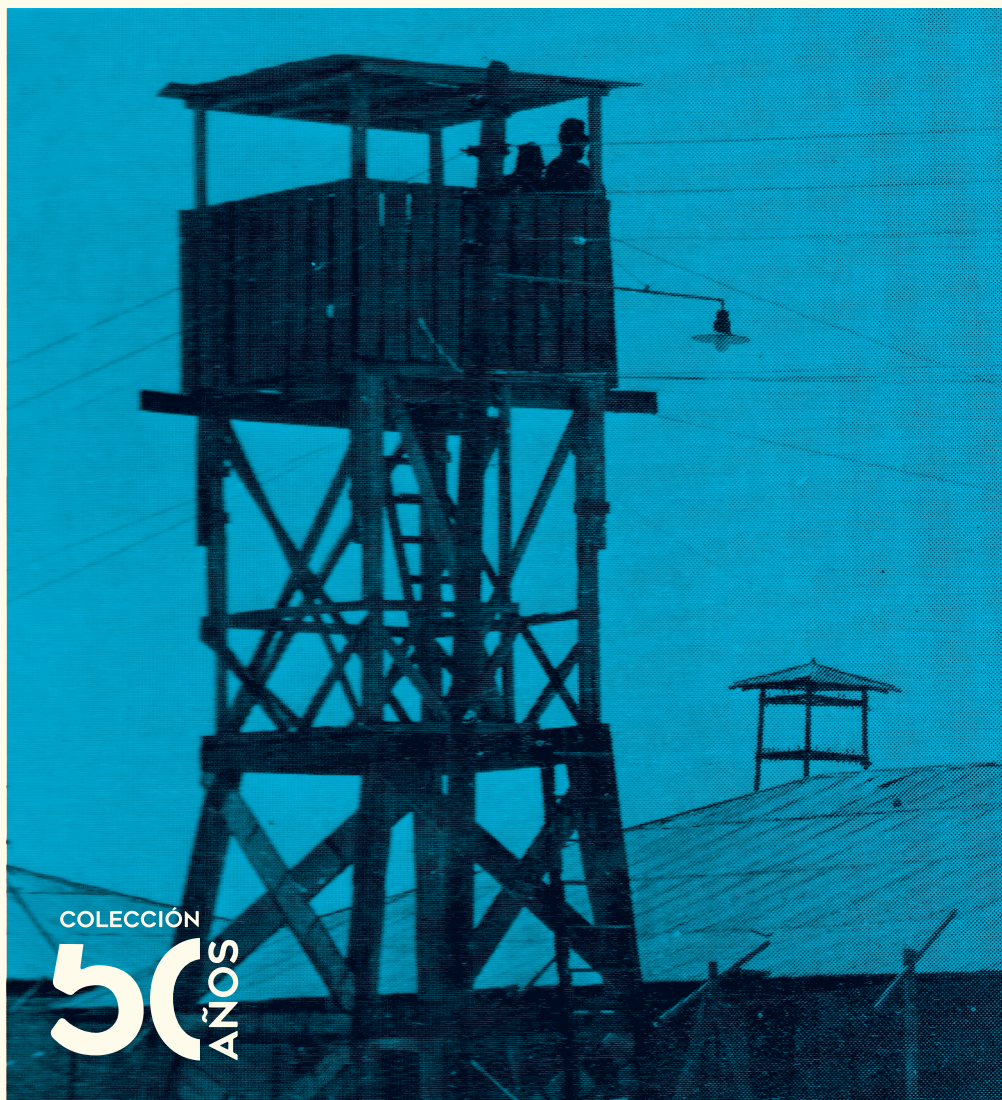


# NOTICIAS DE UN PUEBLO FANTASMA

**CHACABUCO: PRISIÓN Y VERSO LIBRE**



COLECCIÓN

50  
AÑOS

**JORGE MONTEALEGRE ITURRA**



# NOTICIAS DE UN PUEBLO FANTASMA

**CHACABUCO: PRISIÓN Y VERSO LIBRE**



## CONMEMORACIÓN 50 AÑOS DEL GOLPE DE ESTADO - UTE - USACH

Esta colección reúne obras relativas al golpe de Estado y a la dictadura chilena, situando en el centro a la Universidad Técnica del Estado (UTE), para dar cuenta de sus efectos. De esta manera, entrega una visión coral sobre dicho proceso, compuesta de estudios académicos, documentos, entrevistas, testimonios, reportajes y textos literarios de autores disímiles en cuanto a su formación, inclinación política y pertenencia institucional, lo que provee a la colección de una diversidad en sus géneros y miradas.

### **Noticias de un pueblo fantasma. Chacabuco: prisión y verso libre** Jorge Montealegre Iturra

Editorial Universidad de Santiago de Chile, 2023  
Av. Víctor Jara 3453, Estación Central, Santiago de Chile  
Tel.: +56 2 2718 0080  
[www.editorial.usach.cl](http://www.editorial.usach.cl)

© Jorge Montealegre Iturra, RPI: 2023-A-6008

I.S.B.N. edición impresa: 978-956-303-639-8  
I.S.B.N. edición digital: 978-956-303-636-7

Director colección: José Santos-Herceg  
Director editorial: Galo Ghigliotto G.  
Edición: Catalina Echeverría I.  
Diagramación: Andrea Meza V.  
Diseño de colección: Karin Gildemeister B.  
Montaje de portada: Ana Ramírez P.  
Corrección de textos: Luz María Astudillo U.

Primera edición, noviembre 2023

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico o mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo, por escrito, de la editorial o del autor.

Impreso en Chile

**JORGE MONTEALEGRE ITURRA**

NOTICIAS DE  
UN PUEBLO  
FANTASMA

**CHACABUCO: PRISIÓN Y VERSO LIBRE**

  
EDITORIAL  
USACH

COLECCIÓN  
**50** AÑOS



## Índice

VIAJE HACIA LA POESÍA .....	13
I. Rumbo al Norte .....	19
II. Lugar de memorias .....	29
III. Cuando amanece el día .....	39
IV. El gobierno de los presos .....	65
v. Resistencia cultural.....	89
VI. Festival de la canción y la poesía .....	109
VII. Contraórdenes. La memoria en diferido .....	133
VIII. Despedidas y regresos.....	161
POEMAS, CANCIONES Y CRÓNICAS	
FESTIVAL DE LA CANCIÓN Y LA POESÍA DE CHACABUCO.....	189



*A mis hijas, nieta y nieto.  
A Pía.  
A mis hermanos chacabucanos.*



## Campos de memoria

Mi padre era un hombre de campo.  
Pero no araba ni sembraba la tierra. Tampoco  
criaba animales ni tomaba leche al pie de la vaca.  
Sin ser deportista o fan de algún grupo de rock,  
durmió en el Estadio Nacional. Sin quererlo  
transitó más de tres meses por el desierto de  
Atacama. Además de pasar alguna noche en el  
Estadio Chile.  
Mi padre dejó el campo viajando sin voluntad  
al extranjero. Pero volvió para enseñarme que  
los campos no son sólo donde se siembra y se  
crían vacas.

MIRANDA MONTEALEGRE BARROS

Chacabuco, 23 de noviembre 2013



## VIAJE HACIA LA POESÍA



Ya no siento el olor de las frazadas del Estadio Nacional, sino el olor de la tinta del libro que lleva ese título. Lo publiqué en el año 2003, cuando se conmemoraban treinta años del golpe, de la muerte del presidente Allende y del inicio de la prisión política. Ahora, cuando se cumple medio siglo, nuevamente siento la necesidad de retomar la historia del joven que fui y los recuerdos que registró y publicó precariamente en Roma, en el año 1974<sup>1</sup>. De ese diálogo con el testimonio del veinteañero resultó el libro *Frazadas del Estadio Nacional*, que termina con la salida de los prisioneros de ese recinto. Dejar el Estadio no era, sin embargo, la libertad sino el inicio de un viaje. El simbolismo de los 50 años me insta a volver e intentar completar el itinerario.

En abril del 2023, el año que se conmemoran 50 años del golpe de Estado, he regresado a Chacabuco. Un viaje brevísimo e intenso. Volví, presencialmente, durante este proceso de retorno a la memoria y a la escritura, que también es un viaje.

Con una ritualidad no programada, he regresado a Chacabuco en tres oportunidades. Cada diez años. ¿Por qué volvemos,

---

1 El impreso se titula *Chacabuco*: un librito del que el mismo autor picó los estenciles en una máquina de escribir para publicar 100 ejemplares en papel roneo tamaño oficio, corcheteado. Se imprimieron en el mimeógrafo que manejaba Hugo Cárcamo en la Oficina de Chile Democrático, de Roma. El testimonio fue presentado y entregado en la Tercera Sesión de la Comisión Internacional de Investigación de los Crímenes de la junta militar en Chile (conocida como la Comisión de Helsinki), que se reunió en Ciudad de México entre el 18 y el 21 de febrero de 1975. Para quienes estudian los testimonios de prisión política, obviamente les ha sido difícil conseguirlo.

con extraña nostalgia, a un lugar que podríamos odiar? Volver, entonces, también ha sido volver a los apuntes; a los recuerdos escritos en 1974. Vuelvo a Chacabuco con y sin comillas; a la verificación de lo dicho, al hallazgo del error, a borrar adjetivos de una retórica que hoy siento innecesaria. Vuelvo a su (re)escritura, reconociendo en la oficina salitrera el lugar del descubrimiento de esta vocación que compromete. La memoria de un momento hoy se puede complementar con nuevos relatos sobre el mismo lugar de memoria que se puede seguir mirando desde diversos puntos de vista. Es una re-visión. Recordando lo que vuelve a la memoria y respetando lo que aparece mientras estamos escribiendo. Acoger lo que no sabíamos, aunque no nos guste. Es un vaivén, que empieza en un barco: el Andalién, que fue la prisión que siguió al Estadio Nacional. Volver, al fin, para poner las últimas líneas de este libro.

Regreso a esa primera escritura de la memoria, fresca y de urgencia en esos días de 1974 cuando todavía Chacabuco era un Campo de prisioneros y había que testimoniar por aquellos que no podían hacerlo. Nuevamente, al retomar lo escrito y retornar a mí mismo como en una regresión, no puedo hacer como que no pasara nada mientras reviso y escribo. No pasa nada: pasa mucho. Y la memoria se tiñe, se tropieza y se interrumpe con digresiones estimuladas por el presente, más aún cuando el adolescente —protagonista y testigo de la prisión política— ya es una persona que bordea los 70 años. Recuerdo que recordé, escribo que escribí. Vuelvo a los datos y a los relatos. Todo pasa de nuevo por el corazón que, para mí, junto con ser una metáfora de los duelos —las pérdidas y los enfrentamientos— es una dolencia que ratifica nuestra humana precariedad.

A la distancia, sin haber sido héroe ni mártir, he optado por enfrentar la continuidad de mi testimonio con la perspectiva de un escritor que recuerda sus inicios en una situación excepcional y que sigue preguntando por esos días incompletos.

La poesía se fue acercando a Chacabuco en un barco carguero y en un tren de trocha angosta. Así comienza una historia personal, que al mismo tiempo es de muchos. Mis primeros versos los escribí en esa oficina salitrera, en el desierto de Atacama. En

sus ruinas, convertidas entonces —en 1973 y 1974— en un Campo de prisioneros. Escribir sobre el descubrimiento de la poesía en un lugar tan singular es mi reivindicación de memoria. Nada heroico, pero es parte de una experiencia personal y comunitaria en torno a una escritura que no ha sido considerada literatura, sobre la cual prácticamente no hay registro.

Me desdoble y me veo en Chacabuco más como un espectador que como un protagonista. Un testigo un poco invisible. Intimidado, por timidez y temores. Me cuesta tener una imagen de mí mismo en esa situación. Reconozco que, salvo un par de casos, la amistad con mis amigos chacabucanos se construyó después de Chacabuco. En situaciones de exilio, en almuerzos de camaradería, en el mundo del trabajo. En libertad, nos basta decir que estuvimos en Chacabuco para que se establezca un lazo fraterno. Así fui conociendo relatos que, indirectamente, son parte de mi propia biografía o de nuestros mitos, leyendas, historia colectiva. A la memoria personal, se agregaron las novedades conocidas en diferido y las averiguaciones motivadas por la curiosidad que despierta cada palabra vinculada con esa experiencia. Nadie del pueblo sabe todo lo que pasa en su pueblo. En mi caso, habiendo estado en Chacabuco, de muchas cosas me enteré años después. Todo aquello se trenza en un relato teñido, inevitablemente, por la situación de escritura. En ciertos pasajes, fantasmagóricos, el imaginario de Chacabuco oscila entre Macondo y Comala.

¿Qué más podría contar que ya no esté bien relatado por Rolando Álvarez, Tato Ayress, Manuel Cabieses, Rolando Carrasco, Luis Cifuentes, Luis Alberto Corvalán, Adolfo Cozzi, Alberto Gamboa, Enrique Jenkin, Mario Molina, Ciro Oyarzún y otros compañeros que han escrito sus testimonios y que, además, estuvieron más tiempo prisioneros o vieron y vivieron experiencias que yo no supe, no recuerdo o no puedo testimoniar como testigo presencial? Hay una extensa bibliografía chacabucana. Más allá o más acá de los libros, en la comunidad cada uno aportó a la convivencia y luego a una memoria de todos. Busco reconocirme en ese contexto. No fui “importante” en Chacabuco, hasta cuando escribí un poema que fue bien recibido por la comunidad: para los chacabucanos soy “el autor del choquero”. Esa es mi reivindicación

de memoria: haberle escrito a un tarro; por ello prefiero situar y contar mi primera incursión en la poesía. No es un recuerdo del horror. Aquello, el espanto, lo viví en mi casa de la cual me arrancaron a culatazos, en la Escuela Militar donde estuve horas hincado sobre mis manos; en el velódromo del Estadio Nacional donde me aplicaron corriente y estuve a oscuras vendado bajo una frazada. Golpes e insultos. Ya he escrito sobre ello. Podría volver al dolor, a compadecerme bajo la frazada; pero también hay “una extraña felicidad compartida”<sup>2</sup> que vale la pena — sí: la pena— relatar.

Después de los horrores —o en medio del horror— se impone un largo silencio, la palabra pasmada que sigue siendo más elocuente para reconocer la búsqueda de un decir posible para representar lo inadmisibile, la inhumanidad, la crueldad extrema y la vergüenza. Esa memoria del horror la llevamos con nosotros a Chacabuco y otros lugares. Desde ese silencio, que precede a la palabra, fue apareciendo la poesía.

---

2 Expresión utilizada en el Manifiesto del Teatro de la Memoria “Villa Grimaldi Social Club”, leído en enero de 2009 en la excasa de tortura Villa Grimaldi, por el actor y director Óscar Castro (1947-2021): “En el Campo de Concentración compartimos momentos inolvidables de una extraña felicidad compartida. Porque reímos tanto como lloramos. Imagínense entonces cuánto reímos porque sufrimos tanto como amamos así que imagínense otra vez cuánto amamos”.

# I

## Rumbo al Norte

El toque de diana despertó a los soldados. A nosotros, los gritos con la orden de que nos formáramos en la pista de cenizas. La tensión del último día en el Estadio nos recordaba el desconcierto y el miedo del primer día. El cuerpo tiene memoria. Se abría una nueva incertidumbre. Al salir en fila india devolvimos el cargo fiscal: el tazón, la cuchara y la frazada que habíamos atesorado. Las mujeres que estaban en el Estadio, en la piscina o en la tribuna, tuvieron otro destino. Nos despedían cantando “Run Run se fue pal norte”.

A culatazos y empujones nos subimos a los buses, bajo la vigilancia de guardias que nunca dejaron de apuntarnos. La caravana partió lentamente. Solamente hombres. Al cruzar las rejas, saliendo del Estadio, pasó entre la gente que sabía del traslado y quería despedirse o quería preguntar por enésima vez por el paradero de su familiar desaparecido. Nosotros no podíamos responder ni hacer gestos: vista al frente, intentando mirar de reojo y reconocer alguna cara. Las personas, alejadas de los buses por los militares, fueron quedando atrás con sus gestos de despedida, con su impotencia, con sus pañuelos. Después supe que Nené y Oscar, mis hermanos, estuvieron ahí. Las aglomeraciones a la salida del Estadio probablemente fueron las primeras manifestaciones que reencontró a compañeros y compañeras que habían perdido contacto desde el golpe.

## Viaje al puerto

Larga era la caravana de buses y el operativo impresionante. Motos, sirenas, *jeeps*, helicópteros rasantes, camiones militares. Una escolta desproporcionada. Nos creían más peligrosos de lo que éramos o nos utilizaban para amedrentar a la ciudad que se asomaba a la escena de guerra. Éramos más de 700 presos políticos. Enemigos internos, según la doctrina impuesta. Caminos cortados, bocacalles cerradas para dar el paso. Nosotros también con la boca cerrada. Bajo amenaza. Cabizbajos de cuerpo y ánimo. La carretera le daba continuidad a la prisión como un puente, como un eslabón entre dos etapas del cautiverio. Después de la tortura nos “sacaban de circulación”. Con el Estadio Nacional en el recuerdo, con el miedo al apa, mirándonos de reojo, llenos de preguntas, fuimos llegando silenciosos al puerto. Entramos a Valparaíso. La gente saludaba desde lejos. ¿Esto fue un 9 de noviembre? En bajada los buses tomaron una curva que de improvviso dejó ver el océano.

Recordé la primera vez que vi el mar. El primer asombro. Otra curva. Entonces iba en tren, hacia una colonia veraniega que estaba en Pelancura, entre San Antonio y Cartagena. Mi madre, funcionaria pública, iba entre las “tías” que cuidaban a los niños y niñas veraneantes. Esta vez, en cambio, sentía la mirada de los soldados. No estábamos de vacaciones ni éramos niños. El ansia por llegar era distinta. Entramos a Valparaíso. La única vez que había estado en ese puerto la recordaba como una película: me veo vagando por el cerro Larraín, en medio del bullicio de una noche especial. Fue el primer Año Nuevo después de la muerte de mi madre. Tenía 13 años. Me perdí en el cerro y cuando dieron las doce la gente brindaba, me abrazaba en la calle y me invitaba a sus casas para celebrar. Literalmente como a un hijo de vecino. Yo miraba y seguía la corriente. Había llegado a los cerros acompañando, como un lazarillo, a un tío —ya mayor y muy gordo— que no se podía agachar y necesitaba quien lo ayudara a recoger los corchos y cordelitos que coleccionaba. En fin, llegamos a este Valparaíso que para mí era un cerro mágico donde me había perdido en una callejuela iluminada por fuegos artificiales.

Vuelvo a noviembre de 1973, rumbo a Valparaíso. A diferencia de los navegantes antiguos ninguno de nosotros diría que iba al paraíso. Daban ganas de bajarse del bus y salir a recorrer los cerros. Rigurosamente vigilados, llegamos al puerto. Directamente al muelle Barón.

## El Andalién

Listo para embarcar nos esperaba un buque mercante, un carguero construido en 1955 que la Cía. Sudamericana de Vapores había facilitado al gobierno para el transporte y permanencia de presos políticos. La prisión flotante se llamaba Andalién, palabra mapuche que recuerda un río y una batalla donde los españoles masacraron a cientos de indígenas en 1550. Nada de lo anterior lo sabía al momento del embarque, pero nunca olvidé el nombre del barco. ¿Por qué se llaman como se llaman los lugares donde hemos estado? La curiosidad nos conecta con diversas memorias que contiene esa palabra/lugar; al conocer esos pliegues, inesperadamente, tienen sentido para nosotros y se incorporan a nuestra biografía.

Uno a uno con nuestras cosas, fustigados, fuimos bajando de los buses según la lista que leía un oficial del Ejército que nos acompañó desde Santiago para entregarle la responsabilidad a la Armada. Antes de zarpar, nos despidió en la cubierta el coronel Jorge Espinoza Ulloa, encargado del Estadio Nacional y director de la Secretaría Nacional de Detenidos (Sendet). Nos aclaró que viajaríamos hasta Antofagasta. Que íbamos a un lugar llamado Chacabuco y que, sin tener cargos específicos, éramos “detenidos provisorios”. La estadía podría ser breve o prolongada. El tono y la información no nos tranquilizaban. El abordaje no fue fácil. En fila india, como ganado torpe, tuvimos que cruzar un tablón, un puente empinado y resbaladizo que atravesamos con mucha dificultad por nerviosismo, nuestros pasos inseguros y por el hostigamiento constante de los marinos que nos picaneaban como jugando al callejón oscuro. Un resbalón podía significar caer al agua. Había que apurar el tranco. No era fácil porque, además de nuestro aturdimiento, cada uno llevaba un bulto grande con equipaje

que los familiares nos habían llevado al Estadio Nacional. En mi caso un “bolso marinero” de lona verde. Era lo único de marinero que yo —que nunca aprendí a nadar— podía tener.

Nos acercaron a una de las bodegas. Desde la cubierta se veía honda y oscura como un pozo. Me temblaban las piernas. Los marinos parecían impacientes por vernos en esa gran fosa. Y apuraban. Pero no era fácil bajar. Lanzamos primero nuestro equipaje como sacos de basura. Luego, inexpertos, bajamos a duras penas por una escala muy vertical y angosta. Sin la destreza de los marinos.

No tengo la imagen de mi propia torpeza, pero me costó descender por esa escalerilla: unos fierros empotrados en unos huecos de la pared de barco, de ellos había que agarrarse y pisarlos hasta llegar al fondo de la bodega. En la jerga porteña le llamaban la “escalera de gato”. Sufrí menos, claro, que los compañeros que debieron ser bajados con grúas, amarrados. Sin arneses, como lo habrían hecho con un animal, bajé temeroso de resbalar o de que me pegara un bulto volador que me hiciera caer. Peor lo pasó el compañero que tenía un brazo ortopédico, otro, un zapato especial demasiado grande para el espacio de la escalerilla. Eran viejos, lisiados o con efectos recientes y graves de las torturas. Quisieron obligarlos a bajar por sus propios medios, pero los insultos no cambiaban la dura realidad: o los tiraban como sacos a la bodega o los bajaban como una carga más frágil. El profesor Mario Céspedes, conocido por todos, estuvo entre quienes bajaron penosamente. Para no caer debió soltar su maleta que, a pesar de tener la ayuda de un compañero, igual se rompió al caer dejando a la vista todo su equipaje desparramado. Útiles de aseo, ropa; libros, alguno de poesía.

Con una grúa bajaron a los compañeros discapacitados. Y descendieron oscilando en el ambiente denso de la bodega, entre las mofas de la tripulación y nuestras miradas inspiradas por el humor negro y la conmisericordia. Desde abajo se pudo ver cómo aparecía una imagen sorprendente. La grúa bajaba, casi con delicadeza, una guitarra. Era la que mi prima Mónica le había llevado a Raúl Díaz al Estadio Nacional. Se salvó del destrozo.

La nave tenía dos o tres bodegas. La que nos correspondió estaba dividida en pisos —dos al menos— con tablones sucios que serían nuestro suelo. Limpiamos un poco el polvillo que había por todas partes. En un rincón había algunas planchas de madera. Las movimos con esfuerzo, las pusimos sobre el piso de acero y las acomodamos para estirar nuestras frazadas, ojalá dormir, y llevar en mejor forma el balanceo. En la oscuridad de la bodega la noción del tiempo se trastocó. Mi desorientación era completa. No sólo no sabía a dónde íbamos, tampoco si era de día o de noche y nunca he tenido claro cuánto duró todo ese viaje. ¿Dos, tres, cuatro días? Ya sabíamos, en cierto sentido, matar el tiempo. Superando el desconcierto, acomodándonos a la nueva situación, poco a poco fuimos abriendo nuestros bártulos para buscar algún chaleco. La bodega era fría. Del equipaje que los familiares habían llevado al Estadio fueron apareciendo algunos juegos, sin desdeñar los manoseados y artesanales naipes o las rudimentarias piezas de dominó que habían sido tan valiosas en las galerías. La nueva cotidianidad, la rutina vivida en el Estadio, se proyectaba como un aprendizaje en la bodega.

Al cerrarse la escotilla por la que entramos a la bodega la oscuridad nos hizo desaparecer. Solamente un hilillo de luz se abría paso en la negrura para chocar con los tablones. La única ampolla era una metáfora colgando: luz enjaulada. El silencio también fue roto en la penumbra. Un compañero quiso cantar, había una guitarra. El canto fue romántico, triste, irónico. La bodega cobró vida. En la bodega estábamos solos. Era nuestro territorio. Los guardias quedaban lejos, muy arriba en la cubierta. Volvía el alma al cuerpo con la conversación, los juegos, los chistes, las canciones. Insistíamos en ser personas: ahora, compañeros de viaje. Un ánimo que prefiguraba lo que sería Chacabuco. Unos jóvenes actores iniciaron la puesta en escena de una pantomima (*La jaula*, de Alejandro Jodorowsky) donde los mimos representaban la angustia de la prisión en una jaula invisible: se desesperan buscando una salida, empujando las paredes hasta que rompen el muro, salen de a poco, se sienten libres, pero llegan a una jaula transparente más grande. La libertad es una ilusión silenciosa. Así fue apareciendo la poesía.

## Poesía en alta mar

La poesía llegó como un duende. Y comenzó a escucharse en la voz segura de un compañero que se fue tomando el silencio y rompiendo la oscuridad al ubicarse bajo la débil luz de la ampolleta. El poeta recitaba, desplazándose con dominio escénico en el metro cuadrado. De baja estatura, con gorro de lana y barba, parecía un duende salido de *El Peneca* compartiendo sus versos: “Ayer fue tu cumpleaños, amor/ y estoy lejos de ti/ el dolor de no verte se incrusta en mi cerebro/ y ahonda este vacío la ausencia de las hijas/ ya son muchas las horas sin tu luz, compañera...”. Pienso que para todos ahí flotó una mujer sencilla, la misma que seguramente estaba en ascuas por nuestro viaje. Recordé a la Nené, mi hermana menor, quien justamente estaba de cumpleaños en esos días, el 12 de noviembre. Pensé también en mi hermano Oscar, de pantalón corto, recitando en una radio poemas escritos por nuestro padre. Y en mi padre, escribiendo y recitando. Es decir, la poesía tenía que ver conmigo. En esa circunstancia era la única resonancia familiar. Y no me había dado cuenta.

Por su lado, el poeta consiguió que un marino se comprometiera a hacer llegar el poema a su destinataria, con referencias a los compañeros de prisión: “... la fuerza de tu espíritu/ está en sus manos fuertes y en su aliento fraterno/ y compartir sus ansias, su anhelo de libertad/ su espera/ es como estar contigo/ y hoy —junto a ellos— comprendo/ que estoy de ti más cerca”. Los mismos presos titularon el poema “Sin tu luz”. El nombre del autor: Rafael Eugenio Salas, quien hasta el golpe había sido el encargado del Departamento de Cultura de Textil Progreso. Pertenece a un grupo de teatro y estaba por publicar un libro de poemas<sup>3</sup>. Heroicamente siguió escribiendo en el Estadio Chile —hoy Víctor Jara— y en el Nacional. Los caprichos del destino lo embarcaron en el Andalién, que él ya conocía por las historias familiares: sus padres habían hecho el viaje de luna de miel en ese barco. Cuando llegó la caravana de buses a Valparaíso el padre del poeta la vio desde los cerros. También se enteró del embarque de los prisioneros en el mismo

3 Años después supe que otros poetas estuvieron en otros barcos: Mauricio Redolés en el Lebu y Raúl Zurita en el Maipo.

Andalién de sus nostalgias. Y ahí estaba su hijo. Después de esa visión y del poema, un mes más tarde, el padre de Rafael Salas murió en Valparaíso. Así conocí al poeta que fraternalmente me alentó a que escribiera mis primeros versos.

### Tiempos del asco

Los marinos nos permitieron subir un par de veces a la cubierta. Por turnos, de diez en diez. Ahí podíamos tomar un café de higo como desayuno. Parecía conveniente subir, pero nunca fui de tomar la iniciativa en ese tipo de cosas. Después supe que algunos marinos fueron depositarios de cartas que luego hicieron llegar correctamente a su destino. Yo, más desconfiado y temeroso que heroico, prefería no acercarme a los uniformados. Arriba manguereaban, a falta de ducha, y se podía tomar agua. Alguna vez los marinos bajaron una manguera para calmar nuestra sed y no faltó el disimulado codazo que me alejó del chorro de agua. La necesidad tenía cara de hereje. La ley del más fuerte estaba en plena vigencia. Subí una sola vez a cubierta. Prefería no lidiar con la escalerilla. También, me daba susto que nos tiraran al agua. Abajo, en cambio, no teníamos guardias. Estábamos solos. Éramos la carga.

A pesar del mínimo contacto, yo sentí que los marinos nos humillaban cuando nos hacían llegar la comida. La recibíamos en un balde que nos era bajado con un cordel y que se esperaba con un ansia casi denigrante. En una oportunidad, llegando abajo, oscilante, la palangana se volcó y los porotos cayeron como un vómito explosivo. Tal vez fue un accidente, simple torpeza; pero en esas circunstancias lo atribuí a la maldad de los marinos. Con el estómago revuelto resultaba imposible no recordar los pollos podridos que nos habían dado en el Estadio Nacional. Fue triste. Quedó entre las imágenes más fuertes de la travesía porque se unía la suciedad de la comida desparramada con los tambores recordados que estaban dispuestos como baños: los fétidos “chutos”. Cada uno era un tambor de aceite cortado por la mitad, que fungía de retrete con un par de tablas para sostenerse. La hediondez era insoportable. Había uno en un lugar central y otro, menos

expuesto, en la sentina, al que era muy difícil llegar porque estaba en el fondo de la bodega. Un lugar inquietante. A veces inevitable, a pesar de la vergüenza. Toda intimidación se nos había arrebatado. El vaivén, de repente brusco, provocaba pestilentes fugas de los chutos. La sensación de asco vuelve a la memoria. No sólo por el mareo de quienes nunca habíamos navegado. Lo que pasaba era nauseabundo. Humillante. Era el tiempo del asco.

Navegamos al parecer tres días hasta recalar en el puerto de Antofagasta. Recorro a otras memorias para decir que embarcamos el 7 de noviembre y llegamos el 10 de noviembre de amanecida. A las cinco de la mañana. Nos desembarcaron y vimos con sorpresa que nos esperaba un despliegue militar desmesurado que incluía tanques y tiradores en tenida de combate que apuntaban hacia nosotros. Siempre se nos atribuyó más peligrosidad de la merecida. Amenazados, la bodega fétida ya nos parecía un buen refugio. No había retorno.

## El desierto

Bajamos al muelle y ahí mismo nos metieron en un tren de trocha angosta; es decir, de un ancho de vía de sólo un metro debido a que en su itinerario original debía sortear cadenas montañosas y curvas estrechas. Se trataba del Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia, que salía del puerto hacia Calama y Bolivia. Al grupo en que yo estaba nos correspondió un coche con asientos enfrentados. Nos mirábamos frente a frente. Cada uno con cara de pregunta y prohibición de hablar, mirando de reojo a los guardias amenazantes y nerviosos. El desierto era otro planeta, un paisaje deslumbrante que se podía disfrutar con disimulo. Nosotros callados y el paisaje también. Silencioso y despoblado, algo desde las piedras nos miraba.

Pasamos cortando el territorio desértico. Traqueteando más o menos hasta la mitad del camino entre Antofagasta y Calama. Bajamos en estación Baquedano, donde la vía cruza el trazado del mítico Longino, sin tiempo para admirar su casa de máquinas y tornamesa. De soslayo pudimos ver lo que hoy es un monumento histórico. En el oasis había un par de pimientos. Con premura,

obedientes, tuvimos que subir a unos camiones que completaron, en poco tiempo y a saltos, el tramo que faltaba. La visión era alucinante. En la pampa infinita había una ciudadela, cerrada por los muros de las casas que le daban la espalda al desierto del salitre. Sin vecinos. Sobresalía una alta chimenea industrial apagada. Nos acercábamos a la antigua y abandonada oficina salitrera Chacabuco, en el desierto de Atacama, el más seco del mundo, a 102 kilómetros de Antofagasta. Las torres de vigilancia revelaban en qué la habían convertido los militares.



## II

### Lugar de memorias

En el desierto todavía hay salitre: el nitrato de sodio que puede enriquecer la tierra como abono y que, ay, también sirve para la fabricación de pólvora. Fertilizante y explosivo. El pan y la muerte en la silenciosa historia de la pampa, bajo la costra de su memoria. El descubrimiento de los mantos calicheros y del potencial enriquecimiento que escondían, hicieron brotar las oficinas salitreras desde 1865. La aventura de los pioneros fue una hazaña memorable. Luego, vino la aventura comercial que ligó la explotación del salitre a los magnates del oro blanco: los señores Gibbs, Ossa, Edwards, Harvey, Humberstone y, entre otros, “el rey del salitre”, John Thomas North, quien primero controló el agua potable y luego —a raíz de la Guerra del Pacífico— adquirió a vil precio las mejores oficinas salitreras.

#### Oficina salitrera

Después de la guerra de 1879, Chile no tuvo contrapeso como productor de salitre y sería el capital inglés y en menor medida el alemán, quienes explotarían los grandes yacimientos de las provincias nortinas recién conquistadas a Bolivia y a Perú. Durante medio siglo —entre 1880 y 1930— la explotación salitrera brindó un período de auge a la economía nacional. La riqueza que genera se nota principalmente en el buen pasar de las familias vinculadas a la propiedad de la industria. Los palacios que dejaron en la capital

y otras ciudades son un testimonio de ello. En esos parajes llegaron a brotar 140 oficinas salitreras... sin palacios para los obreros. El contraste del lujo en que vivían los magnates del salitre con la pobreza de los mineros era insultante.

Los obreros llegaban “enganchados” principalmente desde el centro y sur de Chile. Solitarios, con la ilusión de un regreso esplendoroso, los pobres del campo dejaban la lluvia para irse al desierto más seco del planeta, donde las rocas se quiebran por los bruscos cambios de temperatura que se viven entre el día y la noche. Bajo el sol había que buscar las costras en el suelo pedregoso, despedazarlas, amontonar el caliche, llevarlo en carreta hacia la línea ferroviaria. Había que cargar los carritos que se llevaban el mineral a la oficina salitrera. Y descargarlo para que pasara a las faenas de trituración, decantamiento y conversión en nitrato de sodio. El preciado oro blanco partía hacia el puerto y de allí a ultramar. Bajo el frío inclemente de la noche —y las estrellas más hermosas— los miles de obreros buscaban la oportunidad de reponer sus energías.

A la explotación del suelo se sumaba la explotación de las personas. La silicosis y las pestes, las viviendas miserables y el analfabetismo, eran signos de la postergación que sufría la familia pampina. El salario se pagaba con fichas que sólo podían ser gastadas en las pulperías o almacenes de las mismas oficinas. El negocio era redondo, un círculo perfecto: el dinero siempre volvía a los dueños de las salitreras, generalmente comerciantes ingleses o banqueros criollos. Ni soñar, entonces, con ahorrar dinero para volver al sur.

Viviendo en Chacabuco quisimos saber de su pasado como oficina salitrera. Habría funcionado entre 1924 y 1938, aunque las faenas de extracción del salitre duraron hasta 1940. Perteneció originalmente a The Lautaro Nitrate Company. Con una extensión de 36 hectáreas, tenía un sector industrial, su barrio cívico con residencias para jefaturas y propiamente el pueblo-dormitorio donde vivían los trabajadores. También un centro donde el comercio se reducía a la pulpería, la plaza con glorieta al centro, oficinas de administración, la iglesia, de torre central y tres naves; una escuela,

el teatro, la filarmónica y un hotel. En la construcción de las oficinas usaron pino Oregón importado de California.

La Primera Guerra Mundial impidió el normal suministro de salitre chileno a los mercados europeos que lo utilizaban en la agricultura y para hacer pólvora. Esto obligó a Alemania a buscar un sustituto del nitrato de sodio natural. Y lo consiguió con éxito: se inventó el salitre sintético, que se podía producir con un menor costo para los países industrializados. Empezó así la agonía de las oficinas salitreras que lentamente se fueron despoblando. Ya desocupado, en 1968 Chacabuco pasó a manos de la Sociedad Química y Minera de Chile (SOQUIMICH), controlada por una sociedad anónima inglesa, la Compañía Salitrera Anglo Lautaro.

Las oficinas salitreras —y entre ellas Chacabuco— fueron reconocidas como testimonios silenciosos, vestigios, de la historia del movimiento sindical chileno. En 1969 —con la fuerza de una profecía— fue recordada la masacre de obreros en la Escuela Santa María de Iquique cometida en 1907. Luis Advis compuso la cantata popular, el grupo Quilapayún fue su excelente intérprete y Héctor Duvauchelle su relator inolvidable. El imaginario pampino se instaló en la memoria colectiva, principalmente en quienes habíamos vivido el proceso de la vía chilena al socialismo. En 1971, ya con el presidente Allende en La Moneda, Soquimich fue nacionalizada<sup>4</sup> y Chacabuco fue declarado monumento nacional<sup>5</sup>. Así, entrar a la oficina salitrera como “prisioneros de guerra” fue llegar en cierto sentido a un lugar mítico, del cual ya teníamos una noción de su historia al Hermanarla en nuestra imaginación con las otras oficinas diseminadas en el páramo. Estábamos “dentro de la cantata” como actualizando un presagio de heroísmo y de tragedia. En nuestra memoria heredada —la mayoría éramos militantes

---

4 En 1971, la Sociedad Química y Minera de Chile (Soquimich o SQM) es nacionalizada y el Estado a través de la Corfo toma el control del 100% de la Compañía. Bajo dictadura, en 1983, se inicia el proceso de privatización de Soquimich. Su propiedad quedó en manos de Julio Ponce Lerou, entonces yerno del dictador Augusto Pinochet.

5 La oficina Chacabuco fue declarada Monumento Nacional, e inscrita en el Registro de Monumentos Nacionales con el N°68, por decreto del Ministerio de Educación Público de Chile N°1749 de fecha 26 junio 1971. En noviembre del año 2016, durante el gobierno de la presidenta Michelle Bachelet, Chacabuco fue declarado oficialmente Sitio de Memoria.

de la izquierda— se hacía presente Recabarren y la organización del movimiento obrero. A pesar de la derrota —y de que estar presos no era motivo de orgullo—, nos rozaba la épica que latía en el pueblo fantasma.

### Campo de prisioneros

Cada uno de nosotros conoce las circunstancias de su detención. Heroica, fortuita o vergonzante. Cada uno sabe. En ese episodio se inicia la construcción de un relato personal que estamos impelidos a sostener: nuestra propia mitología, con sus reivindicaciones, añadidos y silencios. Chacabuco nos ofrecía el imaginario y el léxico de diversas historias que estimulaban nuestra conversación y hacíamos propias.

El lugar que obligatoriamente estábamos pisando evocaba más de una historia. A la épica pampina se sumaban elementos que nos transportaban al imaginario de la barbarie nazi. El conocimiento indirecto del Holocausto —principalmente por testimonios antifascistas y por el cine— nos permitía hacer relaciones de semejanza y verbalizar de alguna manera “lo que no tenía nombre” en la experiencia local (allanamientos, torturas, quemas de libros, campos de concentración), reconocer imágenes que nos remitían a esa iconografía (torres de vigilancia, alambradas, escenas de guerra); y pensar en los horrores innegables (hornos crematorios, prisioneros esqueléticos, trenes con deportados). Por la magnitud de las atrocidades del nazismo y la guerra no resulta pertinente la comparación mecánica; pero es el recuerdo horrible que saltó a nuestra mente ante la primera visión que tuvimos del campo de prisioneros.

Por supuesto —y afortunadamente— no era el Holocausto; no obstante, sin exagerar ni acentuar la desventura, éramos literalmente deportados, en un pueblo que tenía un sector enrejado para confinar ahí a los prisioneros no condenados. Era propiamente un gueto, en su acepción de barrio en que viven personas marginadas por el resto de la sociedad, en este caso encerradas ahí por el Estado. Un barrio cercado, convertido en un lugar vigilado

principalmente desde afuera. Alambradas electrificadas, minas antipersonales, rondas de tanques, torres de vigilancia. Elementos que actuaban por presencia imponiendo la sensación permanente de ser observados. No faltó a quien la chimenea le recordó con pavor los hornos crematorios. “El campo en que me encontraba ahora — escribe Luis Soto Guzmán — se asemejaba a Sachsenhausen”<sup>6</sup>.

El enorme y árido desierto inhibía cualquier ocurrencia de fuga material. Nos haríamos parte de la oficina salitrera, pero no de la pampa. No éramos del desierto ni él nos pertenecía. Estaba cerca y lejos, una desolación enigmática. Ajena, intocable, atractiva. Sin pedir permiso, traspasando torres y alambradas, nos invadía el sol que alargaba nuestras sombras y que en la tarde nos ofrecía atardeceres espectaculares; la luna llegaba con las estrellas, que nos dejaban mirando al cielo con cara de asombro y de preguntas. La naturaleza nos hacía cariño a su manera. A pesar de todo, conservábamos la capacidad de maravillarnos. El desierto quedaba afuera. A diferencia de otros recintos de prisión, en Chacabuco — salvo la pampa — no teníamos vecinos.

Estábamos ahí. Ni dentro de la *Cantata Santa María* ni en una película de guerra. Lejos de una ficción, la realidad nos fue corrigiendo el guion de vida. En mi caso un guion que se estaba escribiendo desordenadamente en una cotidianidad inesperada. Un borrador que nunca pude pasar en limpio. No teníamos por qué estar ahí. Muy joven, el mundo se me abría y cerraba paradójicamente.

Los camiones franquearon un gran portón hecho con maderos y mallas de alambre. Nosotros, la carga, devorábamos con asombro el nuevo escenario y la polvareda. El convoy atravesó el pueblo fantasma. En las puertas flameaban unos sacos de arpillera. Como una nube de polvo con ruedas, llegamos a un sitio agresivo que desde entonces llamaríamos la cancha: el lugar de formación y del mástil de la bandera. El Campo de prisioneros estaba a cargo de la Primera División del Ejército de Antofagasta, pero la guardia rotaba entre los militares, la Fuerza Aérea y personal de Carabineros.

---

6 Luis Soto Guzmán (2019): *Terrorismo de Estado*. Santiago, Editorial Usach, p. 109.

## Minoletti

No fuimos los primeros en llegar: orillando el inmenso rectángulo estaban los presos que habían viajado en avión. Poco antes de que desembarcáramos del Andalién, ellos habían llegado al aeropuerto de Cerro Moreno e hicieron la travesía por la sequedad del desierto, que luego repetimos nosotros. Estaban desnudos, con sus bultos abiertos y sus pertenencias desparramadas por el suelo. Era temprano y todavía hacía frío. Nos tuvimos que sumar, completar la “U” de esa formación, sacarnos la ropa y abrir nuestros bultos para que fuesen sometidos —junto a nosotros— a una vejatoria y minuciosa revisión. Nuevamente el pudor demoraba la obediencia —¡Empelotarse, mierda!— y la vergüenza se acurrucaba en el silencio.

La odiosa voz de mando del capitán Carlos Humberto Minoletti Arriagada ya no daba margen a las vacilaciones. A su entender, estábamos allí no sólo por lo que habíamos hecho sino también por lo que pensábamos hacer. Con su corvo a la vista y una fusta en la mano, dueño del mundo, Minoletti nos propinó una diatriba que nunca olvidaríamos. Mientras hablaba de la patria y la antipatria, los soldados hurgueteaban nuestras cosas. Las pateaban. La poca intimidad que guardaban nuestros bártulos quedaba tirada en la cancha.

El sinsentido brillaba en medio de las órdenes y contraórdenes. Minoletti nos prohibió todo lo que poco más tarde usaríamos de igual forma. Ordenó la confiscación de literatura y alimentos: las “porquerías” que nuestros familiares nos habían hecho llegar al Estadio. También los medicamentos. Prohibió todo lo que pudiera servir para autoeliminarnos: hojas de afeitar, cordones de zapatos, cinturones, etc. Contradictorio y burlesco nos prohibió cometer suicidio. Quien lo intentara sería castigado con la muerte. Esa fue su más contundente y siniestra contraorden: quien deseara suicidarse podía decírselo y él lo ayudaría. Ya teníamos el ofrecimiento de un experto. Los motines, intentos de fuga e indisciplinas también eran causales de fusilamiento. “Los mataré yo mismo”, sentenció el oficial. Nosotros nos mirábamos en silencio. “¡Este

desierto pide sangre!”, repitió más de una vez buscando impresionarnos. Lo consiguió.

Paulatinamente el frío del amanecer se fue trasladando hacia un calor abrasador, extremos climáticos del desierto desacostumbrados para nosotros. Esto fue sintéticamente advertido por el oficial: “¡En la noche, fríiiiiii! ¡En el día, caloorrrr! ¿¿¿Está claro???” (expresión que seguimos remedando, entre risas, cuando describimos el clima del desierto). Siempre sobre el clima, nos anunció que deberíamos trabajar en convertir Chacabuco “en un vergel”.

La formación se nos hizo eterna, soportando el trato vejatorio del oficial, quien se ganó el mote de “Chacaletti”. Del insulto colectivo pasó a una etapa más personalizada. A un compañero le arrebató su boina de lana y se la rajó con el corvo: para que aprendiera que boinas sólo podían usar los militares y no “los enemigos de la patria”. También le indignó que un preso le respondiera usando la expresión “*mi capitán*”, reservada al trato entre militares. Éramos los enemigos y, en buena hora, aclaró — con su grosería ya característica — que no debíamos responderle “firme mi capitán”. Ese lenguaje militarizado, de conscripción, se había estado imponiendo desde el Estadio Nacional. Algunos ya lo usaban naturalmente. Y se cuadraban. Francamente, a muchos de nosotros también nos molestaba que hubiese quienes usaran esa forma de subordinación. Nos parecía innecesariamente rastrero.

Literalmente, el comandante “se aprovechó del pánico” al abusar de personas atemorizadas e indefensas. La perversión, la impunidad y el oportunismo se potenciaban para infligir dolor y vivir la experiencia de hacer el mal. Minoletti nos humilló y ofendió para siempre. Nuestra memoria, inevitablemente, se aferró a esa primera impresión. Nos hirió a todos cuando se dedicó a insultar, con saña, a prisioneros que concitaban la admiración y el cariño de la mayoría. Eran los de mayor prestigio, por los cuales sentíamos afecto y cierto orgullo por sus trayectorias. Encarnaban un tiempo y una cultura que los hacía representativos. Y estar con ellos era un curioso privilegio. Eran los casos de Ángel Parra y Mario Céspedes, figuras públicas; de aquellos viejos que ya habían vivido en Chacabuco y de nosotros, las personas anónimas que compartíamos esta historia. Sabíamos cuál era nuestro mundo y

por qué estábamos ahí. También Minoletti lo sabía. En ese lugar, la cancha del primer día, estaban todos los personajes de la tragedia que a veces podría parecer una comedia.

## El artista y el profesor

Legalmente, Ángel Parra se llamaba Luis Cereceda. Así aparecía en las nóminas de presos. La inadvertencia, de que se trataba de una figura significativa, lo salvó de abusos adicionales y desconciertos de los militares. Ángel Parra era un nombre conocido y reconocido. Además de su obra personal, en su halo estaban, inevitablemente, su madre Violeta y su hermana Isabel; además de sus tíos, todos artistas. Esta vez, llegando a Chacabuco, Ángel debió soportar las opiniones musicales de Minoletti quien le comunicó que a los prisioneros de guerra debía cantarle “verdaderas canciones chilenas”, “decentes”, agregó. Según sus gustos, Ángel Parra tenía que cantar el repertorio de Los Huasos Quincheros. Si no lo sabía, él mismo le traería un cancionero y, en último caso: “¡las compone el imbécil!”. Lo amenazó además con que después, fuera del Campo, le daría “una lección”.

Luego, le tocó el turno al profesor Mario Céspedes. Había sido fundador de la Radio Universidad de Concepción, en la cual entrevistó a Violeta Parra: uno de los registros más valiosos de la artista. La coincidencia con Ángel en esa cancha era significativa. Don Mario se había ganado el cariño popular por sus programas radiales y de TV en los que divulgaba la historia de Chile. Con su voz radiofónica fue uno de los conductores del último acto masivo de la campaña victoriosa de Salvador Allende, del 1 de septiembre de 1970. A pesar de su austeridad, era una figura reconocida. Según Minoletti, el profesor tendría que enseñar la “verdadera historia de Chile y no las huevás que decía por televisión”. Al profesor —un lector evidente— le quebraron sus anteojos, pasando por encima de sus pertenencias. (En su momento no dimensioné la tragedia que significa estar sin lentes cuando tanto los necesitas). Al rato, coronando el abuso y la grosería, Minoletti se dio el gusto de darle al profesor una patada en el trasero. Varios recibieron una, pero

al ver a don Mario sufriendo el vejamen, la impotencia de quienes mirábamos era mayor. En ambos casos pienso que las ofensas cumplieron su cometido desmoralizador, deprimiendo al colectivo y especialmente a quienes las sufrieron en alma propia. No obstante, cada uno con su estilo, tanto Ángel Parra como Mario Céspedes promovieron sin ostentación la resistencia artística en Chacabuco, especialmente desde la música y la literatura.

### En nombre del padre

Ante la recepción de Minoletti yo temblaba de miedo o mi cara demostraba que necesitaba algún apoyo, mi terror lo entendió un compañero mayor que estaba a mi lado. Con sus ojos señaló hacia su puño apretado con el que me señalaba paternalmente que tuviera fuerza. Lo entendí. Eso, más la mirada y una leve sonrisa fueron como una conversación tranquilizadora. Siempre he conservado gratitud por ese gesto. Este compañero había sido camarada de un tío comunista, hermano de mi padre<sup>7</sup>. Me lo había dicho en el Estadio. También que ya había estado en Pisagua en tiempos de la ley maldita. Sus nombres delataban que venía de una familia admiradora de la revolución rusa: Lenin Trotsky Hidalgo. En esta circunstancia repetir su nombre era casi una maldición. Cada vez que se lo preguntaban era castigado.

En la oportunidad Luis Alberto Corvalán también fue castigado por tener el mismo nombre de su padre —secretario general del PC—, que entonces estaba preso en Isla Dawson (todos conocíamos la filiación: como a don Lucho le decían Condorito, a Luis Alberto los compañeros lo apodaron Coné). Luis Corvalán Márquez, sin parentesco con el dirigente comunista, también sufrió por tener el mismo nombre. Algo parecido sucedió con Patricio, el hijo del senador Salomón Corbalán y de la senadora María Elena Carrera. Ese Corbalán era con “be larga”, pero a los militares eso les daba lo mismo. Así, otros compañeros, por las razones

---

7 Ramón Montealegre Díaz, hermano de mi padre. En la familia sabíamos que había escrito con el seudónimo “Jorge Randolph” sus libros *La vida sexual de los monjes en la Colonia* y *Las guerras de Arauco y la esclavitud*.

más absurdas fueron golpeados ante la impotencia y la tristeza de quienes estábamos inaugurando el campo de concentración. Nos quedamos con el escarnio y los insultos que iban desde “los anti-patriotas” a los “hijos de perra”, pasando por el más sofisticado que repetía Minoletti: “descastados mentales”.

### III

## Cuando amanece el día

Después del eterno plantón de “bienvenida” que nos propinó Minoletti, se nos asignaron las casas.

Todas de adobe, con suelo de tierra y piedras, las casas eran al menos de dos tipos. Unas pequeñas, de una sola pieza, que en tiempos de la salitrera eran las piezas de solteros o “buques”. Las que ocupamos nosotros eran familiares, de dos piezas pequeñas y ensombrecidas. Con estrechez, en cada una de las habitaciones cabían seis camarotes, de tres pisos cada uno, de madera de pino. La pieza de adelante, además de la puerta tenía una ventana. Ambas cubiertas con cortinas de arpilleras, que habían sido sacos de café brasileño. La pieza de atrás tenía una puerta que llevaba a una pequeñísima cocina, a un fogón, y a una salida que daba a un callejón. Las fuimos habitando sin problemas. Se repartieron las literas, se ordenó el equipaje. Se respiraba y suspiraba con resignación. Ahora teníamos que inaugurar una nueva espera, había que pensar que sería larga y que deberíamos soportarnos “en familia”. Sobrevivir en la convivencia fue siempre el desafío.

De viviendas pareadas, la calle o pabellón tenía una decena de casas por lado. Todas con techos de calamina, planchas de zinc que parecían quejarse cuando el viento arreciaba. Al asomarnos a la calle la vista se interrumpe: el pabellón limita con la alambrada que nos separaba del resto de Chacabuco. Es decir, al otro lado de la cerca y las torres de vigilancia había dos sectores: “el centro” del pueblo, donde había una plazoleta con un quiosco donde en el pasado tocaba alguna banda musical; un teatro, la filarmónica,

una iglesia y otras instituciones del pueblo como la pulpería o almacén de la salitrera. El otro sector era propiamente el industrial, desmantelado, con los vestigios de la infraestructura de la salitrera, con sus maquinarias, rieles, bateas, chimeneas. Un gran esqueleto de fierro abandonado. Y el pueblo fantasma. No sólo los barrios sino también el alma de la gente que le dio vida. Era el paisaje insólito de nuestro desarraigo, de nuestra invasión involuntaria, con sus terrores y maravillas.

### Casa 93 del pabellón 18

A mí me correspondió la casa 93 del pabellón 18. Esa era mi nueva dirección. Entre los moradores nació un fuerte y espontáneo ánimo solidario. Hubo prioridad y respeto inmediato para los ancianos y más jóvenes. Algunas pertenencias, como los juegos (naipes, ludos, damas) y los libros, se pusieron a disposición de la comunidad; y los alimentos en un “fondo común”. Algunos mostraron fotos, como presentando a sus familias, y las pegaron en el camarote personalizando el único espacio propio. En nuestras casas podríamos tener un pequeño rincón de cierta intimidad. Nos repartimos también tareas de mantenimiento higiénico y nos pusimos de acuerdo en algunas normas mínimas de convivencia, cuestiones tan básicas como no escupir en cualquier lado. El aseo era riguroso. También el respeto al descanso y a la escritura de cartas; no obstante, se cuidaba que la meditación no se confundiera con “tomar demasiado caldo de cabeza” evitando que la depresión se extendiera. La vida de este nuevo hogar se reglamentó de una forma tal que mitigara el daño que causaba la prisión, especialmente la incertidumbre respecto del hogar verdadero y la separación de las familias. En la casa lejana la mujer asumía el rol de jefa de hogar y proveedora. En Chacabuco los hombres tuvimos que realizar actividades que habitualmente hacían las mujeres: lavado de ropa y de loza, costuras, cocinar y otros quehaceres domésticos. Fue parte del aprendizaje.

El esfuerzo colectivo se orientó hacia la construcción de la amistad, a evitar divisiones y discusiones inconducentes en este

conglomerado de personas provenientes de distintas regiones, capas sociales, oficios y costumbres. Desde el inicio se compartió la idea de producir un gran intercambio de conocimientos y experiencias: desarrollar un tipo de vida, de relación social, que todos ahí, de alguna forma, queríamos construir y conocer, cada uno con su estilo y su carácter: extrovertidos, cautelosos, ensimismados. La procesión iba por dentro. Estábamos ahí por una misma razón, pero éramos distintos.

De mis compañeros de casa recuerdo el contraste entre Hernán Isakson y Luis Osorio, dos personajes muy diferentes. El primero, bajo, menudo, sigiloso salía con rapidez con un tablero de ajedrez bajo el brazo; intelectual comunista, era experto en informática cuando esa palabra remitía a la ciencia ficción. El segundo, grande, expansivo, de risa fuerte y bueno para la talla; sindicalista socialista; hasta el golpe había sido alcalde de Puente Alto. En la memoria tengo algunos rostros sin nombres. Hernán Isakson me recuerda algunos: Horacio Maldonado, empleado público que estudiaba Pedagogía en un liceo nocturno; Gustavo Marambio, muy proactivo (le decían “el puntúo”), era empleado del Hospital Salvador y colaboró en la organización administrativa de los prisioneros. Era hermano de un teniente que lo visitó una vez. Recuerdo el comprensible mal genio de Julio Ketterer. También había trabajadores de industrias del área social. Yo era el único estudiante de Enseñanza Media.

Nuestra actividad diaria la hacíamos principalmente fuera de la casa. Nos organizamos para mantenerla en forma y tener un jefe que nos representara. Éramos 17. Que nuestro domicilio no fuera una celda ni un camarín ni una bodega nos animaba a hacer de la casa lo más parecido a un lugar propio y compartido. El tercer piso de mi camarote estaba vacío; abajo, en el segundo, cuando llegamos estiré mi saco de dormir sobre las tablas. Era cierto que en la noche hacía mucho frío. La primera noche dormí como un lirón. Después me di cuenta de que mis compañeros roncaban con distintas tonalidades. Y que tenían pesadillas. No recuerdo las mías.

Después de la experiencia del Estadio y del barco, era extraño despertar en una cama y en una casa; no tenía colchón, pero sí

tenía un domicilio, de donde salir y a donde llegar en una situación insólita. Asomarse a la calle de este pueblo desconocido, era enfrentarse al sol como un convaleciente sonámbulo. También trasplantados, los vecinos se veían cordiales; aunque para mí todavía desconocidos. Empezaba el ajetreo de barrio. Alguien cruzaba la calle con un balde para el agua. Otros no perdieron tiempo y pensando en cocinar acondicionaron el fogón de la casa. Había que buscar leña y tuestos que sirvieran para compartir el fuego y preparar “la choca”. Se buscó en las casas abandonadas, que conservaban vestigios de las familias pampinas, incluso algunos muebles. Al recorrer el lugar de alambrada a alambrada, entré a las casas vacías y me asomé a las ocupadas para contar los camarotes. Al inicio nuestra población osciló entre 820 y alrededor de 1.200 habitantes, porque fueron llegando más personas desde diversos lugares de detención y pude calcular que el Campo estaba habilitado para unos 3.000 presos políticos “sin problemas de alojamiento”.

## Suicidio

Minoletti puso brutalmente el tema del suicidio en la cabeza de los prisioneros. Después de la diatriba del oficial, el desafío para los presos era evitar que el suicidio fuera una tendencia y que la depresión en la incertidumbre resultara contagiosa. Era fundamental, entonces, la forma de convivencia que tendríamos. Y había que empezar por las casas, que afortunadamente no eran celdas ni lugares de aislamiento. Una vez designadas las casas, se fueron habitando con resignación. Hogares provisorios, incompletos, de hobres que disimulaban su tristeza. Los nuevos chacabucanos fuimos construyendo una comunidad, como una forma de convivencia en la que espontáneamente surgió la iniciativa de compartir alimentos, ropa, medicamentos y tareas en función del bien común. Compartíamos, como diría el recordado Humberto Giannini, una “experiencia moral”. En esta lógica de resiliencia comunitaria — en una aldea primitiva con Consejo de Ancianos—, los presos optamos naturalmente por el autocuidado, por tratar de evitar las actitudes que acentuaran la lógica depresión, las angustias o el pesimismo

en el grupo. Había que vigilar a los compañeros que se aislaban o tomaban demasiado “caldo de cabeza”. El sentimiento de soledad era irreparable. Los estados depresivos que podían manifestarse en el aislamiento hacían temer por los suicidios.

Cuando apenas llevábamos unos diez días en el Campo, se suicidó un compañero del pabellón de Copiapó: Oscar Vega González.

## Don Oscar

Tenía 67 años. Su ánimo era preocupante para los compañeros copiapinos de la casa 2 del pabellón 2. En conocimiento de su estado, asignaron a dos personas, a los más jóvenes de su pabellón, para que lo cuidaran. Comisionaron a Nibaldo Toro y Agustín Díaz su vigilancia; “pero ese día en la mañana —cuenta Nibaldo— nos confundimos pensando mutuamente que el otro lo estaba custodiando, momento en que el compañero buscó su casa para suicidarse”<sup>8</sup>. Entró a la casa de la calle Serrano 71, que estaba deshabitada. La calle Serrano desemboca en la cancha por donde pasábamos diariamente para asistir a las formaciones.

La mala nueva corrió como reguero de pólvora. Atilio Gaete llegó acezando con la noticia por el hallazgo del cuerpo, cuenta Hernán Isakson. Se le avisó a la comandancia. También al presidente del Consejo de Ancianos que al ser médico podía, quizás, certificar —junto al médico militar— que se trataba de un suicidio. Recuerdo que a Mariano le correspondió también inventariar las pertenencias de don Oscar. Al Dr. Jenkin, también prisionero, le avisó el sargento López. Oscar Vega, el mayor del grupo de copiapinos, estaba colgando de una viga rota. El cuerpo lo bajaron entre cuatro personas. “A los que ayudamos a bajarlo —relata Isakson—, el médico militar nos dio unas pastillas tranquilizantes y nos eximieron por ese día de la formación”. Hasta donde sabemos, el cadáver se lo llevó una ambulancia. El 22 de noviembre, durante

---

8 Testimonio de Nibaldo Toro Henríquez, por correo electrónico, jueves 9 de enero de 2014.

la formación, el presidente del Consejo de Ancianos pidió un minuto de silencio por Oscar Vega González.

El impacto fue tremendo, extendiendo la depresión en los prisioneros. La versión del suicidio se impuso como un dato de realidad, pero por las circunstancias no impedían el escepticismo ni los “caldos de cabeza”. La prisión política empujó a Oscar Vega a la muerte.

En septiembre de 1973, inmediatamente después del golpe, a Oscar Vega lo apresaron y fue castigado salvajemente. Lo llevaron a la cárcel de Copiapó, donde —relata Nibaldo Toro—, “cayó en un estado depresivo que lo llevó a atentar contra su vida cortándose las venas, pero fue salvado por los compañeros que estaban cerca de él, que lo auxiliaron a tiempo”. El día 18 de noviembre de 1973 fueron notificados 35 presos políticos de la cárcel de Copiapó de que serían trasladados a Chacabuco. Al otro día los formó un oficial que sólo un mes antes había participado en la Caravana de la Muerte: capitán del Ejército Patricio Díaz Araneda<sup>9</sup>. “Al estar formados, este capitán se paraba frente a cada uno de los presos, nos insultaba y nos pegaba golpes de puños. Al llegar al último de la fila, que era el compañero Vega, le dijo:

—Hola, viejo maricón, ¿así que te quisiste matar?

Y le propina un golpe en el pecho. El compañero Vega, que era un hombre físicamente duro para su edad, asimiló bien el golpe, lo que enardeció al capitán quien le dio otro puñete en el estómago, que dobló al compañero. Luego se repone y el capitán se le acerca y le dice:

—Mira, viejo concha de tu madre, te voy a decir algo: si te querís matar durante el viaje no tenís nada más que llamarme y yo mismo te mato.

---

9 El oficial Patricio Díaz Araneda dirigió y participó directamente en los 13 fusilamientos ocurridos el 17 de octubre de 1973, durante las primeras horas de esa madrugada, retiro a nueve prisioneros desde la cárcel de Copiapó y, posteriormente, procedió a dirigir el fusilamiento en medio de la pampa. “Fueron fusilados en un supuesto intento de fuga, por oficiales locales dirigidos por el capitán Patricio Díaz Araneda”, declaró el general Sergio Arellano Stark a la periodista Raquel Correa (El Mercurio, 7 de septiembre de 2003).

Enseguida sacó un puñal que andaba trayendo y se lo puso en el cuello.

El *viejo* Vega llegó a Chacabuco con otros compañeros de Copiapó. Tenía pesadillas. Gritaba repetidamente que venían los milicos. Por su intento de suicidio, tenía una herida suturada en la muñeca izquierda. En Chacabuco fue examinado por un médico prisionero: “Le retiré los puntos cuidadosamente”, cuenta el Dr. Enrique Jenkin y agrega: “Estaba como fuera de sí, miraba para todos lados, inquieto. Me dijo como desvariando: *Señor... yo no soy homosexual*. No entendí por qué lo decía”<sup>10</sup>. Jenkin, lógicamente no sabía del capitán que reiteradamente y en público lo había tratado de “maricón”. Ramón Candia, exdirigente nacional de la CUT, también fue cercano a Vega en sus últimas horas: “le habían dado muy duro y su resistencia había tocado fondo”.

### La casa de la viga rota

Pasábamos nerviosos frente a Serrano 71. Apurados, temerosos, sin pensar en las historias de cada casa. No todos sabíamos que Oscar Vega había vivido en ella. Después del golpe sufrió los abusos que vivieron muchos obreros, pero don Oscar no era como cualquiera. Ya en las postrimerías de la industria del salitre, ahí estuvo el hogar del obrero Oscar Vega González. Nacido en Copiapó, tempranamente fue militante en organizaciones de su clase siguiendo los pasos de Luis Emilio Recabarren y del primer partido proletario chileno: el Partido Obrero Socialista (P.O.S). Después, fue militante del Partido Comunista de Chile y, como tal, durante el gobierno de González Videla, sufrió las consecuencias de la “ley maldita”: fue detenido y estuvo confinado en el campo de concentración de Pisagua. Entonces Oscar Vega era dirigente de los obreros del carbón, en Lota, donde trabajó hasta el día que decidió volver a su Copiapó natal y dedicarse a trabajar la tierra.

---

<sup>10</sup> Enrique Jenkin (2013): *¡Exijo una explicación! Mis secuelas de una dictadura*. Editorial Forja, p. 79.

Siendo un destacado dirigente campesino de su zona continuó su militancia en el Mapu, ingresando al movimiento en sus días de fundación en el año 1969. Durante el gobierno popular fue secretario regional en Copiapó y miembro de la Comisión Agraria de su partido. Al momento del golpe Oscar Vega dirigía el Comando Comunal de su zona y —según nos cuenta Oscar Guillermo Garretón— el “viejo luchador obrero y campesino [era] dirigente de nuestro Comité Central. Nos honra y nos compromete que a través de las páginas de *Chacabuco* él pase a ser patrimonio de todo nuestro pueblo y de toda la izquierda; conocí al ‘viejo’ Vega y sé que ello le gustaría si pudiera leerlo”<sup>11</sup>. Así, quienes le conocieron lo recuerdan con mucho cariño como a un viejo recio, “entaquillado”, gran fumador y de una vitalidad asombrosa. Con una capacidad de entrega admirable, hacía giras, recorría su zona y cumplía sus deberes partidarios y las responsabilidades que le habían entregado los campesinos: presidente de la Federación de Campesinos de Atacama y dirigente nacional de la Confederación Unidad Obrero-Campesina<sup>12</sup>. Cuentan sus compañeros del inmenso respeto que existía por sus grandes conocimientos de la historia del movimiento obrero chileno. Historia vivida. En cierto sentido la figura de Oscar Vega representa al obrero histórico, con sus mitos y leyendas.

Chacabuco ya no era la oficina salitrera donde se partió las manos. La pulpería estaba cerrada, el teatro, la filarmónica y la plaza estaban distantes: al otro lado de la alambrada. En los fogones de las casas no había mujeres cocinando. Tampoco podía repartir los diarios ni la propaganda sindical. En las noches la camanchaca era violada por reflectores intrusos. Todo era distinto. Había pasado mucho tiempo. Cuenta la leyenda que Oscar Vega había enterrado en su casa algunas de sus herramientas de trabajo y quiso desenterrarlas. Buscó su casa desesperadamente durante dos días, ante la preocupación vigilante de sus compañeros. Pero se les

---

11 Carta de partido a partido, de Óscar Guillermo Garretón —jefe del Mapu— a la Izquierda Cristiana, en referencia al testimonio *Chacabuco* publicado en 1974.

12 La Confederación Unidad Obrero Campesina era el principal frente masas del Mapu. Indicador de su relevancia como dirigente son las entrevistas para TVN que le hicieron Eugenio Llona, Rodrigo de Arteagabeitia y René Schneider.

perdió en algún momento. Fue a recorrer sus antiguos barrios. La encontró y, eludiendo la atención de sus nuevos vecinos, entró en ella. Se colgó de una viga. El madero crujió como desgarrándose. “Todo fue muy rápido —recuerda Nibaldo— y hasta el día de hoy es tremendamente doloroso para nosotros”<sup>13</sup>. Se fugó a su manera. Sin la “ayuda” de los capitanes Humberto Minoletti y Patricio Díaz Araneda. Fue su última desobediencia. Era un día 21 de noviembre. Hoy es otro fantasma del pueblo fantasma.

Al enterarme del suicidio le pedí a Héctor Morales, que había demostrado facilidades para dibujar ilustrando unos poemas, que hiciera la fachada de la casa de Serrano 71 y que agregara unos ojos “como flotando”, para dar la impresión de que en esa casa había una presencia fantasmal. (Sacando cuentas, ese podría ser mi primer “guion de historietas”). Entré a esa casa, me quedé mirando la viga rota. Tomé un apunte, sin mayor conciencia de lo que hacía. Por ello la experiencia quedó registrada en uno de mis primeros intentos poéticos y desde entonces he dejado rastros de cierta obsesión por el personaje. En su memoria, cuando pude publicar algunos poemas en el exilio, utilicé el apellido “Vega” en mi seudónimo<sup>14</sup>.

## Rutina militar

Después de Minoletti hubo otros comandantes. Algunos temibles y otros que cumplieron estrictamente con la vigilancia, sin sobreactuarse en el abuso de poder.

El número de formaciones diarias, de plantones al sol, dependían exclusivamente del comandante de Seguridad. Podían ser dos o tres, siempre de duraciones imprevisibles. Si al oficial se le ocurría podían ser más de cuatro al día. En ellas el comandante,

---

13 Testimonio de Nibaldo Toro Henríquez, por correo electrónico, jueves 9 de enero de 2014.

14 “Alberto Vega Suárez”, en recuerdo de tres chacabucanos: Luis Alberto Corvalán, comunista; Oscar Vega, Mapu y Waldo Suárez, socialista. Con ese seudónimo publiqué en revistas *Araucaria* (España), *Literatura Chilena en el Exilio* (Estados Unidos) y *El barco de papel* (Francia).

teniente o capitán, nos pasaba listas, ordenaba trabajos, injuriaba e incluso trataba de dividir a los prisioneros con insidias políticas que nunca tuvieron acogida. Había guardias que en las formaciones nos rodeaban con soldados, apostando algunos en el suelo con ametralladoras P/30 mientras nos vigilaba un tanque muy cercano. En cambio, otros ordenaban la formación, pasaban lista y revisaban no sé qué cosa; luego el comandante ordenaba “continuar con las actividades del Campo” y se iba con su escolta.

Nuestra nueva cotidianidad, que era un aprendizaje sin fecha de vencimiento, estaba enmarcada obviamente en la estructura impuesta por la jefatura militar. A su vez, las comandancias y regimientos encargados del Campo también tenían sistemas de turnos y relevos. Cada 15 días había rotación de guardias. Cada cambio significaba para los prisioneros acostumbrarse a nuevos tratos, nuevas reglas, nueva organización.

Rutinariamente nos sometíamos a una orden del día y a un lenguaje militar que debíamos asimilar obligatoriamente, junto a los eufemismos derivados de las prohibiciones: al Campo de prisioneros o campo de concentración, le tuvimos que llamar “campamento”; y debimos cambiar la palabra compañero por el trato de “compadres”. La orden del día:

SIETE CERO CERO. Toque de diana: tienen cinco minutos para levantarse, vestirse, lavarse y limpiar las casas. Tienen 15 minutos para desayunar y lavar los tazones.

SIETE HORAS, TREINTA. Formación en la cancha de fútbol. Entrega del parte de fuerza de los jefes de pabellones y control numeral de los detenidos. Proceder al izamiento del pabellón nacional, cantando el Himno Patrio, para iniciar las actividades del día.

ENTRE LAS OCHO Y ONCE Y MEDIA DE LA MAÑANA. Correspondía el aseo del Campo y trabajos forzados fuera de este, al otro lado de la alambrada.

DOCE HORAS, TREINTA. Rancho. 30 minutos para almorzar. Limpieza de la cuchara y el tazón, también de la cocina. Pueden descansar hasta las catorce cero cero.

A LAS DOS DE LA TARDE se reinician los trabajos forzados hasta las dieciocho cero cero.

DIECINUEVE CERO CERO. Formación frente a los comedores, entrega del parte de fuerza y conteo numeral de los detenidos.

VEINTE CERO CERO. Fin de la comida. Retreta —ceremonia con la cual los militares dan por finalizada la jornada— y toque de silencio.

### Saludo a la bandera

Este horario, desde el apurado café de higo del desayuno, era el esqueleto de nuestra rutina. Luego, nos formábamos por pabellones en la cancha, para el “parte de fuerza” nos contábamos, se informaba sobre algún enfermo y se castigaba al que llegara atrasado. Los jefes de casa y de pabellón eran responsables por su “personal”. Los militares descansaban mucho en la autodisciplina de los prisioneros, que también era autocuidado. En este aspecto hubo pocos problemas graves, ya que el castigo recaía en los dirigentes que los mismos prisioneros habían generado.

La formación era rodeada, en tanto, por el paso de un tanque. Antes del parte de fuerza, dando inicio al rito, hacíamos el saludo a la bandera desentonando la canción nacional.

Para el izamiento alguien debía tirar de una cuerda, lentamente, hasta que el emblema llegara a lo más alto. Y ahí quedaba flameando durante todo el día. Era un acto patriótico, pero a nosotros nos habían repetido groseramente que éramos antipatriotas y traidores a la patria, vendidos a una potencia extranjera. La cantinela militar nos tentaba a la irreverencia ante símbolos que siempre habíamos respetado. El himno, entonces, casi no se cantaba, salvo cuando enfatizábamos a viva voz —sin habernos puesto de acuerdo antes— los versos “... que la tumba serás de los libres o el asilo contra la opresión”. Esto indignaba a los comandantes, que amenazaron con fuertes medidas disciplinarias aplicando el reglamento para prisioneros de guerra. Un oficial, sin embargo, encontró una solución para que esto no pasara a mayores. Sabía que entre los presos se estaba formando un coro, que dirigía el joven de 22 años Iván Quezada. Al final de la formación lo mandó a buscar con un soldado y le ordenó que, como director del coro,

debía dirigir el himno. Si se repetía la indisciplina, Iván sería el responsable. El director del coro hizo llegar su preocupación al Consejo de Ancianos y entonces se corrió la petición a los presos de que no elevaran el volumen cuando se llegara a los versos que prácticamente se gritaban. Resultó. Más adelante, todo el coro se ponía en el centro de la cancha —entre la bandera y los presos— para entonar el himno nacional. Igualmente, aunque con menos volumen que al principio, al terminar la canción —casi como una picardía— se escuchaba más fuerte: “o el asilo contra la opresión”.

Para distender estas situaciones sirvió mucho nuestra incipiente organización y la posibilidad de dialogar con la comandancia. Así, se acordó que la bandera la izara un preso joven que acompañaba al presidente del Consejo de Ancianos, entonces Mariano Requena. El comandante le ordenaba: “¡Proceda Dr. Requena!” y el ancianísimo, para evitar expresiones militares como “¡atencióoon: ¡firme!”, saludaba y decía “honor a la bandera: ¡sacarse el sombrero!”, reafirmando así que éramos civiles.

Después de la formación volvíamos a las casas, hacíamos aseo y luego había que formarse frente al portón para salir a trabajar en la parte externa del Campo. Al otro lado de la alambrada. Arreglar, pintar y regar la plaza del pueblo; refaccionar el local de la exfilarmónica y el teatro, lugar donde antiguamente actuaban las compañías de zarzuela que llegaban a estos campamentos salitreños. Construir zanjas, arreglar las calles calcinadas, instalar debajo de ellas tubos para el agua: “para convertir a Chacabuco en un vergel”, según el proyecto delirante de Minoletti.

## Clase del 54

Desde las torres, los tanques o escoltados para el trabajo afuera del Campo, nos sentíamos observados por los vigilantes armados. Los conscriptos se ponían nerviosos con tanta gente cerca, que a veces les conversaba teniendo ellos prohibición de hablar con nosotros. No debíamos interactuar con los soldados. Algunos simplemente cumplían con un acto de presencia, más de alguno fue puntualmente solidario, y otros, abusaban de su poder.

Los conscriptos, sometidos a una disciplina estricta, a veces también parecían estar secuestrados. A uno de ellos se le escapó un tiro en una torre de vigilancia. Se hirió gravemente en el abdomen, resultando con el estómago y los pulmones dañados. Los militares pidieron auxilio a los médicos prisioneros. Sin vacilar, lo atendieron como equipo, se repartieron roles y lo operaron. La hemorragia era imparable. Necesitaron sangre y hubo filas de otros prisioneros para donar<sup>15</sup>. Durante el procedimiento, imprudentemente entró un capitán sin mascarilla y fumando. “Yo —relata el Dr. Rolando Álvarez— administraba la anestesia con éter y oxígeno, ambos muy inflamables. Sin pensar grité ordenándole que saliera inmediatamente. Todavía me acuerdo de la cara de sorpresa del capitán ante mi insolencia, antes que le advirtieran del riesgo de explosión”<sup>16</sup>. A pesar de los esfuerzos el soldado no sobrevivió, pero reveló una dimensión humana de esta “guerra” que para Minoletti era entre patriotas y antipatriotas.

Esos conscriptos, en la jerga militar, eran —como yo— de la Clase 54, es decir, jóvenes a los cuales nos correspondía hacer el servicio militar en 1973. Teníamos la misma edad: entre 18 y 20 años.

Así como fue un contacto dramático el intento de los médicos prisioneros por salvar al soldado, hubo diversos momentos en que el contacto entre prisioneros y soldados fue más cercano y autorizado. Sucedió cuando los detenidos, por solicitud de los militares, hicieron alguna presentación artística para los “pelados” en el teatro ubicado fuera del Campo; cuando se hizo un partido de fútbol en el que jugaron un equipo de soldados versus el de prisioneros; o cuando un conscripto amigo de Iván Quezada fue clave para salvar la grabación de un concierto del coro que dirigía. También hubo episodios tragicómicos y hasta patéticos, como el que relata el Dr. Rolando Álvarez: “había dos tanques, uno era un Sherman de la Segunda Guerra Mundial, con los achaques propios

---

15 Este caso lo relata con detalles el Dr. Enrique Jenkin, que dirigió la operación, en su libro *¡Exijo una explicación! Mis secuelas de una dictadura* (2010).

16 Rolando Álvarez Araya (2012): *Papá no va a llegar, porque está trabajando en el norte. Memorias y epistolario de un preso político comunista y su familia en Chile*. Santiago, Isidora Stuen editora, p. 62.

de la edad. Por ejemplo, una vez no quería encender el motor y aunque parezca increíble, nos pidieron que saliéramos a empujarlo. Fueron alrededor de trescientos hombres quienes lograron hacer partir al monstruo de treinta y dos toneladas, con gran algarabía nuestra y de los soldados”<sup>17</sup>.

Algunos tenían facilidad y humor para interactuar con los militares. Entre ellos el Filistoque. Todo un personaje, a quien no conocí. Se convirtió en un mito que motivó una cueca con su nombre. La compuso Víctor Canto, quien sí lo conoció: “Algunos guardias eran permeables y no era extraño ver a Filistoque en amena charla con nuestros guardadores, los cuales caían bajo la influencia de este alegre personaje. Tanto así que los convenció que podía enseñar a marchar a los soldados”<sup>18</sup>. Así, cuenta la leyenda que un militar ordenó que dieran un paso al frente los presos que supieran de bandas de música. La escuadra de soldados tenía que desfilar en Antofagasta y debía prepararse. No tenían una banda militar. Había que entrenar a los reclutas. Filistoque dio un paso al frente y el comandante lo puso a cargo del grupo de soldados para que los preparara. En ese momento se convirtió en “comandante Filistoque”. Los soldados le tenían que obedecer. Durante el entrenamiento, encabezados por este guaripola, la incipiente banda marchó por la calle principal, rumbo al portón de entrada del Campo. Como era “comandante” los soldados le abrieron paso. Sin obstáculos, el comandante Filistoque con sus subordinados salieron del Campo hacia el desierto, franqueando el umbral a la libertad. Al poco rato el comandante de seguridad supo de esto, tomó un *jeep* y lo llevó de regreso al Campo, de mala manera. La banda ya iba cerca de la carretera. Es parte de nuestra mitología.

Lo recomendable, sin embargo, era conservar la distancia. En una ocasión me encontré con un soldado con quien habíamos sido compañeros en el servicio militar obligatorio. Nos miramos, nos encogimos de hombro sin decir palabra. Mejor no arriesgarse.

---

17 Rolando Álvarez Araya (2012): *Papá no va a llegar, porque está trabajando en el norte. Memorias y epistolario de un preso político comunista y su familia en Chile*. Santiago, Isidora Stiven editora, p. 57.

18 Testimonio de Víctor Canto para el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. *Tesis de Memoria 2021*, 2022, p. 146.

El temor era mutuo. Los conscriptos también habían sufrido humillaciones y maltratos. Después del golpe la duración del reclutamiento se prolongó de uno a dos años. La experiencia del alistamiento —y sus tratos vejatorios— era tan cercana que para mí era imposible no pensar que, siendo de la “Clase del 54”, podría haber sido parte de la tropa del golpe. Meses antes del derrocamiento del presidente Allende, por una discusión política en un patio del regimiento, un mayor que vociferaba contra la izquierda me castigó. Debí estar de civil mientras el resto aprendía a usar armas, luego me despacharon en un tren casi vacío a Santiago; y así pasé a la “reserva sin instrucción”. (El recuerdo es perturbador. ¿Qué habría hecho yo si hubiese tenido que seguir en el servicio militar?). Ahora, como un preso que pudo ser guardia, veía que el temible mayor Moya estaba a cargo de Chacabuco. Me aterraba la idea de que me reconociera y me acusara de haber sido un infiltrado en el Ejército o algo por el estilo. Me volví invisible. También para los conscriptos con los cuales había compartido dormitorio.

Al inicio de estos “trabajos forzados” entendí que eran obligatorios para todos. Por ello me presenté a trabajar bastante temeroso. Estuve con un chuzo que rebotaba en el suelo, en la misión de hacer una canaleta. Pero a poco andar no me sentí forzado para volver a ese trabajo. Y no volví.

## El rancho

En cambio, el “rancho” del mediodía no me lo perdía. El comedor era como una ramada, bajo la cual compartíamos las mesas y bancas de madera. También los porotos, el menú más habitual, y las lentejas. Más distante había un caldo con papas y un pedazo de carne. En un extremo estaba la cocina. En ella trabajaban —junto a militares— compañeros voluntarios que alcanzaron una envidiable influencia. De la cocina, la comida la distribuía una escuadra de servicio que siempre recibía indirectas para que la ración fuera más abundante:

—Le podrían agregar una tumbita al plato...

—No se puede, compadre, porque la tumba será de los libres.

Algunos rieron de buenas ganas. Yo me reí después porque no había entendido el chiste. La respuesta había sido rápida y sofisticada, tomando al vuelo la acepción de “tumba” —carne cocida para el puchero, en lunfardo— y el verso de la Canción Nacional “que la tumba serás de los libres”. Es mejor no explicar los chistes, pero esta vez me encantó y lo comparto. Fue una lección y siempre —quizás desde entonces— me han seducido los juegos de palabras. En mi situación de esponja también me alimentaba, inconscientemente, de este humor verbal espontáneo no exento de poesía.

Afuera del comedor había una llave de agua y una canaleta donde podíamos lavar el tazón y la cuchara. Ahí lavábamos nuestra ropa. Era un lugar natural para saludarse y conversar.

Además de compartir el alimento, el rancho era un momento de información y entretenimiento. La existencia del almuerzo fue un alivio. Entre las advertencias de Minoletti hubo una que me dejó muy preocupado: en algún momento creí que tendríamos que subsistir como pudiéramos. Yo, un inexperto estudiante de liceo —literalmente secundario—, pensaba en qué podría trabajar en Chacabuco para mantenerme y en cómo me conseguiría la comida. Al parecer entendí mal, porque el mal augurio no se cumplió, pero fue un “caldo de cabeza” —otra expresión carcelaria— que debí rumiar un buen tiempo. Estaba angustiado. Afortunadamente la comida estaba asegurada y, como pensaba que en cualquier momento no tendríamos, nunca dejé de ir al rancho. No recibía encomiendas ni tenía dinero, así que estaba “fuera del mercado” y nunca recurrí a la pulpería —un almacén administrado por presos— ni encargué alguna compra a quienes tenían contacto con Antofagasta. Sin embargo, una vez me visitó mi hermana Nené. Encontró que estaba “gordito”, lo que no calzaba mucho con la imagen que universalmente se tenía de un prisionero de guerra.

## Las compañeras

Después de evacuado el Estadio Nacional prácticamente todas las mujeres que visitaban ese campo siguieron juntándose en la oficina de la Secretaría Nacional de Detenidos (Sendet), que funcionaba casi como un sarcasmo en el palacio del anterior Congreso Nacional. Ya casi todas se conocían y solidarizaban entre ellas, las que estaban menos mal económicamente ayudaban a las que estaban peor. Se buscaban trabajo, hacían fondo común de alimentos y se turnaban para consultar por sus maridos y no desatender los hogares ni los niños. Otro punto de encuentro importante era el Comité Pro Paz de las iglesias. Muchas esposas de los detenidos cooperaban en las pequeñas-grandes obras que realizaba este organismo; no importaba que las tareas que desempeñaban no estuviesen relacionadas directamente con su compañero o pariente, lo importante era ayudar a todos los presos políticos. En el Comité las mujeres organizaban también talleres de artesanía y realizaban exposiciones de sus trabajos en arpilleras y de los tallados de los prisioneros; ahí se unían simbólicamente la historia de las vidas aparentemente paralelas de muchas parejas. Así también —y es una razón más realista— se ayudaban económicamente para soportar una política económica que cada día se mostraba más fría y criminal.

Sólo al inicio de 1974, después de Año Nuevo, la dictadura permitió visitar a los prisioneros de Chacabuco. Era una odisea. Y las compañeras estaban dispuestas a realizar odiseas. No todas podían viajar en avión, como si lo hizo Marta Orrego, la esposa de Ángel Parra. Ella viajó junto a Consuelo Ponce de León, esposa de Ernesto Parra, también músico y prisionero. En el avión pusieron canciones de Los Huasos Quincheros y Marta Orrego protestó ante las azafatas hasta que cambiaron esa música. Son muchas las anécdotas tragicómicas vividas en estas expediciones. Es una historia pendiente de organización, sororidad y sacrificios.

El viaje por tierra era largo y costoso. Los pasajes eran caros y el alojamiento también. Normalmente las mujeres organizaban “caravanas” con ayuda del Comité. Eran dos días de viaje, atravesando el desierto con su paisaje monótono y calcinante en el día

y silencioso y frío en la noche. Muchas tuvieron que llevar a sus niños y otras viajaron embarazadas. Al llegar a Antofagasta la caravana se repartía para dormir, podía ser un convento, una escuela o una casa solidaria quien abrigara el cansancio de las mujeres. Al otro día tenían que conectarse con los militares de la Segunda División del Ejército para confirmar el permiso de visita expedido en Santiago. Sucedieron muchos casos de compañeras que llegaron hasta Antofagasta y les fue imposible ver a sus maridos por la intransigencia de los oficiales. Una vez que se tenía el permiso había que conseguir un vehículo para ir hasta Chacabuco. El viaje era más de dos horas en auto. Al llegar frente al campo de concentración el resto del camino se debía hacer a pie, con mucho cuidado por las minas explosivas antipersonales; además, debían mostrarse ostensiblemente para evitar que los vigías de las torres les dispararan a los intrusos.

Una vez en el Campo todas las visitas, especialmente las mujeres, pasaban por una revisión humillante, que a veces bordeaba el acoso. Luego eran escoltadas hasta la “parte bonita” de la oficina salitrera, que se mantenía gracias al trabajo de los mismos prisioneros; el sector que la propaganda de la dictadura mostraba como el verdadero “lugar de detención temporal” para desmentir las denuncias de la solidaridad internacional. Las visitas eran ubicadas en el teatro y recibían las instrucciones de comportamiento. Si llevaban cartas y paquetes debía ser entregado al capellán para que lo revisara. Ya con eso estaba todo listo. Se designaban los puestos y guardias de cada visita y se procedía a “llamar al personal”.

Entonces los parlantes arracimados en las torres nos parecían agradables. Había inquietud, angustia, nerviosismo. En los que ya estaban enterados de que eran visitados había hasta coquetería: se afeitaban, se cortaban el pelo y se ponían la ropa más limpia y mejor que tenían. ¿Por qué no ofrecer a la compañera —una vez más— una figura agradable, cierta sensualidad y cabellos acogedores, a pesar de la situación desgraciada? Los parlantes llamaban para que los visitados se formaran. Corrían nerviosos, casi todos llevaban algún tallado, dibujo o recuerdo especial para esa ocasión. Los encuentros eran dramáticos y de una ternura infinita; a los pocos minutos el ambiente se relajaba y en las conversaciones aparecían las

nuevas amistades. El resultado era increíble, ya que muchas veces el amigo estaba ahí porque también era visitado, o la amiga era una de las visitas; entonces se presentaban, se saludaban y departían. Las “familias chacabucanas” crecían compartiendo una experiencia común memorable. Un día a mí también me llamaron. Me sorprendió. Acudí de inmediato a la alambrada, me formé con los otros y marché hacia el teatro. Me revisaron, me advirtieron algunas cosas y me dejaron entrar. Pasé y vi mucha gente, muchos prisioneros que ya conversaban animosos con sus compañeras, pero no veía a nadie de los míos. Fueron unos segundos solamente, pero estaba angustiado. De pronto me llaman, sigo las voces y llego a un rincón del recinto. Ahí estaba mi hermana Nené, quien se dedicó a pintar tarros y a venderlos para juntar dinero para el viaje. La acompañó nuestra prima Nana. Dos chicas, adolescentes valientes y solidarias que me emocionaron. Las recuerdo con sincero cariño. Desgraciadamente al rinconcito llegaron más soldados que a otros lugares, probablemente atraídos por las chiquillas buenasmozas. Igualmente, cinco soldados a mi lado eran demasiado y sentí que no podía hablar. Mis visitantes me llevaron algunos libros y ropa necesaria, pero no pude conversar mucho, me inhibían los fusiles automáticos. Traté de contar algunas cosas, pero fue frustrante. Cuando empecé a contar la muerte de Oscar Vega, me sentí nervioso y advertí que al escuchar las palabras “suicidio” y “Copiapó” los soldados suspendían la conversación. Pudo ser la impertinencia de los conscriptos o exceso de celo en la vigilancia o paranoia mía, el asunto es que, temeroso, me sentí censurado. La visita duró menos de media hora, pero quedé contento. Después supe que uno de los guardias le dijo a mi hermana que él también tenía un hermano preso. Quizás, simplemente, quería acercarse para conversar.

Recuerdo que, además del cariño, las visitas se relacionaban con la comida. No era mi caso. Creo que en Chacabuco comí todo lo que no comí en el Estadio Nacional. Cuando pude repetirme lo hice. Flaco y angurriente. Yo no recibía encomiendas ni tenía dinero para comprar en la “pulpería”. Así que comía sin regodearme lo que daban en el comedor, el *rancho* servido por nuestros propios compañeros que trabajaban en la cocina. Comía con el sentimiento de que “tenía que alimentarme”. Y se notó. Por ello

cuando me visitó mi hermana me encontró “gordito”. Yo andaba con una camiseta blanca, como de gimnasia, apretada y... sí: era un flaco gordo. También escuchó los parlantes y vio la alambrada, las torres, las minas, los fusiles. Y que yo estaba sano. Ese ambiente nos hermanó mucho más.

## Trabajos fuera del Campo

Después de almuerzo, entre las 2 y las 6 de la tarde, se reanudaban las faenas fuera y dentro del Campo. Había trabajos en que los mismos presos tomaban la iniciativa porque podían mejorar nuestra situación (arreglar los baños, instalar duchas, habilitar terrenos para poder hacer deporte, etc.), pero también los había absurdos, y otros que multiplicaban nuestra indignación. Entre ellos la utilización de los prisioneros para desmontar las pocas maquinarias que existían en las oficinas abandonadas, para que los oficiales de seguridad de turno vendieran las piezas metálicas y tuberías. En esta línea valga recordar al corrupto capitán Alejandro Ananías, quien impuso unas brigadas de trabajo para que desmantelaran maquinarias que eran parte de las instalaciones de la salitrera — recordemos que ya era monumento histórico— y cargaran con toneladas de fierro a camiones del ejército para venderlo como chatarra en Antofagasta. Estos trabajos, en forma masiva, duraron sólo los primeros meses. Los trabajos en el exterior se continuaron realizando, pero en base a escuadras, equipos y turnos.

Al otro lado de la alambrada hubo una buena iniciativa que los militares también corrompieron. Se instaló un taller del Instituto Nacional de Capacitación (Inacap), entonces del Estado. Fue una oportunidad. En él se podía aprender a usar algunas herramientas para trabajar en metal y madera. También en piedras. En ese contexto los comandantes hicieron trabajar a muchos presos en la fabricación de cientos de juguetes que la esposa de Pinochet regaló para Navidad. Ese trabajo iba a ser pagado, pero finalmente resultó ser un engaño. No fue propiamente un “trabajo forzado”, pero sí un engaño cruel para quienes vieron en ese pedido una forma de aportar con algo a la navidad de sus familias.

De regreso de los trabajos, a las siete de la tarde nos formábamos nuevamente frente a los comedores, se pasaba lista y recibíamos una aguada sopa con algún pedazo de papa que uníamos al pan que teníamos que conservar desde el almuerzo, que había sido más contundente. Al igual que al mediodía lo consumíamos en un inmenso comedor rodeado de soldados armados y vigilados —en uno de sus extremos— por un tanque que nos apuntaba que, para ser honesto, nunca nos quitó el apetito. Primero lo mirábamos y examinábamos con curiosidad, después, con comprensión hasta paternal. Parecían jugar a la guerra con prisioneros de verdad, con balas, con tanques. Todo verdadero.

### Toque de queda y allanamientos

Luego venía el toque de retreta. Nueva formación, conteo y se arriaba solemnemente la bandera. El capellán elevaba plegarias, predicaba resignación a los prisioneros, rogaba por “nuestros gobernantes” y decía “sí, mi teniente” cuando el oficial lo hacía callar para hablar él. Luego, el clarín ordenaba silencio.

La oscuridad se presentaba cubriendo la exoficina salitrera. Desde las torres de vigilancia se inauguraba la danza amenazante de los reflectores que vigilaban toda la noche todos los rincones, buscando iluminar un blanco humano y sospechoso contra quien disparar o, como decían ellos, “aplicar el reglamento”. Si para algún compañero era urgente salir de su casa para ir al baño, las instrucciones eran claras; marchar con paso lento —“en forma franca” — por la calle principal y dejar que los reflectores, notificados de su presencia, lo condujeran al destino requerido.

El toque de queda — que regía en todo el país — también era para los presos políticos. Después de las nueve de la noche nadie podía salir de sus casas ni hacer ruidos; era hora de acostarse, rápido, porque luego ordenarían apagar las luces y dormir.

Como en todo el país, en Chacabuco había toque de queda y nuestras casas también podían ser allanadas como sucedía con los hogares de cualquier ciudad de Chile. De hecho, algunos

habíamos sido detenidos justamente en un allanamiento de nuestras casas. En Chacabuco fue salvaje el allanamiento ordenado por un comandante, miembro de la FACh. Cada casa del Campo fue registrada en busca de armas, en tanto los habitantes éramos lanzados a la calle para que esperáramos en tanto —de nuevo— intru-seaban y revolvían nuestras pertenencias. La armonía alcanzada se rompía por algo ya visto que se creía superado. La tropa se llevaba lo único que encontraba: las inofensivas herramientas hechas de clavos con las cuales muchos compañeros tallaban madera. Podían ser armas, claro, que en este caso eran sólo para matar el tiempo; entretenerse, crear y también con la esperanza de poder vender algún producto que sirviera para ayudar a la familia económicamente. Este allanamiento absurdo causó un áspero conflicto entre el Ejército y la Fuerza Aérea, porque significaba un retroceso en la relación no problemática que se había construido con la organización de los presos. A poco andar, las herramientas para hacer artesanía fueron devueltas. Cada cambio de guardia podía significar volver a cero y renovar nuestros terrores diurnos.

Los militares especulaban viendo vestigios de planes de fuga, operaciones de rescate y acciones de resistencia en diversas actividades de los prisioneros. Sospechaban de quienes hacían gimnasia, seguían las estrellas o usaban armas punzantes para tallar la madera. Sin embargo, en nuestra condición, la fuga material no estaba en el ánimo colectivo. Quienes insinuaron (en la intimidad de alguna casa) una huelga de hambre como protesta, fueron desalentados. Hubo un caso de inicio de huelga de hambre. El presidente del Consejo de Ancianos de entonces, Mariano Requena, debió disuadirlo de la decisión luego de una convincente conversación con el comandante del Campo: según el reglamento de disciplina en tiempo de guerra la huelga de hambre permitía el fusilamiento inmediato. La resistencia era socarrona, cultural, reforzando una autoestima que desmentía de hecho los insultos recibidos.

## Militancias disimuladas

El control estricto era en las formaciones, cuando había conteo, es decir, en los momentos en que se izaba la bandera y cuando se arriaba. Era el régimen militar. Entre esos hitos y ritos, crecientemente, las actividades de los presos políticos fueron organizadas por ellos mismos, construyendo una rutina diferente. Los militares, por supuesto, en cualquier momento podían llamar a formación o hacer un allanamiento de las casas.

Éramos presos y políticos. La organización se fue extendiendo. Nos sentíamos protegidos por el Consejo de Ancianos, nuestra autoridad legítima.

Antes de saber los pormenores, con ingenuidad me parecía que este organismo democrático era de generación espontánea. Y me gustaba. Sin embargo, era evidente que el impulso por organizarnos venía de antes. Cada uno de nosotros, al menos habíamos sido presidente de curso o dirigente sindical y, prácticamente todos, militantes de partidos políticos. Era natural organizarse. Era parte de nuestra cultura. En mi caso, pertenecía a un partido pequeño, de reciente formación y sin historia dentro de la izquierda histórica y los partidos obreros. Por ello —salvo a mi primo Raúl Díaz— no conocía a nadie. Los otros compañeros de la Izquierda Cristiana que estaban en Chacabuco eran Domingo Chávez, Carlos Naudon y Gabriel Reyes. Nos conocíamos apenas de vista. No tocamos el tema. La desconfianza también era parte de la convivencia. No me sentía aislado —nunca he sido el alma de la fiesta—, pero no tenía amigos y estaba afuera de las conversaciones políticas que seguramente había. Yo no había sido allendista para la elección de 1970, sino partidario de Radomiro Tomić, el candidato demócratacristiano que resultó tercero. Seguramente en Chacabuco no percibí las movidas políticas que sucedían a mi alrededor, por ejemplo, cómo se generó realmente la organización de los presos políticos ni cómo funcionaban clandestinamente algunos partidos políticos.

## La historia en Citroneta

“¿Qué hacía yo entre esta gente?”, me preguntó la tía que me llevó el bolso marinero al Estadio Nacional. En septiembre de 1970 yo no era allendista. No podría presumir de un allendismo, que es motivo de orgullo de quienes siempre lo fueron. Desde niño me gustó saber de política. A los 10 años, en 1964, llené el álbum *Los niños también votan*. En 1969 seguí las noticias de “la mesa redonda de la UP”. Me gustaban Chonchol y Neruda, en ese orden; pero ninguno de ellos fue el abanderado. Tenía 15 años cuando me entusiasmó el lema “Ni un paso atrás” que estaba en un afiche bajo la fotografía de un enérgico Radomiro Tomic. Mi intuición ordenaba mis simpatías: a Tomic lo apoyaba gente para mí admirable, como Joan Manuel Serrat que cantó en una de sus manifestaciones. Solitario, me acerqué a una sede del PDC y empecé a colaborar repartiendo volantes. Conocí militantes de la Juventud, todos mayores que yo, que me contaban que Tomic era “el candidato de la izquierda cristiana”, que la esperanza cristiana era socialista y —los más teóricos— que eso se llamaba “socialismo comunitario”. Ni una palabra sobre Allende. En todo caso, había que derrotar a la derecha y defender la reforma agraria por la que habían asesinado a Hernán Mery en abril de 1970.

El 4 de septiembre de 1970, día de las elecciones presidenciales, fue una jornada señera. El rito ciudadano se inició con la apertura de los locales de votación y la constitución de las mesas, cada una con su presidencia elegida por los vocales. Las candidaturas acreditaron a sus respectivos apoderados —hombres y mujeres, según el local de votación—, encargados de vigilar la corrección del proceso. Durante la votación la amistad cívica se traducía en compartir sándwiches y cafecito de los termos, en espera de la hora en que había que abrir la urna. Todos atentos al conteo de votos, en voz alta, a las objeciones, a la defensa del voto. Cada comando llevaba un cómputo paralelo al oficial. Sin computadores, los resultados se iban anotando en cuadernos escolares.

Siendo un “cabro de la juventud”, de la distribución de volantes pasé a estafeta —mensajero— para el día de la votación. Trabajos menores de la militancia. Me asignaron a una Citroneta

manejada por una señora joven, militante del PDC, de quien no recuerdo su nombre. Estaríamos todo ese día —choferesa y estafeta— yendo y viniendo entre una casa —centro de operaciones— y cada local de votación de la comuna. Yo, subiendo y bajando de la Citroneta corría para llevar o traer información sobre mesas constituidas, si faltaban o no apoderados y, al final, los resultados por mesas que recibía en papelitos que me entregaban los apoderados. En la casa de los cómputos, llevaban la cuenta y la tendencia coincidía con lo que iban adelantando las radios.

En ese ir y venir, choferesa y estafeta conversamos amistosamente. Al inicio, alegres y con gran mística: ni un paso atrás. En la medida que pasaba el tiempo y que el triunfo de Allende era probable, la conversación fue cambiando. La choferesa empezó a asustarse por la llegada del comunismo. El estafeta se contentaba con la derrota de Alessandri. El tercer lugar de Tomic se hacía evidente. Ni Allende ni Alessandri tendría mayoría absoluta. La choferesa pensaba que Alessandri era diablo conocido y duraría poco; que así Frei podría volver. El estafeta, decía que el programa de Tomic era muy parecido al de Allende. La choferesa se fue enmudeciendo, preocupada; el estafeta no estaba preocupado: Alessandri se estaba perdiendo. Al término de la misión la conversación ya no compartía la alegría ni el humor del inicio de la jornada. El trayecto tomó otros rumbos. La choferesa desvió la Citroneta hacia la casa de Juan de Dios Carmona para pedirle su opinión. El estafeta se bajó de la citroneta y se fue a la sede del PDC para copuchar y reunirse con camaradas de la Juventud.

Nos juntamos en la puerta de Alameda 1460. Allende saludaría a sus partidarios desde un balcón de la FECH. Por la avenida ya no pasaban vehículos. La calle era de los allendistas. Más adelante, en esa misma Alameda, podrían escuchar al compañero Allende. Pasó una marcha de jóvenes socialistas. Felices. Nos gritaron para bien y para mal. Y varios de la JDC nos plegamos a la marcha, respetando y celebrando el triunfo de Allende. Nunca imaginé que ese gesto aparecería en muchas crónicas sobre esa noche histórica.

Al recordar, pienso que todo ese día fue una sinopsis de lo que iría pasando en la sociedad chilena. La polarización se balanceaba

como una Citroneta. Tomic no vaciló en abrazar a Allende y reconoció de inmediato el triunfo popular. La DC era el tercio más pequeño de los tres tercios y, en la encrucijada, tenía la posibilidad constitucional de inclinar la balanza por la primera mayoría de Allende, pero también podía hacerlo por Alessandri. En Chile no teníamos segunda vuelta. Como en la Citroneta, los temores estaban latentes: ¿la izquierda marxista o el retroceso en las políticas de participación popular alcanzados por Frei? ¿Ni un paso atrás? Entre ese 5 de septiembre y el 24 de octubre (fecha en que el Congreso Pleno ratificó a Salvador Allende como presidente de la República) mirábamos expectantes a la dirigencia. La atmósfera era de temores y conspiraciones, negociaciones y conjuras. Y la negociación del Estatuto de Garantías Constitucionales fue determinante para frustrar las tentaciones de pactar con la derecha.

El 8 de junio de 1971 la VOP asesinó a Edmundo Pérez Zujovic. La connotación izquierdista del nombre del grupo (Vanguardia Organizada del Pueblo) sirvió para atribuir el atentado a la izquierda. Con otros integrantes de la JDC fuimos al funeral del camarada, pero nos echaron casi a patadas del cortejo por “comunistas”. En octubre de 1971 se formó la Izquierda Cristiana. Yo era quizás el más joven e irrelevante de sus fundadores. Y apoyamos al presidente Allende. No lo conocí en persona. Lo más cerca que estuve de él fue en la última marcha de apoyo a su gobierno, que entonces también era mi gobierno. En Chacabuco era un allendista tardío. Con mis compañeros de casa habíamos estado en distintas marchas. No nos conocimos en campaña.

Entre las personalidades de Chacabuco estaban Patricio Hurtado y Vicente Sota. No los conocía personalmente, pero sabía quiénes eran, que habían sido parlamentarios demócratacristianos y que, en cierto sentido, éramos de la misma cultura cristiana de izquierda. Ambos estuvieron con Allende en las elecciones de 1970. Me acerqué a ellos. Siempre, incluso después de Chacabuco, fueron afectuosos conmigo. Yo tenía la edad de sus hijos e hijas.

## IV

### El gobierno de los presos

Cada uno le bajaba el perfil a su identidad política, salvo compañeros como el alcalde de Puente Alto y otros, exparlamentarios, que eran conocidos públicamente. En los interrogatorios la mayoría había declarado ser “independiente” y en esta circunstancia era inconveniente darse importancia o hacer ostentación de militancia. Más aún: la intrepidez era imprudente o sospechosa. En momentos se despertaban las recriminaciones políticas que atribuían a “ultras” o “reformistas” responsabilidades por la derrota y nuestra situación. Algunos estaban irascibles, otros con la talla a flor de labios distendiendo la situación. La mayoría ensimismados o prudentemente silenciosos. Entre formación y formación, la vida cotidiana se desarrollaba fuera de la casa, con otras personas, amigos o camaradas que vivían en otro “barrio”.

#### Consejo de Ancianos

Junto con amanecer más limpio, el campamento despertaba más organizado. Cada “hogar” tenía disciplina interna y un compañero elegido que lo representaba ante las casas vecinas, con las cuales se formaba un pabellón. De la reunión de los jefes de casa surgía un representante de la calle o pabellón. Este se preocupaba de las actividades del “barrio” y era responsable ante los militares de la formación, de la asistencia, puntualidad, informar sobre de los enfermos y de cualquier problema extraordinario que surgiera entre

“su gente”. En la jerga militar, se entregaba un “parte de fuerza”. Esa relación, del comandante con un jefe de escuadra, recordaba el servicio militar.

Nuestra democracia tenía una estructura piramidal. Los jefes de pabellones, generados por los jefes de casas constituían el organismo máximo de los prisioneros: el Consejo de Ancianos, nombre que tenía una resonancia primitiva, en una comunidad principalmente de jóvenes. La pirámide se completaba con el “anciano mayor” o presidente, que se relacionó de inmediato con dirigentes ya conocidos y muy respetables. Entre estos liderazgos naturales estaba Vicente Sota, compañero que se caracterizaba por una gran barba y por un largo pelo blanco. Lo recordábamos dirigiendo con un bastón un coro en las graderías del Estadio Nacional.

La idea del Consejo de Ancianos había nacido en el Estadio Nacional. Por otra parte, a los militares siempre les acomodó tener interlocutores con cierta jerarquía. La oportunidad la abrió —según el relato de Alberto Gamboa— el coronel Von Krischmann, cuando ordenó que dieran un paso al frente los más ancianos, los mayores de 60 años y que habían sido parlamentarios o autoridades del gobierno anterior. Al parecer, resonaba el eco del aserto militar “la antigüedad es grado”.

Los presos no dejaron pasar la oportunidad de nominar un representante. El nombre fue propuesto con gran picardía política. Considerando el clasismo y racismo de los militares, el primer presidente del Consejo de Ancianos fue un médico alto, de incipiente calvicie y de gran prestancia. Había estudiado en Harvard y nombrado por el presidente Allende subdirector del Servicio Nacional de Salud. De 44 años, el anciano no era tan anciano, pero estaba sobre el promedio de edad de los presos, que era aproximadamente de 35 años. La designación del Dr. Mariano Requena fue urdida para que los prisioneros tuvieran ante los militares un interlocutor “con grado”. De hecho, el comandante le decía “doctor Requena” cuando se dirigía a él, tratándolo de usted. Probablemente, si el primer anciano hubiese sido un obrero, lo habrían mirado “de arriba hacia abajo”. Al resto, los militares lo trataban de una manera menos respetuosa o definitivamente grosera como ya lo había hecho Minoletti el primer día. Se estableció la dignidad del cargo.

Aprovechando la ocasión, al coronel se le representó la queja por el trato vejatorio que habíamos recibido todos, principalmente Ángel Parra y Mario Céspedes. Éramos “otra cosa”, personas respetables, varias de gran prestigio profesional, que merecíamos un trato distinto al recibimiento que había comandado Minoletti.

El Consejo de Ancianos funcionó como “el gobierno de los presos”, llevando adelante verdaderas políticas públicas a través de la formación y funcionamiento de comisiones encargadas de diversos temas, optimizando lo que teníamos y sabíamos. Además, principalmente, aprovechando lo conseguido en un lugar donde —a diferencia de otras prisiones— teníamos libre plática entre los prisioneros y posibilidades de desplazamiento vigilado. Una misión prioritaria del Consejo era representar a los prisioneros ante las autoridades militares: “parlamentar” con la Comandancia y conseguir un reconocimiento para poder hablar con quienes pudieran visitar el Campo (Cruz Roja, obispos, etc.) y exponer de la mejor forma las peticiones y mensajes de los chacabucanos. También, poco a poco, conquistar algunos beneficios colectivos que mejoraban nuestra estadía: participar en el izamiento de la bandera, que la entrega de las cartas fuera más expedita; que la luz se apagara más tarde, que el agua para las duchas funcionara más tiempo, que disminuyeran los plantones al sol; que se permitiera la realización de veladas y actividades artísticas de los presos y conseguir implementos para su producción. Más adelante se pidió privacidad para tener momentos íntimos durante las visitas de familiares.

Puestos a sobrevivir en la convivencia, la precariedad de nuestra situación no fue contradictoria con el entusiasmo colectivo que se despertó para demostrar que estábamos vivos, creando y aprendiendo en el dolor, dándole dignidad a la sequedad de este campo. Nos teníamos a nosotros. El peluquero prisionero le cortó el pelo a quien se lo pidió y el zapatero remendó su calzado, así como el abogado daba asesoría jurídica. Desde el aporte más sencillo todos contribuimos a una convivencia que resultó comunitaria, ordenada por áreas prioritarias que se expresaban en comisiones emanadas del Consejo de Ancianos. Una suerte de humanidad compartida, una política, de un pequeño pueblo muy singular, que

se ocupó principalmente de la salud, la educación y el esparcimiento de sus habitantes.

## Salud

Los trabajadores de la salud se organizaron de inmediato en un Consultorio, que organizó turnos y abrió fichas clínicas de la población cautiva. A cargo de Danilo Bartulín, uno de los médicos que estuvo con el Dr. Allende en La Moneda. Al llegar al Campo entre los prisioneros había al menos diez médicos<sup>19</sup>, algunos eminentes en su especialidad; un dentista, dos psicólogos, dos químicos farmacéuticos. En torno al consultorio, que también llamamos “enfermería” y a poco andar llamamos “policlínico”, había un voluntariado de más de treinta prisioneros para las diversas tareas administrativas o de empadronamiento. Para muchos fue la primera oportunidad que tuvieron para consultar por dolencias que eran secuelas de las torturas sufridas en el Estadio Nacional.

Al otro lado de la alambrada había presencia de la Cruz Roja y, por su lado, los militares contaban con un médico y un dentista. También con un hospital de campaña, para la población militar, donde se hicieron intervenciones quirúrgicas con participación de médicos prisioneros que interactuaban con el médico uniformado que, curiosamente para una población absolutamente masculina, se trataba de un ginecólogo.

La prioridad fue prevenir enfermedades. La primera gran tarea fue la vacunación contra la fiebre tifoidea, a cargo de los militares y con la colaboración del Consultorio. Principalmente se desarrollaron iniciativas de salubridad: se promovió la higiene llevando adelante una campaña contra las moscas, las ratas, la lombriz solitaria; además de preocuparse por el manejo de la basura y la manipulación de alimentos. Raúl Díaz, por ejemplo, era el encargado de salud ambiental y debía acordar medidas con el médico militar. Se hizo un empadronamiento de la población y también — con asesoría de Luis Font, *maître* del Sheraton que estaba

<sup>19</sup> Rolando Álvarez, Danilo Bartulín, Raúl Díaz Valdés, Carlos Heindrich, Manuel Ipinza, Enrique Jenkin, Carlos Peña, Mariano Requena y Oscar Ulloa.

prisionero— se preocuparon de programar dietas para enfermos. Por su lado, el sicólogo colaboró en la tarea y nos enseñó a relajarnos (quien más, quien menos, estaba tan tenso y deprimido como el resto de los prisioneros) y experimentamos con ejercicios de yoga. Cuando llegaron los compañeros de Concepción, entre ellos había un dentista —Nazif Paluan— que se incorporó al policlínico y que algunas veces podía ocupar el equipamiento del dentista-militar. Esporádicamente, también llegaba al Campo un oftalmólogo.

### Visita del oculista

La única persona que yo conocía desde antes del golpe en Chacabuco era al Dr. Raúl Díaz Valdés. Era parte de la familia. Ya he contado sobre nuestro parentesco y encuentro en el Estadio Nacional<sup>20</sup>. Ahora compartíamos Chacabuco y en él nuestros intentos literarios. En tanto, Mónica estaba a cargo de los cinco hijos —cuatro niñas y un varón— en Santiago y encontró una manera audaz e ingeniosa para ver a su compañero. Tras un sórdido peregrinaje por el Ministerio de Defensa y otros cuarteles, mi prima consiguió viajar a Chacabuco acompañando a un oftalmólogo militar —el Dr. Hugo Weibel—, enviado por el Servicio de Sanidad del Ejército. Sin embargo, Mónica sabía más de dientes que de ojos. Antes de partir se entrenó para hacer los test, con puntero, delantal y lenguaje adecuado, recreando esas escenas típicas de chistes de oculistas. Ya en el Campo, cuando iban a llamar a los presos, se cortó la luz.

Ante el imprevisto, las visitas fueron llevadas donde el comandante del Campo, que esperaba sentado en un sillón de paja, imponente, acompañado de dos mastines. El oficial, cuya gentileza se despertó con la presencia de mi joven y buenamoza prima, se acercó bastante —con una elocuente tufarada— y ofreció un recorrido por la ex oficina salitrera, en tanto se solucionaba el contra-tiempo eléctrico. El coronel Von Krischman mostró refrigeradores llenos de comida, instalaciones, etc. Y a los presos, que miraban

---

20 En libro *Frazadas del Estadio Nacional*.

desde la alambrada. Yo no estaba ahí. Más tarde supe que, Raúl u otra persona de confianza, me buscaron para advertirme de la presencia de mi prima y evitar que yo “metiera la pata” y la delatara al reconocerla. En verdad, yo me enteré de todo mucho más tarde.

Después del paseo, el oficial invitó a almorzar. Fue eterno. Y llegaron las preguntas difíciles para Mónica, que el oftalmólogo salvó diestramente. Recordó las vinchucas que había tenido Chacabuco, antes de ser Campo de prisioneros y se extendió sobre la importancia de la vinchuca en las casas de adobe y sus nefastas consecuencias en los ojos de sus habitantes ya que el maldito bicho —bendito a esas alturas— infecta el globo ocular del ser humano. Felizmente llegó un soldado con la buena noticia: “¡Ya dieron la luz, mi coronel!”.

Se hizo la fila de prisioneros esperando la consulta al oculista y para intentar sacar o recibir algún recado. Por ejemplo, un par de anteojos llevados por Mónica para Manuel Cabieses. Los guardias controlaban todos los movimientos. Mónica cumplía bien con su papel de asistente tipo enfermera. El último de la fila fue Raúl. Los esposos quedaron frente a frente. No podían hablar. Sólo podían tocarse con la mirada. El oftalmólogo, cómplice, hizo en voz alta las preguntas básicas que habría querido hacer Mónica. Las respuestas fueron tranquilizadoras. En estas visitas al oculista generalmente no se le daba la mano al preso. El trato era muy impersonal. En este caso, el médico se despidió dándole la mano a Raúl facilitando así la posibilidad para que Mónica también lo hiciera. Raúl se la dio fuerte, amorosamente.

En el bolsillo de la camisa de Raúl asomó una cajetilla de Monza. Despidiéndose, Mónica le pidió “un cigarrillo para el camino”.

—Llévese la cajetilla. Son todos suyos.

Tiempo después, hubo autorización para visitas de familiares. Como a Mónica ya la conocían los militares, debió ir disfrazada; con peluca y anteojos oscuros que ocultaban su cara. Los milicos no la reconocieron. Tampoco Raúl. Fue una aventura romántica y política inolvidable. En Santiago, además de las pellejerías económicas que debían enfrentar, la casa había sido allanada dos veces. “Una noche —contó Raúl— llegaron 30 militares y

sacaron a mis hijos a la calle, los pusieron contra la muralla, apuntándoles. Tenían entre 5 y 11 años. Una de las niñas estaba en la tina de baño y la sacaron envuelta solamente con una toalla”.

### Mente sana en cuerpo sano

El aserto “mente sana en cuerpo sano” llevó al profesor de Educación Física Hugo Moreno —de la Universidad del Norte— a hacer todas las mañanas clases de gimnasia. Ahora en los baños de Chacabuco. (Nunca olvidé a este profesor regresando al camarín del Estadio ensangrentado y golpeado después del interrogatorio). Un comandante de seguridad —capitán Santander— eliminó la actividad porque en la gimnasia veía una intención subversiva. Supuestamente, los presos nos preparábamos para saltar “con garrochas” la alambrada. Él, dijo, no permitiría el gran escape que había visto en una película sobre un campo de concentración nazi. Otro equívoco fue llamar “piscina” a un estanque que estaba cerca de las duchas. Un fondo de fierro que se llenaba de agua, en que algunos se bañaban. Para el Dr. Requena se trataba de un “estanque insalubre” que llevó a los médicos a solicitar vacunas antitíficas.

Bajo techumbre de un galpón estaban las letrinas. Sin alcantarillado, el retrete era una larga canaleta de pizarreño por donde corría el agua. Unas tablas puestas en “V” servían de asiento. Sin divisiones, esta forma permitía cierta sociabilidad entre los vecinos que —ya sin intimidad— conversaban mientras hacían caca. Sentados en fila parecíamos gallinas ponedoras. Entre las muchas “anécdotas de baño”, me permito repetir una que contaba Hugo Valenzuela con mucha gracia: dos compañeros hablan en el baño algo relacionado con la Corporación de Fomento. Otro, que también está en “la ponedora”, interrumpe la conversación dirigiéndose a Kurt Dreckmann:

—¡Disculpen, compañeros! Una preguntita... ¿Ud. fue el director de la Corfo?

—Sí, compañero, yo soy.

—Lo que son las cosas... yo anduve dos años solicitando una audiencia con Ud. y nunca me inflaron ¡y ahora estoy cagando a su lado... mi señora no me va a creer cuando le cuente!

Cuesta abajo, la canaleta llevaba los excrementos que eran desviados —según Guillermo Torres— hacia el lago Titicaca y sacados por una pareja de compañeros, designada por turnos. Era una medida de salubridad, parte de la campaña contra las moscas. Como también lo era promover el aseo personal, el lavado de la ropa y evitar una “plaga de cochinos”.

## Educación

El interés por estudiar y enseñar era evidente y en todos los niveles. Se desarrolló un programa de alfabetización que partió con una encuesta muy básica, de la que resultó que había 19 analfabetos y una cantidad importante de profesores. A cada alumno se le asignó un instructor que le hacía una clase personalizada. Como tutores participaron Luis Henríquez (el Ho Chi Minh) y Heriberto Krum. Ambos le enseñaron a escribir a diferentes compañeros. El examen final fue escribir una carta para la familia y leer la respuesta. La satisfacción mutua de alumnos y profesores era emocionante. Había un buen grupo de estudiantes y académicos de la Universidad Técnica del Estado, también de la Universidad de Chile y la Universidad de Concepción. Todo profesor se inscribió para hacer clases y había estudiantes para las más diversas materias. Era una buena forma de aprovechar el tiempo. Se impartía educación básica, media y superior en forma sistemática. Castellano, matemáticas, biología, estadística, termodinámica química; además, inglés, francés y alemán, ante los posibles exilios, había mucho interés por aprender idiomas. Historia y filosofía fueron prohibidas por la comandancia del Campo “para prevenir deformaciones peligrosas”. Se hizo un programa académico, teniendo a Patricio Corbalán Carrera como “rector”, secundado por el profesor penquista Mario Benavente. A esta escuela, en la que participaron casi 500 personas, se le llamó con cierta ironía “Universidad Libre de Chacabuco”.

Fuera de programa algunos estudiaban computación y programación, novedad absoluta en 1973. Las clases de computación las hacía Hernán Isakson. Fue un intento novedoso, pero demasiado sospechoso para la mentalidad conspirativa de los militares. Lo prohibieron. Como también se suspendieron unas clases de astronomía: los posibles fugitivos se podrían guiar por las estrellas en su huida por el desierto. No entendían que la gran fuga de los prisioneros no era material, sino intelectual, artística y espiritual. Hacer o tomar clases ya era una forma de escape, como todas las otras actividades que nos mantenían ocupados cuidándonos en comunidad.

A pesar de las humillaciones sufridas y los dolores irreparables, Mario Céspedes tenía un halo de dignidad que inevitablemente asocio con la poesía. Lo recuerdo en un *show* recitando de memoria el poema “El guante”<sup>21</sup> y leyendo los versos premiados de sus compañeros, los que cuidó por años. Don Mario transmitía la seriedad amable de un buen profesor. Era un placer escuchar sus charlas sobre la geografía de Chile y no faltaron quienes le pidieron clases a domicilio. Él iba a las casas y charlaba, por ejemplo, sobre el guerrillero Manuel Rodríguez y otros patriotas. Era conocido por su amenidad. A pesar de los insultos de Minoletti, comandantes posteriores le pidieron que hiciera —“para todo el personal”— una conferencia sobre la historia de Chile, especialmente sobre la Guerra del Pacífico. Por su lado, don Mario pidió autorización para dedicarse a regar los pimientos y las pocas plantas de la plaza. Ahí encontraba la serenidad añorada, esa era su fuga. En una carta a su esposa —Lelia Garreaud, también profesora—, don Mario escribe:

Sólo la esperanza de la libertad me mantiene entero de salud y de moral. Continúo al cuidado del jardín de la plaza, que está muy hermoso y verde, desafiando el asedio terroso de la costra salitrosa que lo invade todo. Frente a la pérgola, en mi solitario escaño que protegen algunos pimientos, me siento cada mañana y cada tarde a leer y a meditar sobre las injusticias y durezas que trae a veces la

---

21 De la guatemalteca María Cruz.

vida. Pero no hay mal que dure cien años. Algún día esta pesadilla ha de terminar y retornaré a tus brazos y a tu corazón...<sup>22</sup>

Por mi parte, ese fin de año debía salir del liceo y dar la Prueba de Aptitud Académica para postular a la universidad. Le escribí a mi profesor de Castellano una carta muy ingenua en la que justificaba mi inasistencia por estar preso y le solicitaba que me enviara prospectos y ejercicios para preparar la PAA. Nunca llegó ese material, pero la carta fue clave para que no repitiera de curso “por inasistencia injustificada” y poder dar más tarde “exámenes libres”. Ese impedimento para entrar a la universidad y las dificultades posteriores para tener mi licencia de Enseñanza Media me perjudicaron hasta el término de la dictadura.

## Periodismo

Además de los trabajadores de la salud y de la educación, los periodistas también ejercieron la profesión con gran compromiso. Lo primero que hicieron fue un informativo “radial”. En este caso se transmitía a viva voz en el comedor, a la hora de almuerzo. Al cuarto día de haber llegado el programa ya estaba “en el aire”, iniciando la campaña contra las moscas o la posibilidad de que nos fueran a vacunar o informando con quién había que inscribirse para formar un coro. El *Boletín Radial* era un libreto que se leía a dos voces, al alimón, previa censura militar. Siempre existió el objetivo de levantar la moral y de disminuir la incertidumbre con información generada por la organización de los presos. Se entregaba con un tono humorístico, que era típico de los diarios más populares de la izquierda —*Clarín* y *Puro Chile*— que tenían a algunos de sus redactores prisioneros. No era extraño, entonces, que algunas de las noticias arrancaran risas, lo que creaba un ambiente que derivó en una ampliación del *Boletín*, combinando la lectura de noticias con otras expresiones: a la locución se le agregó

---

22 Fragmento de carta de Mario Céspedes a su esposa Lelia Garreaud, fechada en Chacabuco el 29 de mayo de 1974.

un fondo musical nortino (de quena y charango), después, se hacía una pausa en el noticiario y durante ella había diversas intervenciones que incorporaron entre las novedades el descubrimiento de talentos cómicos y artísticos.

La noticia más esperada era el anuncio de las cartas o de los buses con los fiscales que nunca llegaron. Para hacer más entretenido el “programa de radio”, participaba en los anuncios una pareja que se convirtió en un dúo cómico: Ño Pampa y su hijo Caliche, personajes con resonancias salitreras interpretados respectivamente por Luis Cabezas y Orlando Valdés. Independizados del “periodismo radial” la pareja preparó e improvisó rutinas humorísticas, “teatralizando los chistes” con alusiones políticas. A través de ellos nos reíamos de nosotros mismos. Así, el *Boletín Radial* dejó el comedor y derivó en el diario mural “Chacabuco 73”. Los comediantes y músicos dejaron el periodismo e iniciaron así la organización de veladas o *shows* para entretener al público cautivo.

Al comedor también llegaba la información que surgía de radios de verdad. Las noticias corrían como rumores y provenía de compañeros que la noche anterior habían podido escuchar, a escondidas y por turnos, radios extranjeras de onda corta. Esto era posible gracias a la filtración de alguna radio a pilas enviada por familiares. Los aparatos se arreglaban para captar en onda corta especialmente Radio Moscú y su programa *Escucha Chile*. Un técnico electrónico de primer orden era Luis Francisco González Manríquez, alias Rabito<sup>23</sup>, quien empezó armando una radio a galena; luego, con material que encontró en la oficina salitrera armó un aparato que pudo completar con algunas piezas que le regaló un oficial por el arreglo de un televisor, hasta que logró que todas las casas de su pabellón pudieran conectarse. Sobre los techos de las casas —y está en algunos dibujos— se podían ver antenas hechizas. A veces en esas radios (de Moscú, Berlín o La

---

23 Luis Francisco González Manríquez, alias Rabito, después de ser liberado en Chacabuco fue detenido nuevamente el 3 de octubre de 1974 por la DINA y llevado al centro de detención de José Domingo Cañas. Desde entonces está en la nómina de detenidos desaparecidos. Al momento de su detención, según un testimonio vinculado al MIR, “Rabito estaba trabajando en armar una radio clandestina”.

Habana) se hablaba de Chacabuco y se nombraban a algunos presos, solidaridad que por un lado protegía y, por otro, aumentaba el nerviosismo.

## Diario mural

Con sus barrios, sus instituciones, sus personajes, sus problemas y sus anécdotas Chacabuco era un poblado que producía noticias y que a la vez necesitaba mantenerse informado de lo que allí acontecía y, así, como existía un policlínico, este pueblo también tenía un diario: *Chacabuco 73*. En efecto, luego de la experiencia del *Boletín Radial*, los periodistas se reunieron para adecuar el servicio informativo a las nuevas condiciones del Campo. La discusión fue rica y creativa, se decidió hacer un diario mural, se definieron algunas secciones permanentes, se repartieron responsabilidades y se designó el director. El primero fue el escritor y periodista Franklin Quevedo, quien hasta el momento del golpe había sido director de la Radio de la Universidad Técnica del Estado. Posteriormente el cargo fue ocupado en forma rotativa por los otros periodistas y —por la gran responsabilidad hacia la comunidad que suponía— el director del diario mural pasaba, automáticamente, a formar parte del Consejo de Ancianos. Entre los periodistas estaban Alberto Gamboa, director del diario *Clarín*; Manuel Cabieses, director de la revista *Punto Final*; Rolando Carrasco, director de la radio de la Central Única de Trabajadores, Luis Emilio Recabarren; Carlos Naudon, comentarista internacional de la Televisión Nacional y de la revista católica *Mensaje*; Guillermo Torres, redactor político de *El Siglo*, junto a otros trabajadores de la prensa que estuvieron muy dispuestos a entregar parte de sus conocimientos al resto de los compañeros y de combinar el “ejercicio de la profesión” con las otras actividades del Campo. Constituyeron un Consejo de Redacción, como si fuera un gran diario “de verdad”. El periódico *Chacabuco 73* en realidad no era propiamente un diario sino más bien un semanario. Aparecía una vez a la semana frente al comedor. Consistía en una pizarra forrada con una arpillera sobre la cual

se pegaba el material. Las tareas principales del informativo mural estaban estrechamente ligadas a las orientaciones entregadas por el Consejo. Era fundamental para desarrollar la organización que se estaba creando, incentivar la participación y para orientar la auto disciplina. Había mucho que enseñar, difundir y emular. Era un trabajo delicado que precisaba prudencia y oficio. Material humano había. Y de gran calidad. Su tarea principal era elevar la moral, evitar el desánimo, reforzar una buena autoestima, llevando adelante una verdadera campaña para que los prisioneros se mantuvieran ocupados, sancionando socialmente la “ociosidad”. Ilustrativo de esto es la nota “El rincón de los ociosos”:

La conducta de los compadres de Chacabuco es ejemplar han reiterado las autoridades del campo. Esto es digno de aplauso. La gente trabaja, ocupa su tiempo en aprender, en crear, en hacer algo positivo, esas actividades están a la vista, contamos con un eficiente policlínico, con un ágil y expedito correo, con un excelente grupo de teatro, con un afinado coro, con un grupo de talentosos talladores, con un equipo de voluntarios carpinteros, electricistas, aseadores y ayudantes de cocina. Contamos también con un personal responsable que compone “el Consejo de Ancianos”, disfrutamos de la calidad armónica de “Los de Chacabuco”. Disponemos de un selecto grupo de juristas y con múltiples actividades deportivas. Sin embargo, dentro de esta floreciente actividad, “pasa colado un grupo de ociosos”. Son los que no hacen nada. No cantan, no juegan, no leen, no tallan; en fin, no participan. No aportan nada... son los menos, pero necesitan urgentemente incorporarse a cualquier actividad, aunque sea recreativa. Invitamos a los jefes de pabellones, de casas y compadres de este grupo de rezagados, a que los integren a las múltiples actividades del campo, es un bien de todos. La ociosidad es la salsa en que se cocinan los más sustanciosos “caldos de cabeza”. ¡Todos a trabajar! <sup>24</sup>.

El Consejo de Redacción debía considerar los cambios de guardia ya que, antes de ser instalado frente a los comedores, el

<sup>24</sup> “El rincón de los ociosos”, diario mural *Chacabuco*73, en Gerardo García, *op. cit.*, p. 84.

contenido del diario mural tenía que ser revisado por el comandante de seguridad, que a veces no hacía la tarea. Cada dos números había que “negociar” con una guardia distinta y correr el riesgo de la prohibición. Un momento de censura —bajo la comandancia del capitán Santander— fue cuando se prohibió la publicación de una entrevista hecha a Manuel Ipinza y a Vicente Sota, cuando ellos eran “ancianos”. En ella contaban los orígenes del Consejo de Ancianos y las actividades realizadas hasta entonces por los presos políticos. La entrevista era una verdadera lección de cómo el pueblo que estaba recluido ahí había demostrado su altivez y conciencia. El oficial la censuró. Los periodistas cuidaban el diario, pero también se tentaban y más de alguna vez le pasaron goles a la censura.

Entre las secciones estables había una entrevista central a un personaje destacado de la comunidad. El diario tenía también “reporteros gráficos” que apoyaban el servicio con un retrato a carboncillo del entrevistado. “Lo que hace y no hace un buen caballero” eran dos columnas que evidenciaban el contrapunto entre las diversas actitudes que se observaban entre los prisioneros; las más virtuosas —actitudes ejemplares de solidaridad y conciencia colectiva— eran emuladas y comparadas con aquellas que, de alguna forma, mostraban mezquindad o “malas costumbres” que eran incompatibles con la vida en comunidad. (“Un buen caballero, no reta a la escuadra de servicio cuando le dan poca carne. Un mal caballero no sólo hace que le llenen el pocillo en el comedor, sino que también un choquero”). La autocrítica era siempre sutil y cuidadosa, con un toque humorístico, cuidando la atmósfera positiva. El humor estaba siempre presente en la titulación y redacción de las notas, también en un horóscopo y en la pícaro sección firmada por “El profesor Nitrato”, especie de consultorio sentimental humorístico escrito por el Gato Gamboa<sup>25</sup>, con el mismo estilo —bastante divertido y picante— del que publicaba en *Clarín*.

---

25 Con el seudónimo Jean de Fremisse, Alberto Gamboa —Premio Nacional de Periodismo 2017— escribía el Consultorio Sentimental, picaresco, del diario *Clarín*, del cual fue su director hasta el día del golpe de Estado. Ese día el periódico fue clausurado y sus instalaciones confiscadas por la dictadura.

A modo de “suplementos”, se agregaba material especial de campañas de prevención de enfermedades, contagios, etcétera, entre las cuales se destacó una dirigida contra las moscas. Se hacía con la asesoría de los médicos y era ilustrado por los dibujantes. En uno de los números apareció un detalladísimo plano del campo de concentración que, cuando el comandante de seguridad lo vio, no pudo evitar un gesto de inquietud.

Entre las colaboraciones recibidas por *Chacabuco 73*, una que fue motivo de orgullo colectivo correspondió al escrito de un anciano que aprendió a leer y a escribir en el Campo de prisioneros. En sus primeros escritos, con su letra de niño viejo, relataba que había comenzado a escribir porque quería ser abogado para poder defender a sus compañeros presos.

Cubriendo el otro extremo etario, se le pidió a uno de los menores de edad<sup>26</sup> que también escribiera en el diario. La edad promedio de la población chacabucana era de aproximadamente 35 años. Yo, con mis 19 años, estaba entre los menores de edad. Alberto Gamboa me solicitó que escribiera una nota sobre los jóvenes presos. Fue mi primera columna de opinión. La titulé “Chacabuco Joven” y se publicó cuando ya había salido en libertad. Poco antes, también para el diario mural Ibar Aybar me había hecho la primera entrevista periodística —y “literaria”— de mi vida<sup>27</sup>. Mientras conversábamos el “reportero gráfico” —Antonio Montesinos— me tomaba la foto, es decir, me hacía un retrato a lápiz.

## Correo

La primera petición de los presos políticos fue recuperar y mantener la comunicación con las familias. La posibilidad de enviar y recibir cartas era una necesidad imperiosa. Siempre el valor de las cartas fue más alto que el del pan. De parte de los militares la censura de lo que salía o llegaba estaba a cargo de los oficiales y

---

26 En esos años la mayoría de edad era a los 21 años.

27 En esos días no imaginaba que Ibar Aybar me publicaría un artículo en su revista *Special Amerique Latine*, que él editaba en el París; ni que el Gato Gamboa me pediría otras columnas para *Fortín Mapocho* en los años 80 ni que trabajaríamos juntos en *Topaze*.

principalmente de los capellanes, que eran —según los turnos— del Ejército o de Carabineros. Se solicitaba que las cartas fueran breves, que no mencionaran temas políticos y que no acompañaran descripciones del Campo ni divulgáramos noticias deprimentes. Lo que al capellán no le parecía lo tachaba o recortaba, evidenciando la intrusión. No era fácil responder la pregunta “¿cómo estás?”.

Los prisioneros por su parte idearon un sistema que agilizará el reparto. A cargo del “Correo” y de un equipo de “carteros” estaba el ingeniero Raúl Zañartu. Por ahí pasaban cientos de cartas, decenas de telegrama e incluso giros de dinero. Los sobres y estampillas escaseaban, si no había esquelas, se escribía sobre los papeles más diversos. Yo tenía un “*block* fiscal”.

Un uso común del tiempo “libre” consistía en la escritura de cartas, así como parte de los momentos de angustia estaban relacionados con la espera de la correspondencia. Además de los afectos, de las mentiras piadosas para tranquilizar a la familia y eludir la censura, las cartas reflejaban la incertidumbre familiar, legal y económica. Siempre flotaba la mentirilla mutua y tranquilizadora: “Aquí estamos bien”. El destinatario era amplio y la privacidad relativa: generalmente las cartas eran leídas también por otras personas de la familia, el partido, las amistades. Y en la prisión, entre los compañeros de prisión se hacían lecturas públicas de al menos algunos párrafos de las cartas que llegaban desde las casas. La comunidad, como lo hacía con los alimentos, también compartía las cartas que, en cierto sentido, eran “cartas abiertas” que llevaban penas y alegrías. En las casas los compañeros de prisión del papá eran tíos ya conocidos por cartas anteriores. Y se intercambiaban saludos y entre las compañeras de ellos, afuera, se conocían y organizaban. Las cartas eran esperadas con ansiedad. A veces el llanto callado de algún compañero nos informaba que había recibido malas noticias. La muerte llegó con frecuencia en las cartas y el duelo del compañero resonaba en nuestras casas; así como también la vida se anunciaba llenando de alegría, sorpresa o angustia a los padres ausentes. Muchas criaturas nacieron sin conocer a sus progenitores. El anuncio de la vida a veces se desmentía dramáticamente en cartas que comunicaban abortos solitarios, doblemente clandestinos. Quedaban dolores y conversaciones

pendientes, sufrimientos íntimos —de hombres y mujeres— que la memoria guardó en silencio y que la política o la historia no pueden dimensionar.

“Me mandaron una carta/ por el correo temprano/ en esa carta me dicen/ que cayó preso mi hermano...”. Era la posdata de una que recibió un amigo. Había que leerlas también entrelíneas. No eran optimistas, a pesar del tono tranquilizador. La cesantía de los presos se oficializaba, las familias eran desalojadas de sus casas por no poder pagar el arriendo. El té, el azúcar y el pan seguían subiendo. Los niños ya no tenían almuerzo en la escuela, la leche había desaparecido y la Junta de Auxilio Escolar había suspendido el reparto de overoles y zapatos. La situación económica del hogar empeoraba, pero “estaban bien”. Ya era casi una norma en las cartas, era el precio para que la censura las dejara pasar. Todas las cosas más bellas y los secretos “sólo para dos” ahora eran de tres. Había que contar con el figoneo de los censores.

Los sobres salían de diferentes formas —algunas ingeniosas y arriesgadas—, además del modo más frecuente y permitido: vía capellanes.

En mi caso, lo primero que escribí con una forma “poética” fue una carta para mi hermano Oscar, quien —justamente por carta— me avisó que se casaba en esos días navideños. Yo no sabía qué regalarle, entonces le hice una carta que fue resultando muy sentimental, en un tono diferente, con cierta solemnidad que saludaba cómo él esquivaba la soledad. Entonces corté las líneas de la carta como haciendo versos y las escribí en un díptico de cartulina, “encuadernado” con una pitilla, como de escuela o jardín infantil. Todo muy ingenuo, “podético”, pero es lo que pude hacer. Quedó bonito. Antes de morir Oscar me devolvió esa carta tipo poema, junto a otros recuerdos de prisión y exilio.

## Censura

Había muchas precauciones que tener en cuenta para escribir las cartas. Se trataba de una comunicación situada en un contexto de intimidad relativa. Había que considerar a “esa otra persona” que

se enteraba a veces de secretos familiares, que figoneaba, permitía, tachaba, cortaba, o simplemente retenía y prohibía la carta. La censura tenía expresiones ridículas y dramáticas. En algunos casos la sospecha llevó a impedir la salida en cartas de las “claves” en la correspondencia de jugadores de ajedrez (¿qué significaba P4R P3AD?); y hubo momentos en que la censura tomó la peor forma: la quema de cientos de cartas, medida que bien podría entenderse como una verdadera tortura psicológica.

Sucedió luego de un partido de fútbol entre presos y soldados, en el que los “detenidos” ganaron por goleada. La victoria, que para nosotros tenía también una connotación simbólica, fue celebrada en cada casa y en la calle principal del Campo de prisioneros. Los jugadores en andas eran verdaderos héroes. No obstante, el comandante del Campo —mal perdedor— ordenó la represalia. Uno de los goleadores, Enrique Olivares, vio cómo el capitán Santander ordenó vaciar los sacos y amontonar la correspondencia al otro lado de la cerca. Cuando ya se había congregado un grupo numeroso de presos el oficial procedió a quemarlas. Paradójicamente, la derrota deportiva que humilló a los milicos se supo afuera, justamente mediante las cartas que nunca dejaron de escribirse. Y en el mismo Campo, la ostentación de poder del comandante Ananías provocó una depresión que se intentó superar cantando: un compañero de Concepción —Nazif Paluan— se puso a entonar una canción a la que se sumaron otros sureños hasta envolver a todos los chacabucanos:

Como está la noche  
como que quiere llover  
Así estaba la mañana  
cuando te empecé a querer.  
Dame un vaso de agua  
que vengo muerto de sed  
Con mi caballo cansado  
y mi persona también.  
Deja que llueva, que llueva  
que caigan centellas y vuelva a llover

Que habiendo buenas amigas y buenos amigos  
¡Que viva el placer!

La canción detuvo el bajón de ánimo por la quema de cartas. En cierto sentido marcó una forma de elevar la moral: cuando estaba baja ¡había que cantar!

### Carta de la discordia

La animadversión hacia los prisioneros se notaba en los oficiales más políticos, que claramente eran anticomunistas victoriosos, tiradores escogidos, comandos, entrenados en la zona del canal de Panamá. De esa calaña eran Minoletti, Ananías y Santander. Este último se jactaba de haber combatido al marxismo y nos demostraba su odio. Despotricaba contra el gobierno caído y el presidente Allende. Mostraba grandes resentimientos personales y argumentos familiares para criticar al gobierno popular. Su intención manifiesta era causar la división de los prisioneros. Eran frecuente en las arengas de las formaciones referencias contra los jefes de la izquierda, contra los exiliados y los dirigentes que estaban escondidos. Los presos, según el discurso —evidentemente manipulador— éramos víctimas de los políticos que estaban a salvo. Y esa conversación se instalaba en las casas. Pretendía ganarse el favor de algunos siendo “comprensivo” con ellos. “Entendía” que los prisioneros sufrían y que estaban solos por culpa de “otros”. Él sabía lo que significaba y cómo se siente una “tropa sin oficiales” cosa que, según él, éramos nosotros.

En esta línea de provocación política, Santander promovió la redacción de una carta pública “respetuosa” de los prisioneros a la junta militar en la que se pidiera la libertad de “los firmantes”. La redacción resultó demasiado respetuosa con la dictadura, indigna de presos políticos y a la vez era una presión miserable para el resto de los compañeros. Era inaceptable el tono de abjuración que tenía la carta y no faltaron quienes estuvieron dispuestos a suscribirla, comprometiéndose en ese acto a colaborar en “la reconstrucción nacional”. La necesidad tiene cara de hereje.

El refrán flotó en el ambiente. La tortura quebró a muchos y cada uno sabía la verdadera dimensión de su desesperación por salir. La carta provocó tensión, despertó desconfianzas, nuevos temores y desconcierto en la comunidad. ¿Qué pasaría con aquellos que se negaran a firmar? Se trataba de un nuevo intento por dividir a la comunidad de prisioneros que, lógicamente, estaba infiltrada por los militares que antes ya habían infiltrado a los partidos políticos. Después, en Santiago, pude comprobar que hubo soldados que representaron el papel de “prisioneros” para saber qué se decía o pensaba entre nosotros.

El Consejo de Ancianos captó la maniobra y le salió al paso con otra carta. Evitando una polémica suicida con la comandancia, el presidente del Consejo convocó a todos los prisioneros al “teatro” donde, en lugar de un *show*, entregó una “cuenta” de todas las actividades realizadas hasta la fecha; entre ellas, del envío de cartas al Cardenal, a los colegios profesionales y una a la junta militar de Gobierno. Esta última —una muestra de habilidad política— hacía obviamente innecesaria la carta promovida por el comandante, que a fin de cuentas nunca fue enviada. Inmediatamente después de la cuenta del Dr. Requena, saltó al proscenio el capitán Santander e insultó al Consejo y acusó a los presos de dejarse manejar por unos pocos. Enfurecido disolvió el Consejo. El receso de la organización duró hasta que hubo relevo de la guardia. Entonces se volvía a lo que ya considerábamos la normalidad.

La cuenta de Mariano Requena, que sorteó exitosamente un problema político y de convivencia, instalaba satisfactoriamente “el gobierno de los presos”. Se inició entonces el sistema de rotación de la presidencia del Consejo de Ancianos, ocupada por un jefe de pabellón cuya duración generalmente coincidía con los cambios de guardia militar. Al Dr. Requena lo sucedió Luis Font, quien hasta su detención era *maître* del Hotel Sheraton. Irónicamente, explicó al diario mural: “Preferí mi traslado a esta nueva ocupación en Chacabuco, dadas las óptimas condiciones económicas y de clima que me ofrecieron”.

## Cartas de petición

El Consejo de Ancianos enviaba cartas de petición a instituciones para que solidarizaran e intercedieran por la libertad de los presos políticos. Escribirlas era una tarea de relaciones públicas. Los profesionales escribieron a sus respectivas organizaciones gremiales. Las cartas más conocidas fueron las enviadas a los colegios Médico, de Abogados y de Periodistas. El Consejo de Ancianos asumía la representación de todos los prisioneros sin distinción y quienes podían remitirse a un organismo específico, como los Colegios Profesionales, eran coordinados por el periodista Carlos Naudon, experto en asuntos internacionales. En esta línea el Consejo hablaba con las autoridades de distintas religiones y con los representantes de la Cruz Roja Internacional cuando visitaban el Campo. En mi caso, desde los más jóvenes, junto al viñamarino Dennis Flores intentamos organizar a los prisioneros menores de edad. Ayudamos a preparar una reunión que fue convocada por el capellán y el Consejo de Ancianos. En ella decidimos enviar cartas a distintas instituciones, como la UNICEF y la UNESCO, que podrían hacer algo por la libertad de los adolescentes y estudiantes que estábamos prisioneros. Recuerdo que para pulir la redacción de nuestras cartas recibimos la ayuda de Vicente Sota y del mismo Carlos Naudon.

Cuando el Consejo pudo hablar con obispos de la Iglesia católica y con representantes de la Cruz Roja le dio prioridad a la petición de los jóvenes. Al poco tiempo hubo un “paquete de cuarenta menores propuestas para la libertad”. Las cartas surtían efectos.

## El siniestro Dr. Canals

Cuando me interrogaron en el velódromo del Estadio Nacional, sin ver a mis interrogadores escuché casi alternadamente dos tonos de voces: una grosera, aterradora, que se acompañaba de golpes y las peores amenazas; y otra que, en una especie de descanso, me hablaba casi paternalmente de la conveniencia de que hablara, de

que no volviera a meterme en política y que, por mi bien, no quería dejarme solo con su colega. Me daba un breve respiro. A él podía responderle, me dejaba espacio para poder decir algo. No sabía de dónde venían esas voces, pero creo que eran personas distintas. Quizás era la misma. Nunca vi caras. Todo era confuso. Más adelante supe que había sido objeto, como casi todos mis compañeros, de una ordinaria técnica de interrogatorio: la alternancia del torturador malo y del torturador bueno. Un macabro juego de roles. Al fin, ninguno de ellos dejaba de ser un torturador.

Vuelvo a ese lugar oscuro al pensar que los roles de los comandantes de seguridad en Chacabuco cumplían también los propósitos políticos de paralizar por medio del terror y de simular empatía para dialogar. Así como el capitán Minoletti representó con elocuencia al torturador malo el día de nuestra llegada, hubo otros militares que simulaban una empatía con los presos y buscaron caer bien. Es el caso del teniente Sergio Canals Baldwin. Fue comandante de seguridad más de una vez; por tanto, nos hablaba durante la formación de la mañana y en la retreta. Lo hacía con un tono cercano, comprensivo de nuestra situación, mostrando un carácter agradable. Era la otra cara de Minoletti. No obstante, era un simulador que ocultaba una faceta sórdida.

Cuando los menores de edad nos organizamos para hacer una carta de petición, Canals ordenó que nos formáramos frente al portón de salida. Fue al anochecer. Nos llamaron por los parlantes. Esperamos vigilados por los reflectores de las torres de la entrada hasta que llegó un *jeep* que se llevó a un compañero. Recuerdo que llamaron sólo a uno para que se presentara ante el teniente. Al regresar, nuestro amigo contó que se trataba de preguntas banales y especialmente sobre militancias, nuestra situación militar y qué haríamos ya en libertad. Lo peor había sido que las preguntas las hacía un encapuchado, en un ambiente iluminado sólo por una vela. Ubicado detrás del interrogado, a contraluz, un soldado hostigaba a nuestro compañero dándole rítmicamente golpes suaves en la cabeza con un puntero. Era un juego macabro del teniente Sergio Canals para burlarse de nosotros y para que el escogido fuera una especie de mensajero del horror al contarnos la puesta en escena. Fue extraño este episodio. Varios, asustados, esperamos

al *jeep*; pero no recuerdo que se haya llevado a otro compañero. Al resto, nos ficharon de nuevo, quizás sabiendo que pronto deberían liberarnos. Canals se acercaba a los jóvenes que trabajaban fuera del Campo y se hacía el simpático con un humor macabro. Una de sus simulaciones consistía en contar que estudiaba medicina. Luis Alberto Corvalán lo acusó de practicar la medicina sin tener la preparación para ello: “me intervino quirúrgicamente en la cabeza, lugar en el cual tenía una herida que me produjo en los trabajos forzados”<sup>28</sup>.

Venancio Becerra, gran recitador popular en Chacabuco, agrega otra excentricidad de Canals. Nos cuenta<sup>29</sup> que los soldados sacaron un esqueleto del cementerio de Chacabuco y Canals lo llevó al policlínico para que los médicos, y en particular el kinesiólogo, etiquetaran los huesos y los posicionaran para armar el esqueleto. Por su tamaño y el tipo de cadera, pertenecía a una mujer adolescente. “Canals me hizo caer en una trampa: tú me haces un favor y yo te pongo en la próxima lista de los que se van. Quiero que me barnices ese esqueleto que los pelados están hirviendo, es para mis estudios de medicina. Un día entero lo hicieron hervir, con detergente, para dejar los huesos blancos, un día al sol para secarlos y después entró el boludo del barniz. Obvio que lo hice, pero nunca más se acordó de su promesa. Caí chanchito. Dos días estuve al sol barnizando huesos, como boludo, con la esperanza de irme pronto a mi casa”.

Años después nos enteramos de la relevancia que el entonces teniente —que llegó a teniente coronel— alcanzó en la inteligencia militar como miembro de la CNI y violador de los derechos humanos<sup>30</sup>. En los años 80 —antes de los juicios que lo llevaron

---

28 Luis Alberto Corvalán Castillo (2007): *Viví para contarlo*. Santiago, Ediciones Tierra Mía, p. 127.

29 Venancio Becerra, en WhatsApp de Corporación Chacabucana, 17 de enero de 2023.

30 El sitio Memoria Chilena, de la Biblioteca Nacional, asegura que Canals llegó a ser segundo comandante de la División de Inteligencia de la Región Metropolitana de la CNI entre 1981 y 1983, actuando en oportunidades como comandante de dicha división, la cual dependía directamente de Álvaro Corbalán. Sergio Canals Baldwin junto a otros exagentes de la Central Nacional de Informaciones (CNI) fue condenado y enviado a Punta Peuco por los homicidios calificados de Hugo Ratier Noguera y Alejandro Salgado Troquian, ocurridos el 7 de septiembre de 1983 en la calle Janequeo, en la comuna de Quinta Normal.

a Punta Peuco— Canals, que tenía cierto sentido del espectáculo, se incorporó a Canal 13 donde estuvo 25 años, ocho de los cuales como Productor general del Festival Internacional de la Canción de Viña del Mar.

## Resistencia cultural

Los cambios de guardia, generalmente, se iniciaban imponiendo un trato duro y nuevas restricciones, y terminaban con una relación de diálogo con nuestros representantes que relajaba un poco el ambiente. Mejoraba el ánimo hasta que un nuevo comandante imponía su autoridad ante los marxistas asesinos y enemigos de la patria a quienes debía disciplinar y castigar, y que, a poco andar, se daba cuenta de que no éramos tan peligrosos. En esos momentos de distensión, poco a poco, los prisioneros se fueron apoderando del pueblo y creando organismos propios. Entre los nuevos habitantes vibraba un deseo que también era un pacto tácito: demostrar que esa no era una prisión de asesinos, delincuentes o animales. Los “prisioneros de guerra” teníamos que desmentir cada imputación y cada insulto proferido por los comandantes. La altanería grosera de Minoletti había herido de verdad nuestro orgullo. Aunque derrotados, sentíamos —tal vez con otra forma de arrogancia— que éramos distintos y mejores que los militares. Nuestro comportamiento debía demostrarlo. Entre nosotros nunca tuvimos problemas de robo, peleas ni abusos con los más débiles. Nunca hubo, tampoco, algún escándalo que atentara contra la moral, comparable con lo que se producía en las cárceles de presos comunes. En general, la solidaridad se imponía sobre el egoísmo. Los militares, azuzados para enfrentar unos enemigos terribles, comenzaron a desconcertarse.

El Consejo de Ancianos, el Consejo de Redacción del *Chacabuco* 73, el correo, el policlínico eran instituciones, servicios para

el bien común, de los nuevos habitantes del pueblo antiguo. Se formó así un “barrio cívico” que equivaldría al centro de una aldea, ubicado en una calle principal cuyas casas tenían terrazas en sus entradas, cada una cercada por una balaustrada de pino Oregón. Seguramente esas viviendas habían sido para empleados de mayor nivel de la oficina salitrera. Estaban vacías y la “institucionalidad chacabucana” las ocupó silenciosamente convirtiéndolas en sedes de nuestras organizaciones que, siendo precarias, las sentíamos con mayúscula, jugando a ser libres.

El arquitecto Andrés Crisosto diseñó y dirigió el levantamiento ordenado del barrio cívico. Eran dos bloques de cuatro viviendas cada uno de la calle Lynch, que se ocupó entre las calles Tarapacá y Antofagasta. En la murmuración de los nuevos habitantes, la calle central empezó a llamarse “avenida Salvador Allende”, quizás porque Patricio Lynch había sido almirante. Era uno de los tantos guiños de un juego social en el que todos participábamos. En ese orden, en una suerte de continuidad lúdica, se adoptó el lenguaje que ofrecía el sitio de memoria. Así como a la cooperativa-almacén se le llamó “pulpería”, en el diario mural el horóscopo lo firmaba *madame* Kaly Chera y el consultorio sentimental el “profesor Nitrato”. El primer dúo cómico —mencionado anteriormente— lo integraron Ño Pampa y su hijo Caliche.

Caminar por Chacabuco era asomarse a barrios distintos que habían ido construyendo su propia rutina, en la medida que llegaban nuevos prisioneros de distintos lugares. Así se fueron armando sectores como el “barrio puerto” y los barrios de los compañeros de Concepción o de Copiapó.

En Chacabuco se reflejaban —a escala— casi todas las actividades de un “pueblo normal”. También, la heterogeneidad social de las casas asignadas se fue perdiendo. Con el objetivo de facilitar la convivencia, se podía solicitar el cambio de casa. Se pedía a través del jefe de pabellón. Así, se juntaron profesionales con profesionales, obreros con obreros, porteños con porteños, penquistas con penquistas y probablemente la militancia también fue parte de la composición en alguna casa. Por mi parte, nunca me cambié de casa ni dejé de comer el “rancho” que daban los militares. La sociedad grande se reproducía en cierto sentido en el pequeño

pueblo. Ante la igualdad de la injusticia, las diferencias no desaparecieron totalmente.

De las comisiones, tal vez la que más diseminó sedes donde se ensayaban y preparaban actividades fue la de cultura. Estimulaba la creación artística, la participación y el entretenimiento para toda la colectividad.

### Artes plásticas

En esta línea estaba la Casa del Arte, donde los dibujantes y artistas plásticos instalaron un taller de pintura y grabado formado, principalmente, por René Castro y Patricio de la O, ya profesionales y de prestigio. También fueron parte del grupo los estudiantes Enrique Olivares, de la UTE, y Carlos *Tato* Ayress, quien ya había comenzado a estudiar en la Escuela Experimental Artística. Estos compañeros apoyaron otras actividades, haciendo afiches para los “eventos” e ilustraciones para el diario mural.

### Dibujos infantiles

Los dibujos más valorados probablemente eran los que llegaban en las cartas, enviados por los niños y las niñas. En víspera de navidad la comisión de cultura organizó una exposición, en la que, además de artesanías, lo principal de la muestra fueron las creaciones infantiles. Ellos, con ingenuidad y ternura, enviaban a sus padres sus primeros dibujos y sus caligrafías debutantes. En las cartas, las más hermosas que he leído, hablaban de sus penas y de sus juegos, de sus nuevos amigos y de aquellos que ya no estaban. Decían a su padre que lo “echaban de menos” y aseguraban responsablemente que se estaban “portando bien”. También contaban de sus primeros dientes caídos, que iban adjuntos de regalo (dientecillos que no siempre llegaban a su destino). Las cartitas y los dibujos se pusieron en paneles y fueron el centro de la exposición. Los niños, con su candidez retratada en las cartulinas, despertaban la ira y la tristeza. El golpe psicológico que produce el ver algunos dibujos y

cartas de niños con el timbre “censura” ensuciándolos es brutal e inolvidable. Recuerdo nítidamente un dibujo de Tarzán, hecho por uno de los niños de Manuel Cabieses, con el timbre “censura” manchándolo connotando el descriterio militar. Paulina —sobrina, hija de Raúl y Mónica— me envió a Chacabuco un dibujo pintado con témpera, que hoy está en el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. El cielo negro, las estrellas azules, un árbol deshojado, todo oscuro, salvo la niña luminosa al centro de la cartulina.

La exposición se inauguró con una velada en la cual algunos compañeros cantaron, uno hizo una representación de mimos y finalizó con la presentación de Rafael de una selección de poemas —de él y míos— referidos a los niños. Dentro de la presentación de Rafael y para concluir el acto, el conjunto Jamar , acompañado de guitarra y acordeón, interpretó una “ronda cautiva para niños libres”, que era el tradicional “Arroz con leche”, al cual me permití cambiarle contenido, que termina explícitamente con nuestro deseo de *nunca más*<sup>31</sup>:

Amigo canta/ queremos reír/ pronto estar s en casa/ y muy feliz;/ las penas y el llanto/ no se olvidarán/ para que nadie sufra/ nunca, nunca más.

## Música

Los prisioneros cantaron siempre. En los camarines del Estadio, en las galerías, en las bodegas de los barcos y también en Chacabuco. En este lugar se hacía de norte a sur, simbolizando el canto de todo Chile.

Recuerdo bien a Pedro Humire. Silencioso y tranquilo. De origen aymara, nació en Socoroma, cerca de Putre, en la frontera con Bolivia. Nos entregaba todo su música y poesía altiplánica, recitando y mostrándonos el huayno y al yarav ; con su quena, sus composiciones y bailes. Artista y maestro, se preocupaba de

---

31 Jorge Montealegre, Chacabuco, enero de 1974 (en carta del 5 de febrero de 1974, a Marisa Castillo).

divulgar la cultura indígena. Para la mayoría, las presentaciones de Pedro eran algo exótico, lo que demostraba nuestro desconocimiento y curiosidad. Inolvidable es su huayno del “Caballito quebradeño”, con pasitos de baile: “Quisiera ser pajarito,/ pajarito y tener alas// pa’regresarme volando// para llegar a mi pueblo// a bailar los carnavales”.

La poesía y cantar popular, urbana y campesina, la representaba muy bien Venancio Becerra, colchaguino de nacimiento y santiaguino por adopción. Acompañado de una guitarra se anunciaba: “¡Venancio me dicen Venno!”. Y se largaba a compartir temas del temucano Tito Fernández (“La madre del cordero” era su *hit* más aplaudido) y los de Andrés Rivanera que interpretaba Jorge Yáñez con los Moros.

Los compañeros de Valparaíso también representaban a su zona cantando. Pato Hermosilla, joven porteño, interpretaba sus propias canciones entre las cuales resaltaba la hermosa: “Viento errante”. Los chacabucanos cantaban para todos los gustos. Las preferencias se inclinaban hacia los tangos, las zambas argentinas, canciones mejicanas y el folclore latinoamericano en general. El Napolitano cantaba ópera. Los Punto 30 daban la nota juvenil a la velada. Existía un grupo, también joven, que tenía mucho sentido del humor y que se le podría calificar entre la música tropical (real inspiradora), la percusión estrambótica y el “payaseo”. Se llamaba La Sonora Entre-Rejas.

Otro músico admirado en Chacabuco es Manuel Flores Pinochet, de Quillota. Antes de la prisión política había actuado profesionalmente en conocidos locales de Santiago. El maestro Flores ofrecía un espectáculo, acompañado de su acordeón, que coincidía muy bien con los deseos de evasión del público cautivo: un viaje musical por distintos países, “un paseo por el mundo en alas de la música popular”. El libreto describía el país —por ejemplo Italia— y situaba al público en ese *otro lugar*. Este viaje se iniciaba con una presentación que reivindicaba la ensoñación: “en pampa y silencio acunamos recuerdos, y en silencio y pampa también hemos aprendido a soñar. Pero entre sueños y recuerdos,

interrumpiendo la nocturna monotonía del campamento, muchas veces se ha escuchado la melodiosa sonora voz de un acordeón”<sup>32</sup>.

En Chacabuco, Manuel Flores primero formó el Dúo del Valle, con Ricardo Violo. Luego llegó un acordeón prestado y el compadre Zamorano; así, entonces, nació el trío Jamarí que actuaba en las veladas artísticas compartiendo canciones folclóricas. Entre las cuecas estaba la titulada “Tira p’arriba”, que se estrenó en la velada de despedida de 46 personas liberadas. Parte de la canción dice: “Todos p’arriba, sí/ la moral está muy alta,/ nada con el caracol/ y el llamado al disco negro<sup>33</sup>/ El disco negro, sí/ organizaron deportes,/ conjuntos de cantores,/ poetas y talladores”.

### Coro

En cierto sentido el coro de Chacabuco se inició en el Estadio Nacional cuando desde las graderías Vicente Sota dirigía con un bastón el canon “Yo soy un pobre diablo” y el “Himno de la alegría”. En Chacabuco traspasó el bastón al joven universitario Iván Quezada:

Cuando decidí proponer la creación del Coro y dirigirlo, fue porque yo había hecho parte durante ocho años del Coro de la Escuela musical vespertina de la Universidad de Chile y con mis 22 años me sentí capaz de hacerlo. La convocatoria para integrar el coro de Chacabuco fue exitosa, lo integraron unas 30 personas. Algunas de ellas nunca habían cantado. Todas las mañanas de lunes a viernes tenían clases de solfeo, vocalización, respiración, dicción y otras técnicas. Con la cercanía de Navidad se abocaron a ensayar *cánones, villancicos e interpretaciones del siglo XVI (madrigales, etc.)*

---

32 Libreto manuscrito al reverso de antiguas hojas de la Lautaro Nitrato halladas en la oficina salitrera. Presentación de Manuel Flores. Chacabuco, febrero de 1974. Acceso al manuscrito inédito por atención de Manuel Flores.

33 El llamado al disco negro, en el Estadio Nacional, generalmente era el llamado al interrogatorio; el caracol, era el lugar de tortura en el velódromo del Estadio Nacional. La gran mayoría de las personas que estaban en Chacabuco habían pasado por el Estadio Nacional.

y conocieron algunas obras de autores clásicos como Schubert, Chopin, Schumann.

El diario mural *Chacabuco 73* advierte de las carencias del coro de partituras y un instrumento de teclado. Junto con llamar a que se integren los interesados, en su habitual tono picaresco, agrega: “Se nos olvidaba decir que, por razones inexplicables, también faltan voces femeninas. Al respecto se aceptan postulantes”. En un par de meses lograron tener un amplio repertorio que compartían en las veladas dominicales. En navidad interpretaron “Noche de paz, noche de amor” y todas las mañanas debían, por exigencia de la comandancia, dirigir la canción nacional, bajo la amenaza de hacer responsable al director del coro si los prisioneros gritaban el verso “o el asilo contra la opresión”.

Por su parte el coro pidió autorización para realizar un concierto que se hizo a fines de enero de 1974, en el salón filarmónico, que estaba fuera del Campo. Tenía muy buena acústica. El público estuvo compuesto por militares y prisioneros. El día del concierto —cuenta Iván— el capellán de carabineros que estaba de turno en ese período, les facilitó una grabadora y una casete para grabar el concierto. La grabación estuvo a cargo de Luis Alberto Corvalán. Luego, Ángel Parra también pidió la grabadora y así existen los registros, autorizados, que tienen un valor testimonial invaluable. “Al final del concierto recuperé el casete que guardé preciosamente para mostrarlo más tarde”. Cuando Iván supo que saldría en libertad, pensó que cuando lo registraran en la salida podían quitarle el casete. Entonces, recurrió a un encuentro fortuito: “Entre los conscriptos que nos vigilaban en ese período, había un vecino de mi barrio que me había reconocido y pudimos hablar un día a través de las rejas”. Así, le solicitó a este amigo uniformado salvar el casete. “Un par de semanas después, durante un permiso, mi amigo llegó hasta la casa de mis padres con el casete de la grabación del concierto”. Más adelante vino el exilio y la preservación de la grabación para, algún día, reproducirla y compartirla con la dignidad que merece. Iván salió de Chacabuco en febrero de 1974, en tanto, desde Concepción llegó otro compañero —Nazich Pualuan— que continuó con la actividad coral.

## Los de Chacabuco

Cuando Minoletti insultó a Ángel Parra y le quiso imponer un repertorio, Ángel fue claro: “Me trajeron por cantor y no esperen que aquí les cante”. Entonces no cantó, pero se dedicó a componer y a la formación de un conjunto: un proyecto colectivo. Había voces, interés y una guitarra. Materiales suficientes para dirigir y educar un grupo excelente: Los de Chacabuco. El conjunto era lo que genéricamente se llamaba un grupo folclórico. No obstante, Los de Chacabuco cumplían el rol del coro de la iglesia cuando, durante la eucaristía dominical, interpretaban la “Misa criolla”, del argentino Ariel Ramírez. No era primera vez que incursionaba en temas religiosos. Dirigido por Ángel, el conjunto estaba integrado por Víctor Canto, Manuel Castro, Luis Cifuentes, Marcelo Concha, Luis Corvalán Márquez, Antonio González, Manuel Ipinza, Ernesto Parra, Julio Vega y Ricardo Yocelwsky. De sus integrantes al menos dos ya tenían experiencia artística profesional. Ernesto Parra y Ricardo Yocelwsky habían sido parte del conjunto Los de la Peña y Los Curacas, que actuaban en la peña de los Parra y que ya habían tenido como director artístico a Ángel Parra. En el Campo, Yocelwsky impartía lecciones de quena a quienes se interesaban. Era muy típico ver en las tardes, sobre la calle principal y solitaria, a algún compañero que pasaba, como un flautista salido de algún cuento, tocando una flauta hechiza. Por su lado, Luis Cifuentes Seves había participado con el grupo folclórico de la Universidad Técnica del Estado (UTE), germen del conjunto Inti-Illimani. En Chacabuco componía cuecas junto a Víctor Canto quien estaba vinculado con el movimiento de la Nueva Canción Chilena, en cuanto ejecutivo de la Discoteca del Cantar Popular (Dicap). Marcelo Concha no tenía experiencia profesional —ingeniero agrónomo y nadador—, pero tenía condiciones. Hermosa voz y tocaba guitarra. En 1976, siendo militante clandestino del PC, fue secuestrado por la DINA. Desaparecido, hasta hoy no hay una respuesta sobre su paradero.

Luis Alberto Corvalán Castillo era el asistente: ordenaba los instrumentos y se preocupaba de grabar, ya que tuvieron acceso a una grabadora, gracias al préstamo de un capellán. En 1975 murió

exiliado en Bulgaria, por las secuelas de las torturas que sufrió en el Estadio Nacional.

Para el repertorio del conjunto arreglaron canciones latinoamericanas y españolas y crearon algunas “cuecas chacabucanas”, con mucho humor y autoironía, que se disfrutaban en el *show* de los prisioneros. Además del arreglo de la “Misa Criolla”, Ángel Parra compuso obras inspiradas en el Evangelio. Al capellán de carabineros, cuenta Ángel, “le pedí una Biblia y le dije que le iba a mostrar, a través de la lectura del Evangelio, que lo que nosotros habíamos sufrido no estaba lejos de la vida, pasión, persecución y sufrimiento de Cristo”<sup>34</sup>. Los textos despertaron suspicacias entre los militares, pero no podían censurarlos. Así, para la Navidad del 73 compuso un “Oratorio” y en enero de 1974 “La Pasión según San Juan”<sup>35</sup>. La acogida que tuvo “La Pasión” fue con el público aplaudiendo de pie. Además de la ovacionada interpretación, el mensaje entregaba una protesta evidente. Lo “permitía” el resquicio que ofrecía el hecho de que las palabras —la letra de la canción— eran del Evangelio. En el pasaje de tortura y crucifixión de Cristo hay reiteradas menciones a los soldados y se escucha la melodía de otra composición de Ángel Parra prisionero: “Alma de Chacabuco”. Sobre este último tema, instrumental para guitarra, el compositor se refiere en el diario mural:

Nació de la observación, de la musicalidad cósmica de este desierto impresionante, sus noches estrelladas, sus infinitos horizontes, de la gigantesca presencia del sol, de sus tierras áridas y de los arpegios del viento, todo eso para mí es musicalidad. El variado color de los cerros distantes tiene su tono musical. “Alma de Chacabuco”, es sencillamente un paisaje con música.

---

34 Ángel Parra, en Juan Armando Epple, *op. cit.*, pp. 19-20.

35 En 1965 Ángel Parra había compuesto su “Oratorio para el Pueblo”. Sobre su motivación de entonces, había declarado: “Cuando comencé a escribir el ‘Oratorio para el pueblo’, lo hice por necesidad personal. Pensé verdaderamente que había que hablar con Dios de otro modo. En un lenguaje claro, directo y realista. Pienso que Él necesita nuevas voces y que quiere escucharlas, conocerlas, para amarlas. Así lo hice, y esta pieza es hoy un patrimonio del pueblo” (Las Últimas Noticias, 8 de septiembre de 1965, p. 11).

Cuando Ángel Parra salió en libertad, en enero de 1974, sus compañeros de grupo lo agasajaron con un recital de despedida. En la oportunidad, por primera vez, Ángel cantó solo para todos los prisioneros: “Canción de Amor”, dos canciones para sus hijos<sup>36</sup> — Angélico y Javiera — y el simbólico tema instrumental: “el cariño, la fuerza que me han dado ustedes, he tratado de expresarlo en esta melodía. Indudablemente los autores son ustedes: el *Alma de Chacabuco*”<sup>37</sup>.

Con la grabadora facilitada por el capellán, Luis Alberto, Memo Orrego y Domingo Chávez registraron el evento, escondidos bajo el escenario. Con la cinta, posteriormente Ángel publicó un disco en el exilio preservando así el valioso documento sonoro. Sin Ángel Parra, Los de Chacabuco continuaron superándose bajo la dirección de Ernesto Parra. La primera actividad fue despedir — con un “esquinazo” — al primer director del conjunto; lo acompañan hasta la salida empuñando las guitarras, mientras el resto de los prisioneros agitaba pañuelos.

En las presentaciones, en la elección de la simbología de su repertorio, el grupo demostraba un coraje evidente en ese contexto. Una muestra de ello fue la inclusión de “El cigarrito” de Víctor Jara, que había integrado la Peña de los Parra, con quien varios de los chacabucanos habían estado en el Estadio Chile.

## Artesanía

El pueblo deshabitado despertaba nuestra curiosidad. Callejear y recorrerlo era un paseo. También una fuente de hallazgos de materiales que podían servir en la casa como adornos o enseres utilitarios y, principalmente, para hacer artesanía. Los maderos encontrados empezaron a tener un nuevo destino, así como los clavos viejos y semi oxidados se convirtieron en modestas herramientas hechizas

---

36 Sobre esto, véase documental de Gastón Ancelovici *Chacabuco, memoria del silencio* (2001).

37 Palabras registradas en grabadora, por Luis Alberto Corvalán, publicadas posteriormente en: *Chacabuco, enregistrement clandestin des chants des prisonniers du Chili avec Ángel Parra*. París: Expression Spontanée, 1975.

para hacer tallados. Las piedras y algunos fierros se convirtieron en martillo y herramientas para el reciclaje. Muchos camarotes desocupados —y restos de muebles antiguos de la oficina salitrera— fueron desarmados y sus tablas convertidas en otra cosa. Los cultores del tallado en madera proliferaron. Chacabuco revivía en las maderas muertas: su iglesia, sus chimeneas industriales, el teatro mítico, la filarmónica silenciosa; en fin, todo lo que se filtraba a través de los alambres.

En mi caso, imitando a mis compañeros incursioné brevemente en el tallado. Se me ocurrió hacer un Cristo chacabucano, crucificado en la alambrada. Lo dibujé en la tabla, muy sencillo, con un fondo cuadriculado. Además de un clavo y una piedra no tenía más herramientas. Inicié mi tarea que desde el inicio resultó infructuosa y desilusionante. La tabla se me rompía cada vez que intentaba hacer los huecos que representaban la malla de alambre. Lo tiré a la basura. Las pésimas notas que tenía en trabajos manuales eran merecidas. Con el pasar de los años he pensado que un Cristo chacabucano inconcluso, sin rostro, crucificado en una alambrada rota, resultaba —en la casualidad artística— más significativo que uno bien hecho. No debí tirarlo a la basura.

## Papeles

En la frustración debí reconocer que era menos complicado dedicarse a escribir que a tallar en madera. Y *algo* había que hacer en esa pequeña sociedad. En las casas desocupadas se podían encontrar vestigios de las oficinas administrativas de la salitrera. Abandonadas, a merced de nosotros. Libros de contabilidad, planillas de pagos, tarjetones. Generalmente con el reverso en blanco servían para escribir y dibujar, para hacer tarjetas de saludos para las familias, especialmente para la navidad de 1973. Los artistas aprovecharon el material para hacer xilografías, pinturas, retratos para el diario mural y caricaturas. Cada lado del papel quedaba con vestigios de dos historias; la de la salitrera y la del Campo de prisioneros. La madera, el papel, las piedras. Los alambres se rescataban para hacer recuerdos, en toda la extensión de la palabra recuerdos.

Hurgando también aparecía el ónix. Pulido con cuidado era convertido en ceniceros o joyas. Callejeando por Chacabuco se podía encontrar un tesoro. Si mirábamos desde cierto ángulo los marcos de las entradas sin puertas de las casas abandonadas, teníamos la visión de una sucesión de puertas perfectamente alineadas hasta perderlas de vista. Esta imagen, con un lucero en el cielo, quedó dibujada en algunas tarjetas navideñas, por ejemplo, en las que hizo el arquitecto Harding. Yo, al parecer, andaba buscando poesía porque mis primeros escritos se refieren a las casas y cosas que observaba en estas caminatas.

## Teatro

Una de las casas abandonadas fue convertida en teatro. Mario Molina con otros compañeros la acondicionó con un pequeño escenario y bancas para el público. Solitario, Molina se fue a vivir a “su” casa-teatro, lo que le valió el apodo “el fantasma de la ópera”. Mario escribía e interpretaba obras dramáticas, también lo hacían los jóvenes que hacían obras de creación colectiva. Era el TECH: Teatro Experimental de Chacabuco. El actor, profesional y más conocido, era Gonzalo Palta cuya experiencia fue valiosísima para la calidad de los montajes. (Yo lo había visto en fotonovelas). Cada vez que se quería estrenar una obra, había que hacer una presentación privada para el comandante esperando su autorización o censura. En las artes escénicas se expresaban diversas tendencias. Clásico, experimental, pantomimas. El teatro del absurdo venía muy bien a nuestra situación. El teatro era una experiencia nueva para el público cautivo: quien no actuaba, ponía su trabajo o ideas para la producción o participaba en la búsqueda de recursos para que las ideas se llevaran al escenario; proscenio que había que construir, modificar; vestuario que había que recolectar, tablas, clavos y cables que había que conseguirse al otro lado de la alambrada en la zona de las antiguas maquinarias de la salitrera. La iluminación, en esas condiciones, era otro desafío. Y si había que actuar, cualquiera

podía atreverse. Participar en el escenario o como público eran experiencias colectivas muy gratificantes<sup>38</sup>.

La danza también estuvo presente, con un artista de primer orden. Gastón Baltra quien, siendo estudiante de la Universidad de Chile, se había incorporado al Ballet Nacional y también al Ballet Popular, que dirigieran Joan Turner y Patricio Bunster. Comprometido con el gobierno de Allende, participó en 1971 en el “Tren Popular de la Cultura”. En Chacabuco tampoco dejó de participar. Nos sorprendió cuando interpretó con gran fuerza una danza húngara que entregaba un acordeón. La presentación de Gastón estaba inserta en un trabajo preparado, además, por los compañeros Arturo, del grupo de teatro; Flores, en la música, y Yáñez, en la poesía. El grupo se llamaba Agua Madre.

El espectáculo consistió en la lectura (Yáñez y Arturo) de poemas que —osadamente— pasearon ante los militares el nombre impronunciable de Recabarren y la historia de la pampa. Era demasiada audacia. Recabarren, más el puño cerrado, enérgico y agresivo del bailarín inquietaron a los oficiales: “Era una provocación... el baile era ruso”. Hubo censura y peligro serio de sanciones mayores. Fue una hermosa presentación, de creación colectiva. También, valiente hasta la intrepidez en ese contexto en que cualquier expresión de protesta era peligrosa.

Parte de la experiencia, más reservada, era la relación con la (auto)censura para mantener los permisos obtenidos. El tema también lo abordaba el Consejo de Ancianos. En el cuaderno en que el presidente del Consejo de Ancianos apuntaba los asuntos tratados en las reuniones, podemos ver que hubo una reunión donde se trataron los temas:

-Criterios para limitar la expresión de teatro y en general artística.

-Criterio para charlas.

---

38 Entre los teatristas destacados estuvieron Mario Molina, Gonzalo Palta, Gastón Baltra, Juan Fuentes Abdón Barrientos, Héctor Campillay, Fernando García, Carlos Huerta, Eduardo Palominos, Mario Urzúa, Pedro Tapia, Sergio Lidid, Rafael Salas. Hugo Valenzuela, Orlando Valdés, Guillermo Orrego y otros como comediantes.

- Qué mecanismos de censura se pueden establecer.
- Existe documento con propuestas artísticas<sup>39</sup>.

## “Cine”

Además de las obras “serias”, los *sketches* eran muy celebrados. Los presentaban comediantes y un equipo de producción que durante toda la semana preparaban el *show* dominical. Entre las maravillas realizadas colectivamente, con ingenio y humor, estuvo la “proyección de películas”, sin películas. Se trataba de una “de piratas” que precedía, a manera de créditos proyectados sobre una cartulina blanca, un *sketch* en vivo que tenía a Peter Pan y al Capitán Garfio entre sus graciosos personajes. Según los créditos, que consistían en 12 dibujos que ilustraban el elenco, se trataba de una presentación de “Cine Chacabuco” cuyo título era *El caldo del pirata*. Ironizando con la autocensura, advertía que era “apta para mayores de 15 años” (edad del preso más joven).

La sola anécdota de cómo fue hecha y proyectada es un ejemplo de creación colectiva, “cinematográfica” y humorística. Para reconstruir su producción recurrí a los testimonios de Guillermo Orrego, que fue espectador y actor de la función; Emilio Cisternas, presentador del espectáculo; Juan Carlos Sáez, constructor del proyector y escenógrafo; y Sergio Lidid, actor y creativo. La película la dibujó Carlos Tato Ayress en papel celofán que fue hallado en lo que fue el teatro de la oficina salitrera. La maquineta proyectora Sáez la construyó con dos tarros de leche Nido. En el interior de uno de los tarros se puso una ampolleta que alumbraba. Al tarro se le hizo un hoyito para que saliera el haz de luz para la proyección. En el otro tarro se puso otra ampolleta a la que se le sacó el cogote y sus alambritos (o sea, la rosca y los filamentos). Ya vaciada la exampolleta se llenó de agua para que funcionara como lente de aumento y se instaló en una base. Por entre los dos tarros, por un par de guías para poder deslizarla, se pasaba manualmente

<sup>39</sup> Apuntes de reunión del 17 de noviembre de 1973, en cuaderno de Mariano Requena. Está en exhibición en el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Chile.

la “cinta”, en forma vertical delante del haz de luz. Emilio Cisternas, guionista de esta obra cuenta que la noche del espectáculo no tuvieron mucho éxito con la proyección. Anduvo fallando “el ajuste focal”. No importa. Para mí sigue siendo admirable.

## Biblioteca

El primer encargado de organizar una biblioteca fue Kurt Dreckmann. Radical y masón, había sido nada menos que vicepresidente ejecutivo de la Corfo nombrado por el presidente Allende. La tarea fue una de las primeras anunciadas en los comedores. Para comenzar, había que inventariar los libros con que se podía contar para una biblioteca. También supimos que podrían llegar donaciones. Como yo era estudiante y se trataba de que todos tuviéramos una ocupación, me asignaron —a través de Hugo Salvatierra— una “tarea cultural”: hacerme cargo de una caja de cartón llena de libros que una señora de Antofagasta donó para los presos. Se me entregó y así llegó a mis manos. Mejor dicho: al tercer piso de mi camarote. La litera vacía se convirtió en biblioteca. Y yo en el encargado. La caja tenía principalmente libros de Henrik Ibsen, el dramaturgo noruego de quien yo no tenía noticias; pero sí Mario Molina y Rafael Salas, aficionados al teatro.

Lamentablemente en la caja no venía un diccionario.

En la donación venían también muchos ejemplares de las *Selecciones del Reader's Digest* en español. Se trataba de una revista norteamericana desdeñada por la izquierda y los intelectuales. Se entendía, con buenas razones, que la publicación era un instrumento de penetración cultural del imperialismo norteamericano. No obstante, le guardo gratitud. En ella encontré secciones que se conectaban con una cierta inclinación vocacional no declarada aún como lo es mi atracción por el humor y las palabras: “La risa, remedio infalible” y “Humorismo militar”. Esta última publicaba chistes sobre militares norteamericanos. Fomes. Era cosa de reciclar y adaptarlos en la imaginación, para lucir la sonrisa de quien —rodeado de militares— ha leído un chiste prohibido. Sin embargo, fue “Enriquezca su vocabulario” la sección que solucionó

en parte la carencia del diccionario deseado. Empezaba a escribir, con ingenuidad, sin oficio y falta de vocabulario. El halo de la caja de libros me sugería tareas “literarias”. Y palabras traen palabras. Así, en mis primeros versos —que tenían alguna pretensión poética— son rastreables las palabras rebuscadas encontradas en esas páginas: *argallera*, *mesnada*, *zarandalí*, *zollipar*. Qué vergüenza. Alguna vez Armando Uribe me dijo que todo eso —incluida la ingenuidad— era el disfrute de los beneficios de la ignorancia.

La función de “bibliotecario” fue un poco más allá de cuidar la inspiradora caja en mi camarote. Sin la necesidad de hacerme cargo físicamente de más libros, durante un tiempo administré una “biblioteca virtual” que no era más que una libreta apaisada donde anotaba los títulos de los libros que pertenecían a distintos compañeros y sus respectivas direcciones: casa y pabellón. Si estaban dispuestos a prestarlos, entonces yo los podía ofrecer y hacía el vínculo —el *link* sería hoy día— entre quienes buscaban algo que leer y sus dueños para que se entendieran directamente. Así, yo no prestaba el libro, pero podía decir a quién pedírselo. Por ejemplo, Juan Pinto tenía “*Poirot investiga*”, de Agatha Christie; Julio Benavente, “*Las memorias íntimas de Sherlock Holmes*”; Manuel Paz tenía seis volúmenes, entre ellos “*La aritmética del amor*”, de Alberto Blest Gana, y “*Las llaves del Reino*”, de A. J. Cronin. Y así varios más. Yo mismo me anoté en esa libreta con *El Perseguidor y otros cuentos*, de Julio Cortázar; y con *El Señor presidente*, de Miguel Ángel Asturias. Además, tenía *El Principito*, de Saint-Exupery, *El poder y la gloria*, de Graham Greene (a quien había visto en la sede de la Izquierda Cristiana cuando el escritor visitó Chile en 1971) y las *Décimas* de Violeta Parra. (A la distancia, veo que tenía muy buenos libros. Trato de recordar cómo llegaron al bolso marinero con que salí del Estadio Nacional). En la misma libreta apaisada hice una lista con algunos juegos de salón, como tableros de ludo y dama, que se podían prestar.

Fue un trabajo breve, porque muy luego se ocupó una casa del *barrio cívico* para instalar, como una necesidad colectiva, una biblioteca en forma —con libros, revistas y diarios— que estuvo a cargo del abnegado y estricto Hugo Salvatierra, un gran hombre, de una gran cultura que parecía un caballero español a la antigua. El

lugar fue compartido con un Club de Ajedrez, donde se enseñaba a jugar y se realizaban campeonatos del llamado deporte-ciencia.

### El halo de la poesía

Esta labor vinculada con los libros seguramente facilitó que pudiera conocer a Rafael Salas, poeta y ajedrecista estudioso. Le busqué conversación. Seguramente le recordé su recitación en el Andalíen y le llamé la atención con algunos méritos ajenos: le conté que mi padre escribía poemas, que sus mayores logros habían sido sus versos dedicados a las reinas de las fiestas de la primavera de Puerto Montt; también que Hernán —medio hermano, por parte de padre— tenía un par de libros de poemas publicados. En esos días —sin que yo supiera— Hernán volvía a Chile, luego de ser expulsado por la Junta de su cargo de cónsul en Inglaterra y se incorporaba como abogado al Comité Pro Paz. No sé si él supo de mi detención, pero yo curiosamente recordé uno de sus poemas. Lo había copiado en un cuaderno donde anotaba letras de canciones y pensamientos: “Lágrima sola”<sup>40</sup>. No sabía que lo había memorizado ni siquiera que lo había leído: “Mi boca es un sólo lenguaje./ ¿Quién entenderá mi palabra?/ A veces, sin embargo, es preciso callar,/ y este poema es un largo silencio”. En mi adolescencia melancólica me interpretaban esos versos. Y lo dije. Fue como dar un examen de admisión. Quizás Rafael pensó que yo lo había escrito y reconozco, con rubor retroactivo, que me demoré en romper esa ambigüedad.

Además del halo literario de mi padre y sus amigos escritores chilotes, diría que la poesía me empezó a gustar gracias a la musicalización de poetas españoles (Antonio Machado, Miguel Hernández, León Felipe, Gabriel Celaya, Rafael Alberti) que conocía gracias a las canciones de Serrat, Paco Ibáñez y Aguaviva. De eso podía conversar, más que de libros.

---

40 Poema de libro *Cielo en la Tierra* (Hernán Montealegre Klenner, 1955).

## El sucucho

Con Rafael Salas ocupamos una de las casas pequeñas —un “buche” diría Hernán Rivera Letelier—, en una esquina que está en la calle principal de Chacabuco. La convertimos, reciclando un camarote, en un escritorio y el lugar en una especie de taller literario. Le llamamos “el sucucho” y se convirtió en un lugar visitado por los amigos que escribían y cantaban. (También, veo entre mis papeles, garabateábamos caricaturas de los asistentes). Se leía poesía. “*Trilce*” de Vallejo estaba entre los libros memorables que ahí se leyeron. Yo no sabía que César Vallejo había estado preso. También leímos a Miguel Hernández, que sufrió la prisión franquista. Con la guitarra a veces llegaba la poesía popular, como aquellos versos de “El payador perseguido” de Atahualpa Yupanqui. Aquí siguen teniendo sentido: “Y así seguimos andando/ curtidos de soledad,/ y en nosotros nuestros muertos/ pa’ que naide quede atrás./ Yo tengo tantos hermanos,/ que no los puedo contar”.

Yo, escuchaba y sentía las ganas de escribir. De aprender a hacerlo. Y en ese juego todo debía tener sentido. En el dorso de una antigua planilla de pago de la oficina salitrera, Rafael Salas escribió su poema “Canto nuestro”. En él se unían las dos historias de Chacabuco:

... Nos hermana esta tierra salitrosa omnipresente/ hecha cerro y meseta,/ viento, arena,/ muros derruidos de tiempo/ viejas casas de proletario adobe y fibrosas maderas/ santificadas/ por un hálito tutelar y obrero/ tierra hecha presencia/ en los fantasmales fogones revividos/ por nosotros,/ en los techos,/ y bajo nuestros pasos cuadrados torpemente/ al llamado de bronce...

Salas colgó el poema en la pared. En otro momento, caminando cerca de la alambrada encontramos tirado en el suelo un pedazo de la misma valla de alambre que decían estaba electrificada. Lo llevamos al sucucho y sobre el manuscrito pusimos el trozo de alambrada que, obviamente, dejaba al poema al otro lado de esa reja. Sin mayores pretensiones plásticas ni conceptuales, esa “instalación” estaba cargada de significados... Como el Cristo chacabucano que tiré a la basura.

No sólo el canto enrejado gritaba desde las paredes, Diego Dublé Urrutia —olvidado por muchos, pero recordado por Rafael Salas— también estaba ahí con su verso: “Pobre es mi celda, pero a veces canta o se lamenta en ella el universo entero”. En otro muro, en traducción libre —y de memoria— se citaba a Goethe: “la teoría es gris, amigo mío, pero el árbol de la vida es eternamente verde” (yo había leído que era una de las frases favoritas de Lenin). En fin... para algunos era “la casa de la poesía”. La puerta era una arpillera larga, un saco de café brasileño.

La poesía estuvo siempre presente en las fraternales reuniones alrededor de los tiznados y fieles choqueros. En las veladas organizadas por los prisioneros siempre había un poema nuevo: a la compañera ausente, al hijo lejano o versos sugerentes de rebeldía. “Sutilezas” que varias veces los oficiales amonestaron y silenciaron. Se hicieron letras de canciones y también nacieron cuentos, en ellos la motivación principal fueron los niños... aunque no eran simples “cuentos infantiles”. En general había interés por crear cosas, por intercambiar ideas para luego, quizás, formar una especie de “taller literario”. La poesía se compartía como se comparte una manzana en un poema chacabucano de Rolando Rojo Redolés: “El compañero Araya/ estuvo de cumpleaños/ recibió de regalo una manzana/ [...] la partió en seis rebanadas/ y la comimos en silencio/ y bajo el sol”. Todos teníamos algo para compartir. Se deseaba mostrar lo hecho y conocer lo del resto de los prisioneros. En la medida que proliferaron autores, la oportunidad se fue construyendo en la comisión de cultura.

En mi caso, tenía lápiz, un *block* fiscal, el estímulo de un poeta y un espacio en el sucucho. Sin saber de técnicas literarias, escribía “hormonemas”, un neologismo de Rafael Salas para decir que se trataba de cuestiones hormonales. En mi caso, los entendía como escritos espontáneos, que respetaban el impulso, el sentimiento; la emoción del momento sin corregirla ni manipularla: la verdad ética más que la verdad estética. Esa racionalización servía como coartada de mi ignorancia (porque tampoco lo podría haber hecho mejor). Los hormonemas se conectaban con mi privacidad, con los temas que me proponía la melancolía adolescente (la soledad, la tristeza, el silencio, los deseos de estar enamorado). Duró

poco. También estaba mi compromiso político (entonces militante de la IC) y las ganas, quizás irresponsables, de que “se notara”. Entonces escribí de lo que observaba en mi entorno, de aquellas cosas que todos compartíamos. Elementos comunes que ya estaban en algunas tarjetas navideñas (las puertas, las casas) y el choquero. Símbolos de la colectividad. Y ya me daba permiso para corregir, como había visto que lo hiciera Rafael Salas con su “Canto nuestro” aplicando, por ejemplo, algún sinónimo para evitar una repetición o una cacofonía. Saber de la existencia del llamado “verso libre” me eximió de métricas y rimas. La paradoja era una buena noticia: podía haber versos libres en un Campo de prisioneros. Había un oficio por aprender.

La Comisión de Cultura, la dirigía el periodista Manuel Cabieses. Le decíamos “el hipopótamo”, quizás por lo grande y su paso lento. De buen humor, firmó algún escrito con ese apodo. A Manuel le gustaba conversar con los poetas. Un día asomó su cabeza: “¡Poetas... haremos un concurso de poesía... no dejen de participar!”. Y siguió de largo. Se trataba del Festival de la Poesía y la Canción. Yo apenas había hecho unos tres o cuatro escritos que no me atrevía a llamarles poemas. Aunque el verdadero poeta del sucucho era Rafael, también me di por aludido con la invitación: *algo tenía* para concursar.

## Festival de la canción y la poesía

Nos sentimos convocados a participar. Se trataba, en efecto, de enfatizar más la participación que la competencia. La idea era que aparecieran nuevos talentos y estimular a los que ya hacían música o estaban escribiendo. El pequeño pueblo ya tenía artistas consagrados. “Los de Chacabuco” era el grupo más admirado, pero también Patricio Hermosilla se destacaba con su canción “Viento Errante” (“bien torrante” le decían los chacoteros); Manuel Flores con su acordeón y sus paseos musicales por Italia. Pedro Humire, aymara, con su quena, sus huainos y poemas, era el más nortino de todos; Rafael Salas recitaba de memoria poemas que se hicieron muy populares. “Sin tu luz”, “Canto nuestro”, “A Cristo”, “Décimas del recuerdo”. Era lógico que hubiese más artistas. La Comisión de Cultura logró construir la oportunidad para que afloraran y compartieran su talento

A través del diario mural *Chacabuco 73*, Manuel Cabieses convocó al Festival de la Poesía y la Canción de Chacabuco y a un Concurso de Afiches para el promover el evento. Así, además de los músicos y escritores, también podían participar los dibujantes:

### PRIMER CONCURSO DE LA CANCIÓN Y LA POESÍA

Aquí tienen tarea todos los chacabucanos. El 30 de enero se realizará en este campamento el festival de la Canción de Chacabuco. Este grandioso evento lo organiza la Comisión Cultural que dirige el gordo Manuel Cabieses.

Le preguntamos al “dinámico” Cabieses en qué consiste este torneo artístico.

— Como su nombre lo indica, se trata de promover la creación musical y poética de los habitantes de este campamento. Los temas son libres, basta con que hayan sido compuestos acá, deben ser inéditos, es decir que no hayan sido dados a conocer con anterioridad.

— ¿Puede participar cualquier persona?

— Por supuesto. Por ejemplo, si un autor compone una melodía o un poema, puede entregarlos a un compadre para que los interprete. Desde ya, contamos con la colaboración de todos los grupos musicales y actores que le dan color a los shows.

— ¿O sea, el festival será similar al de Viña?

— Más o menos, con la diferencia que este será mejor, aquí no habrá “arreglines”, contaremos con un jurado que será muy imparcial.

— ¿Y cómo está la propaganda?

— Ya hemos dado el primer paso. Hemos hablado con los artistas para que nos hagan afiches, cuyo símbolo será una golondrina, en homenaje a esa solitaria golondrina que nos visita tan a menudo. Sin embargo, todos los chacabucanos pueden hacer afiches con otros símbolos. Este concurso de afiches se cierra el lunes 21. Será un festival sin ganadores, pero competitivo. Habrá estímulos para los participantes.

Todos colaboraron para que resultara óptimo. Los pintores y dibujantes hicieron afiches para publicitar el evento. El símbolo del Festival fue un ave con sus alas desplegadas volando sobre la alambrada. Vicente Sota, que era parte del Jurado, me contó que el pájaro que nos visitaba no era una golondrina sino un tipo de gaviota llamada garuma, que empolla sus huevos en el desierto. En su tono jocoso, el diario mural seguía promoviendo la participación entre “los compadres residentes”:

#### LOS VERSOS... LOS BUENOS VERSOS

Qué linda en la rama  
la fruta se ve  
si lanzo una piedra  
tendrá que caer.

Este original poema ya fue entregado al Concurso de poemas que se realizará el próximo miércoles en Chacabuco.

Llamamos a todos los compadres residentes a concursar en este Festival de poemas... no olviden que Gabriela Mistral no obtuvo el Premio Nobel con su primer poema, pero sí se dio cuenta que tenía vena para los versos.

Los vates desconocidos tendrán oportunidad de colocar sus nombres en letras fluorescentes.

El éxito que obtuvo el poema “Sin tu luz”, recitado por su autor Rafael Salas Cabrera se verá homologado y aún dejará atrás “Viento errante”, de Patricio Hermosilla, y lo que es mucho decir opacará la musicalidad de “Alma de Chacabuco” de Ángel Parra.

Compadre, aquí les converso  
vamos a versificar  
para bien participar  
en el Concurso de versos...

En la misma cuerda humorística, el diario mural incorporó el tema en la sección “Lo que hace y no hace un caballero”:

... un buen caballero presenta sus creaciones en el festival de la canción y la poesía.

... un mal caballero no crea nada y se prepara para asistir sólo a criticar, a meter bulla, a tirar tomates, a reírse y a joder.

Los dibujantes, entre ellos algunos arquitectos, hicieron los diplomas para los ganadores. Otros premios también surgieron de donaciones, por ejemplo, un hermoso tallado con la vista de Chacabuco y un tarrito de Nescafé. Y estaba el Jurado *ad-honorem*: Mario Céspedes, Franklin Quevedo, Hugo Salvatierra y Vicente Sota, en la sección poesía<sup>41</sup>. El Jurado de la parte musical estuvo presidido por Iván Quezada, el joven director del coro, e integrado también por Ernesto Parra, director del conjunto “Los de Chacabuco” desde el momento en que Ángel Parra salió libre.

---

41 Todos, lamentablemente, ya fallecidos.

Hubo mucho entusiasmo en participar. Alrededor de 50 trabajos se recibieron en el corto plazo de inscripción. El Jurado tenía que seleccionar sólo diez escritos, todos con el mismo carácter de ganadores. Por mi parte era una pretensión enorme participar sin haber escrito casi, pero el poeta Rafael Salas y Manuel Cabieses me estimularon a que enviara algún escrito. Lo hice. Entregué tres poemas para ver qué pasaba: “Puertas de Navidad”, inspirado en una tarjeta de Navidad hecha por el arquitecto Rodolfo Harding; “Casas de Chacabuco” y “Así es el choquero”. Al concurso se presentaron 41 poemas y once canciones, para seleccionar diez poemas y cinco canciones que debían ser presentadas en una velada para todos los prisioneros. El 30 de enero sabríamos los resultados.

La convocatoria fue ineludible y esa es la experiencia que deseo compartir. De ella puedo decir, con cierta propiedad, que fui espectador y protagonista junto a otros compañeros de viaje. Se trata, para mí, de un hito cultural, un episodio de resistencia y un recuerdo melancólico, digno de ser compartidos. También una forma de renacimiento personal, que compromete mi gratitud y me permito contarlo con orgullo genuino y la ineludible vanidad del poeta joven de entonces. Es mi reivindicación de memoria: los resultados del Festival de la Poesía y la Canción de Chacabuco se compartieron en el contexto de una jornada memorable. Estuve ahí.

### Visita del obispo

El 30 de enero de 1974 fue un día especial, lleno de emociones, temores y expectativas. Ese día llegaron al Campo unos cineastas alemanes. Se realizó una feria de artesanía producida por los presos y nos visitó monseñor Fernando Ariztía —entonces presidente del Comité Pro Paz de las Iglesias—. Nuestro ánimo estaba agitado, con muchas preguntas. El Consejo de Ancianos se reunió para discutir qué orientaciones entregar a los prisioneros para enfrentar estas visitas inesperadas.

La feria de artesanía nos maravilló a nosotros mismos por la cantidad y calidad de los productos. Por su lado, el obispo Ariztía

recorrió el Campo, tomó notas de problemas específicos, entregó mensajes y recibió cartas y envíos para las familias lejanas. Por su parte Francisco Ruiz, miembro del Comité Pro Paz y ayudante de don Fernando, realizaba —menos vigilado— un trabajo similar.

Mientras los militares estaban distraídos con los cineastas, Pancho Ruiz —que, como yo entonces, estaba ligado a Cristianos por el Socialismo— se reunió conmigo en el sucucho. Le pasé poemas y alguna carta que sacó del Campo y entregó generosamente en Santiago. En el sucucho donde nos reuníamos teníamos un papel donde, al reverso de una planilla de la antigua salitrera, escribían las visitas. “Gracias por el espíritu que aquí he encontrado para continuar la labor de Xto.”, escribió Ruiz y lo firmó. Ese manuscrito colectivo, que llamamos “hormonómetro”, lo donamos al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

A mediodía, monseñor Ariztía celebró una misa en la que participaron “Los de Chacabuco”. La *troupe* registró la ceremonia litúrgica, la angustia de algunos de los asistentes y la “Misa criolla” cantada por el conjunto dirigido por Ernesto Parra. Durante la ceremonia se interpretó “La Pasión según San Juan”, que compusiera Ángel Parra poco antes de salir en libertad.

Algunos pasajes de la obra pusieron nervioso al comandante: “Los soldados se reparten/ su túnica y los vestidos/ a los dados se lo juegan/ hacen leña del caído”. Más adelante, nuevamente la palabra inquietante: “Luego vienen los soldados/ a concluir su tarea/ le clavan lanza al costado/ y se estremece la tierra...”. El oficial, un poco ofuscado, se acercó a Patricio Hurtado (exdiputado católico, que ayudaba en la misa) y preguntó:

—Dígame... ¿de quién es esta cuestión? ¡No me gusta nadita!

—La música es de Ángel Parra.

—Ya sé, pero ¿¿de quién es la letra?? ¡No me gusta nada!

—La letra... es de Juan.

—¿De qué Juan... Juan cuánto? ¡Dígame el apellido!

—No sé, vivió hace muchos años. Le llamaban solamente Juan, “Juan, el Evangelista”.

Silencio. El capitán no siguió preguntando. El preso se acarició la barba para ocultar la sonrisa maliciosa. Don Fernando

finalizó la ceremonia dejando el siguiente mensaje: “Sin duda que Cristo está a este lado de la alambrada”.

## Un día especial

Para los prisioneros la tarde de ese día agitado, prometía ser muy importante y le pedimos al obispo que asistiera al Festival de la Canción y la Poesía, que en algunas paredes se anunció con carteles. Como sucede con los niños en las familias, “nos portamos mal” aprovechando que había visitas. Monseñor Ariztía aceptó y “Los de Chacabuco” comenzaron a recorrer todo el Campo metiendo bulla, cantando y llamando a todos los compañeros al acto; Coné (Luis Alberto Corvalán) se destacaba en la murga dirigiendo los gritos: “— ¡el caldo ‘e cabeza! (...) — ¡no pasará!”, contestaba el resto recordando otros gritos de otros tiempos y marchas.

Llegó el momento de la entrega de resultados, en el amplio comedor convertido en esa ocasión en salón de actos. El maestro de ceremonia era un compañero muy respetado por la comunidad: Mario Céspedes, quien tuvo un rol fundamental en este evento. Profesor de voz radiofónica, divulgador de la historia de Chile y animador de concursos de conocimiento de radio y TV (“*Cumpla su deseo con CRAV*”). Enamorado de la poesía, recitó en algunas veladas y se empeñó con entusiasmo para que el Festival de la Canción y la Poesía resultara exitoso. Fue su animador y leyó algunos poemas, mejorándolos, creo, con su interpretación. El programa del acto era el siguiente: se leería el Acta del Jurado de Poesía, que resultó muy hermosa y valiente. Luego se darían a conocer los poemas seleccionados, en orden alfabético de autores e intercalados con las canciones seleccionadas. Asistente invitado por los prisioneros: monseñor Fernando Ariztía, presidente del Comité de Cooperación para la Paz en Chile. En primera fila, sin que necesitara invitación, estaba el comandante del Campo y el personal militar. El acto comenzó. Mario Céspedes leyó el acta. En su párrafo central expresa:

(...) Los hombres que están en este campamento de Chacabuco no podían permanecer ajenos al llamado de la poesía. Este concurso

es una clara muestra de ello. Han llegado 41 poemas originales. Y como en toda poesía auténtica, en estos trabajos está presente la realidad que viven, que va desde el humilde tarro “choquero” hasta el dolor y la infinita nostalgia por la amada ausente.

Se ha sembrado la primera semilla, es nuestro el deber de vigilia constante para cuidarla y hacerla florecer en todo su esplendor.

Después de una minuciosa lectura y análisis, este Jurado seleccionó 10 poemas para ser leídos en este acto. Hubiéramos deseado leerlos todos ante ustedes, pero ello no es posible.

Los 10 poemas seleccionados, por orden alfabético de autor, son los siguientes:

Santiago Cavieres Korn: “Libre”.

Santiago Cavieres Korn: “La Flor del Desierto”.

Guillermo Cisternas Franulic: “La Noche”.

Guillermo Cisternas Franulic: “El Volantín destrozado”.

Eugenio García Venegas: “Ascensión y Canto”.

Eugenio García Venegas: “Fue anoche”.

Jorge Montealegre Iturra: “Casas de Chacabuco”.

Jorge Montealegre Iturra: “Así es el choquero”.

Pirquinero [Oswaldo Yáñez]: “3 Pensamientos frente a la Reja”.

Rafael Eugenio Salas: “Al final de una Carta”.

El Acta del Jurado de Poesía, fechada el 29 de enero de 1974, está firmada por Hugo Salvatierra, Rolando Carrasco, Mario Céspedes, Vicente Sota y Franklin Quevedo.

La idea era compartir y no competir, por ello los diez poemas seleccionados fueron todos ganadores, con igual mérito: un premio *ex aequo*. Los diez poemas pertenecen a seis autores ya que de algunos poetas se distinguió más de un trabajo.

Las canciones seleccionadas por el Jurado presidido por Iván Quezada, fueron —en orden alfabético de autor— las siguientes: “Querida Madre mía”, bolero de José Gómez Cerda, interpretada por su autor, acompañado por Patricio Herмосilla en la guitarra. El mismo Herмосilla interpretó su propia canción “Viento errante”. “El elefante sin oreja”, polca infantil, con letra del periodista Guillermo Torres y música de Santiago Cavieres, interpretada por Víctor Canto y Julio Vega. “Carta de un Niño”,

de Rigoberto Violo Vergara, interpretada por él mismo y acompañado en acordeón por Manuel Flores, con quien formaba el Dúo del Valle. Este dúo interpretó, además, la canción de Osvaldo Yáñez “Luz de Chacabuco”. Se puede apreciar que el recuerdo de la familia, especialmente de los niños, tuvo una gran presencia tanto en los poemas como en las canciones presentadas al Festival.

Para no interrumpir esta conversación, al final del libro comparto el acta completa y en orden alfabético, como están ordenados todos los poemas y letras de canciones.

### De madera y viento

De las canciones participantes, el Jurado decidió destacar cinco entre aquellas que se presentaron con letra y música. De ellas una de las más recordadas fue “El elefante sin oreja”, de Torres y Cavieres. La anécdota que origina la canción era familiar para el público cautivo: el abandono en el desierto, el recuerdo de los hijos y la nueva experiencia de tallar en madera. Este elefante quiso ser un tallado y terminó siendo una canción. “La verdad sobre la oreja —nos cuenta Guillermo— es que yo, cuando tallaba el elefante, le volé la oreja por mi poca experticia como tallador”. El diario mural también publicó su versión:

#### UN ELEFANTE REGALÓN

“El elefante sin oreja”, después de su presentación en el reciente Festival, se ha convertido en el regalón de los chacabucanos. El tema (polka) infantil, con letra de Guillermo Torres y música de Santiago Cavieres es impactante por lo sencillo y humano.

Guillermo Torres Gaona, periodista, 25 años, casado con Oriana Zorrilla, tienen dos hijos. Camilo, de 2 años y ocho meses, y Orianita, nacida el 17 de enero pasado, mientras su padre componía su elefante sin oreja. Torres, antes de nacer su niña, tallaba un diminuto paquidermo. Un compadre de su pieza, la 73 del pabellón 34, llamado Héctor Voelcker, le voló una oreja con el serrucho. Este hecho involuntario inspiró a Guillermo Torres su hermosa canción. Asesorado por el abogado Santiago Cavieres, que según él no sabe

de música, compuso una melodía. Pese a todo el resultado es excelente, según lo testimoniaron los nutridos y sonoros aplausos en el día del Festival.

El personaje de la canción y del tallado también se hizo dibujo, gracias a Gabriel Reyes que lo ilustró por petición de Guillermo para una tarjeta que envió a su hijo Camilo: “te envío este recuerdo con nuestro amigo ‘El elefante sin oreja’. Es un regalito no sólo mío, sino también del tío Gabriel; un amigo de Concepción que, igual que tú, nació un 2 de mayo...”. En esos días había nacido una de las hijas de Guillermo Torres y de Oriana Zorrilla: el periodista recibió la noticia en un telegrama. La música la escribió Santiago Cavieres, “pero a los sonos que yo le iba tarareando”: “Eres un nuevo Dumbo mal tallado/ que naciste bien acompañado/ eres por eso de mis hijos hermano/ serás siempre por ellos, adorado”. Después Torres Gaona, que además tenía una destacada participación en las competencias atléticas, participó en el Segundo Festival, con otro animal: “El perrito”, también con música de Cavieres. Así lo informa el diario mural donde él mismo era parte de su consejo editorial:

Con gran inquietud por los temas infantiles, Guillermo Torres ha escrito varias canciones dedicadas a los peques. De una comedia para niños que concibió hace meses, adaptó ‘El perrito’ para presentarlo al Festival.

Por su lado, Santiago Cavieres Korn fue doble o triplemente premiado en el Festival, ya que dos de sus poemas fueron seleccionados e hizo la música de la canción “El elefante sin oreja”. A propósito de la publicación de uno de sus poemas en el *Chacabuco* 73, el diario mural informa sobre el poeta:

Cavieres, ex fiscal de la Caja de EE.PP. es de profesión abogado y se aplica además al canto por las noches en el fogón de la casa 102, además es bastante diestro en la guitarra, otra de sus características es su fácil conversación y constante buen humor.

En la ocasión se distinguió al autor de “Viento errante”, quien ya había cantado su tema en un show dominical. El diario mural *Chacabuco 73* lo destacó: “Es Patricio Hermosilla. ¿Quién es?”.

Viene del puerto de Valparaíso, tiene 20 años, estudia en el Liceo de Limache, ha ganado importantes festivales. Entre los más importantes figura el Festival de Folklore y Festival de los Sagrados Corazones de Valparaíso. Su temperamento musical se demostró plenamente cuando nos deleitó con una canción original dedicada a su amada. Todos nos sentimos conmovidos por la riqueza musical de su canción. El merecido aplauso brindado por los compadres ahorra comentarios.

Otro de los autores que ya habían sido publicados en el diario mural —una especie de consagración local— es Rafael Eugenio Salas Cabrera:

... un compadre de 32 años, poseído de verdadera fibra artística, poco común, la cual mantiene viva y latente en este campo. [...] es un muy buen ajedrecista y sus horas libres las ocupa en el Policlínico del campo, en la Escuela, y en el arreglo de la casa. Nunca está ocioso ni saborea “caldo de cabeza”.

### El ego alborotado

Mario Céspedes fue quien leyó los poemas compartiendo la locución con Franklin Quevedo. Nunca olvidaré el momento en que se leyeron mis poemas seleccionados: “Así es el choquero” y “Casas de Chacabuco”. Y quienes los recitaron aportaron mucho. La recepción fue muy desconcertante para mí. Sufría de timidez. Tenía 19 años y aparentaba menos edad que el menor de los prisioneros, de 16 o 17 años. La orfandad me pesaba. No había salido del liceo, no tenía un oficio. Mi autoimagen, que incluía la vergüenza de haber sido detenido, era la del hombre invisible. Me recuerdo a mí mismo sentado en el suelo, en un ángulo, hasta que me elevaron

en andas. Casi un manteo. Todos aplaudían y mientras lo hacían se iban parando. Sólo el comandante continuaba disciplinadamente en su asiento, mirando hacia arriba, como rodeado, lo que aportaba una leve tensión al ambiente. Por unos segundos fui como una mascota.

Después que se presentaron todos los poemas y las canciones participantes, los autores tuvimos que subir al escenario y nuevamente los chacabucanos se pararon a aplaudir lo que habíamos escrito. Nosotros, desde el proscenio, sólo atinamos a aplaudir también. Aplaudir al público cautivo. Aplaudíamos también las ideas, la poesía, las canciones. Sabíamos que los poemas incomodaron al comandante, pero sentíamos una suerte de protección con la presencia del obispo Ariztía que, además, sacó los poemas del Campo de prisioneros.

El domingo siguiente a la presentación de los resultados, los autores recibimos un hermoso diploma hecho por los artistas del Campo, fechado “Verano de 1974” y firmado por el presidente del Jurado (el escritor Franklin Quevedo) y del Consejo de Ancianos (Sergio Astudillo). Hubo otros premios a repartir: un Chacabuco tallado en madera, un Nescafé chico, unas lonjas de fiambre para el pan (turín tipo mortadela), un poco de queso. Todos muy valiosos en nuestra situación. En ese momento tuvimos la oportunidad de leer nosotros mismos los poemas, pero yo no me atreví, “achunchado”, con una especie de pánico escénico. Por su parte, Santiago Cavieres cuenta: “Recuerdo que en la premiación yo canté esta composición”, refiriéndose al “Elefante sin oreja”. Por su lado, el capellán de turno —Varela, del Ejército— hizo saber, recriminándonos, que consideraba la actitud de los poetas como una muestra de “soberbia”. No les gustó la poesía.

Ser el autor del “choquero” me convirtió en un personaje de nuestra pequeña comunidad, digno de aparecer en el diario mural. Junto a una entrevista con retrato se publicaron los poemas. Los compañeros los copiaban, pedían la firma de los autores y los enviaban a sus casas. Pasados más de 40 años, me enteré de que Enrique Olivares no solamente había copiado mis poemas “Así es el choquero” y “Casas de Chacabuco”, con pequeños errores en la transcripción, sino que además los había ilustrado. Una linda

sorpresa, que también se pudo registrar en un libro con sus dibujos: *Imágenes con Historia*, publicado por la universidad donde estudió y de donde se lo llevaron detenido. De diferentes maneras la poesía salió de Chacabuco y tuvo una discreta visibilidad. Los poemas circularon de mano en mano, se leyeron en parroquias y reuniones clandestinas; fueron publicados y traducidos en el contexto de la solidaridad internacional<sup>42</sup>, generalmente como textos anónimos. Algunos escritos, probablemente, despertaron la curiosidad y afecto de algún escritor NN abrumado por el oscurantismo de la dictadura: había otros que también estaban escribiendo. En las catacumbas, en el exilio, en la cárcel.

Creo que la lectura de mis poemas provocó cierta catarsis, no porque en ellos hubiera “excelencia literaria”, sino porque en los versos había una osadía o candor que, en ese contexto, suscitaban una complicidad política con el público (literalmente cautivo, tanto como los poetas). Se “destapó” algo en ese momento al mencionarse palabras que desde el momento del golpe debíamos reprimir. Por ello entre nosotros nos llamábamos “compadres” y no “compañeros”. Internalizamos la autocensura y, rastreando los versos, en estos poemas aparecen palabras y frases que identificaban nuestra rabia y esperanza como *historia, esclavos, sangre, bota, miseria, proletario, compañero*, “puños que se elevan al sol/ preguntando ¡hasta cuándo!”, “bienaventurados amigos/ perseguidos y justos”, “hambre asalariada”, “el agüita caliente de esperanza/ que hierve día a día/ en el choquero de la historia”. Quizás los guiños no tenían mucha sutileza poética. Digamos que cada poema era también un discurso. Para mis compañeros de prisión soy “el autor del choquero”, es decir, alguien —muy joven entonces— que puso en versos algo sencillo que era de todos: un simple tarro tiznado vinculado al calor, la comida, la confraternidad. El choquero nos congregaba y en buena hora tuvo su poema. Sería pretencioso otorgarle más valor literario del que tiene, pero resultó emblemático y evocador para quienes lo escucharon en esa muestra de poesía. Por ello, no dejemos que el pudor y la falsa o verdadera modestia nos impidan compartir la información significativa,

42 Los diez poemas premiados en el Festival fueron publicados por primera vez en la revista *El barco de papel* N° 2 (París, 1978).

la precariedad y la ternura que laten en la escritura que surgió de una experiencia colectiva.

Los seis autores premiados, sin excepción, establecen la complicidad con la audiencia; con gran diversidad los poemas reflejan situaciones comunes vividas en la privacidad y en el colectivo. Además de la presencia de las compañeras y los hijos, la ligazón de las dos historias de Chacabuco está presente en los poemas, como en el desentierro de un pueblo fantasma: *osamenta de un pueblo en el erial*, escribe Santiago Cavieres en el soneto “Libre”. Y agrega: “La historia luego lió una historia vieja:/ encerraron la vida en una reja/ reviviendo a la aldea por su mal”. La idea del pasado obrero también está en el tríptico de Osvaldo Yáñez: “Si enterrara mis falanges/ en la arena de la pampa/ antes de encontrar caliche/ encontraría tus huesos”. La interrupción de la primavera con el golpe, le da a septiembre y los volantines una significación adicional, política, como en estos versos de Eugenio García, oriundo de Concepción: “Y entre tu sombra y la mía/ volantines transitorios/ levantaron hacia el norte/ su vuelo de alambre”. El vuelo hacia la libertad, a pesar de todo. La misma imagen de alambre, desgarrar y libertad está en “En el Volantín Destrozado” de Guillermo Cisternas: “se interrumpió de pronto su vuelo/ en lo más alto del aroma, desgarrado,/ mi corazón herido”, y en el magnífico final de su poema “La noche”: “Alta,/ hiriéndose en las púas/ sube,/ sola,/ la noche”. En “Al final de una carta” Rafael Salas también transmuta la luna en poesía. La poesía busca el vuelo, la fuga en versos, reflejándose en el amor familiar, “en la vida de nuestros hermanos,/ es la solidaridad,/ es nuestra libertad unida a la de todos/ para mirar las estrellas,/ para besar el mar,/ para recibir el sol sin temor,/ para transmutar la luna en poesía”.

Pocas veces he visto y sentido tanta gratitud por la poesía como la que sentí en prisión. Esta participación destacó un oficio solitario y callado. Tener visibilidad en la comunidad chacabucana era de doble filo. Por un lado, había una razón de seguridad: era mejor pasar inadvertido (en los interrogatorios la mayoría declaraba ser “independiente”); por eso a algunos no les gustaba ser nombrados por Radio Moscú (y por ello también podía ser mejor esquivar a los periodistas alemanes). Por otra, era gratificante la

notoriedad pública por el aporte al bien común y el aporte a la autoestima del colectivo. El orgullo personal se transfería, con valor político, en la reafirmación de una identidad que desmentía los estigmas atribuidos por la dictadura: no éramos ni asesinos ni desalmados ni antipatriotas. Además, estaba ese “anonimato” del tímido, de la falsa o verdadera modestia, del que desea simplemente esperar tranquilo la libertad. A pesar de todo, el diploma recibido certifica un rol que nos enorgullece. De los seis poetas premiados en el festival de Chacabuco ya no están con nosotros Santiago Cavieres, Guillermo Cisternas, Eugenio García y Osvaldo Yáñez. Los recordaremos además por sus poemas. Por su lado, Rafael Salas partió al exilio y sigue en Francia. En Chacabuco dejó un rastro de poesía y memoria. Es poco conocido, también, que en ese Campo de prisioneros se “editaron” libros. El editor fue, por supuesto, Rafael Salas. Armado con un lápiz pasta, papel calco y un poco de alambre que usó para hacer corchetes; el poeta publicó dos volúmenes artesanalmente: el primer libro fue una selección del *Canto a mí mismo*, de Whitman y, el segundo, *Décimas del recuerdo*. Este último, escrito por el mismo Salas e ilustrado por Héctor Morales, tuvo un tiraje de sólo dos ejemplares. En él, el hablante está en el futuro —que podría ser hoy— y, ya viejo, le cuenta a un joven lo que fue Chacabuco: “... Sí, pues, mi joven amigo/ ellos dejaron su estela/ Sus canciones y poemas/ de esos días son testigos/ y por eso yo le digo/ que esta no es historia vieja/ es la vida con sus vueltas/ como el carrusel del trigo/ lo que dura este suspiro/ Ay... ya el mundo se ha dado vuelta”.

### Memoria documentada

Para hacer esta relación pedí ayuda a otros protagonistas que escribieron sus propios testimonios. Otros aportaron “recuerdos”, que además de relatos intangibles también son recuerdos materiales: evidencias que en este contexto sostienen un testimonio-documental sobre un evento inolvidable para quienes lo vivimos, desconocido para la mayoría y que puede resultar increíble para muchos.

Con la intuición del historiador, Mario Céspedes conservó los manuscritos originales de los diez poemas seleccionados como ganadores por el Jurado del concurso. A través de uno de sus nietos, hace años, don Mario me hizo llegar una carpeta con los textos. Una herencia impensada, cuyo rescate le da más sentido a este escrito. Se trata de manuscritos en hojas de cuaderno, cartulina, amarillentos papeles de *block* fiscal, esquelas para cartas. La materialidad del soporte de los poemas también es significativa: la hoja de cuaderno de matemáticas, tan cuadriculada como la valla de alambre que delimitaba el Campo o la cartulina que ya había sido utilizada en los archivos de la oficina salitrera, sobre la cual se pega otro papel con el poema y se ilustra con dibujos que apelan a la historia, por ejemplo, permiten una lectura donde se trenza la materialidad del soporte con la literalidad del manuscrito. Otro compañero —Ricardo León, también fallecido— salvó y preservó el Acta del Jurado, que está debidamente firmada por sus integrantes. El escrito, original único, se publicó en el mural *Chacabuco 73*. Se desprendió y cayó al suelo, estaba medio quemado por el sol y, en lugar de tratar de ponerlo de nuevo en el diario o dejar que se lo llevara el viento, Ricardo León lo guardó. “Es que siempre he sido un poco cachurero”, me explicó con cierta picardía su acción que, más que “un hurto inocente”, resultó el salvataje de un valioso documento que cuidó por años y que ahora está en el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. Algunos de los poetas participantes conservamos el diploma que se nos entregó en la premiación. También contamos con la transcripción de la nota con que el diario mural “*Chacabuco 73*” convocó e informó sobre el Festival y cartas que cuentan el acontecimiento. Es decir, está registrado todo el proceso en estos papeles que son al mismo tiempo poemas y documentos que pueden ayudar a imaginar lo que puede ser inimaginable en un contexto de violación de los derechos más elementales. Es significativo que en la iconografía que respalda esta relación estén algunos retratos de los participantes.

A la aparente frialdad de los manuscritos es necesario agregar el afecto de la memoria que surge de ellos. Son documentos que no parecen documentos, que ofrecen prácticamente una sincronía con las vivencias; una memoria inmediata y subjetiva (cartas que

relatan el recuerdo de lo que pasó el día anterior, dibujos, recuerdos materiales, etc.), que contribuye al intento de recuperación y reconstrucción de la atmósfera en que sucede un acontecimiento indesmentible. Los papeles sueltos, reunidos con otros papeles sueltos, cobran sentido al sumarse y constituir un pedazo de historia. Es el aporte que podemos hacer desde los archivos personales y familiares que confluyen en el fragmento de una historia mayor. Todo recuerdo es significativo.

## ACTA DEL JURADO DE POESÍA

Cuando el hombre aprendió a escribir, escribió poesía. Desde entonces le acompañó a todas partes y en las más variadas circunstancias: en el mar, en la ciudad o en la montaña; en la prisión o en el altar; en los sueños universales de felicidad, o en el dolor, la alegría o la muerte y también en el amor y la esperanza. La poesía misma es esperanza.

La poesía es un inmenso océano, en sus aguas se reflejan las múltiples facetas de la realidad. Pero no es un espejo inerte, por el contrario, devuelve embellecidas las imágenes para hacer más alegre este tránsito terrestre, e incluso para sobreponerse, para superar a la muerte misma, como muriera ese viejo poeta español, cuando escribió: "POVUO SERÁS, MAS POVUO ENAMORADO".

Los hombres que están en este campamento de CHACABUCO no podían permanecer ajenos al llamado de la Poesía. Este concurso es una clara muestra de ello. Han llegado 41 poemas originales. Y como en toda poesía auténtica, en estos trabajos está presente la realidad que viven, que va desde el humilde tarro "CHOQUERO" hasta el dolor y la infinita nostalgia por la amada ausente.

Se ha sembrado la primera semilla, es nuestro el deber de regarla constante para cuidar-la y hacerla florecer en todo su esplendor.

Después de una minuciosa lectura y análisis, este Jurado seleccionó 10 poemas para ser leídos en este acto. Hubiéramos deseado leerlos todos ante ustedes, pero ello no es posible. Los 10 poemas seleccionados, por orden alfabético de autores, son los siguientes:

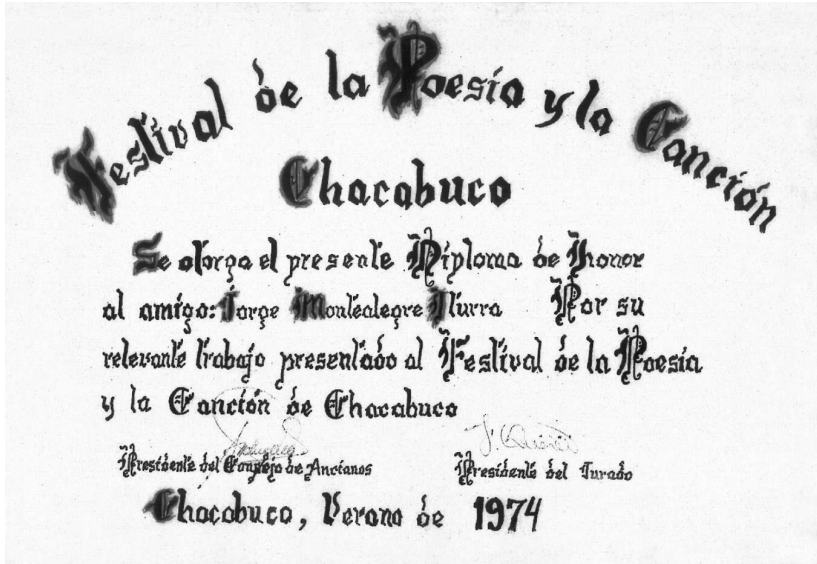
- 1.- SANTIAGO CAVIERES KORN: "LIBRE"
- 2.- SANTIAGO CAVIERES KORN: "LA FLOR DEL DESIERTO"
- 3.- GUILLERMO CISTERNA FRANULIC: "LA NOCHE"
- 4.- GUILLERMO CISTERNA FRANULIC: "EL VOLANTÍN OESTRUCADO"
- 5.- EUGENIO GARCÍA VENEGAS: "DESCENSIÓN Y CANTO"
- 6.- EUGENIO GARCÍA VENEGAS: "FUÉ ANO CHE"
- 7.- JORGE MONTEALEGRE ITURRA: "CASAS DE CHACABUCO"
- 8.- JORGE MONTEALEGRE ITURRA: "DÍ ES EL CHOQUERO"
- 9.- PIQUINERO: "3 PENSAMIENTOS FRENTE A LA REJA"
- 10.- RAFAEL EUGENIO SALAS: "AL FINAL DE UNA CARTA"

Vaya para los autores de los 41 poemas presentados, nuestro más cordial y fraternal estímulo y nuestros deseos de que continúen perseverando y asagandando en esta hermosa y fecunda tarea de hacer poesía. Poesía para hacer más hermosa la vida del hombre.

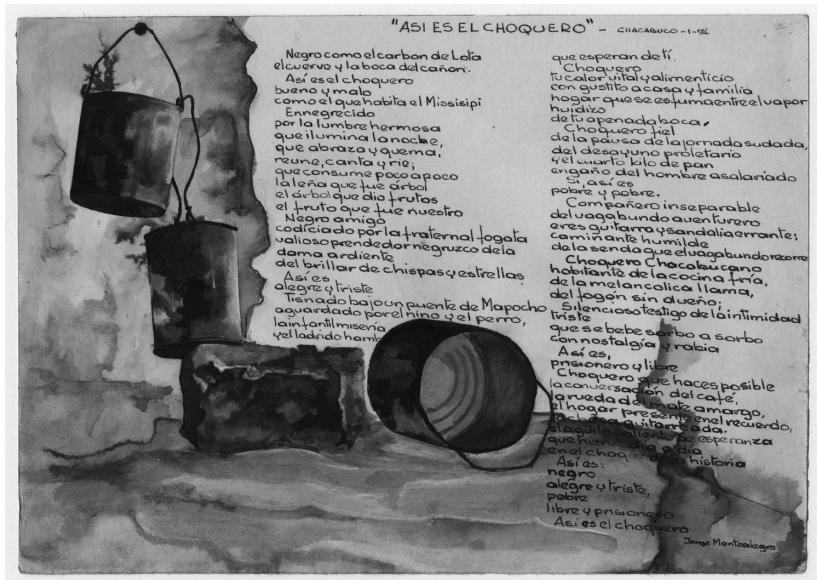
*Vicente Costa*  
VICENTE COSTA y *Franklín Quevedo*  
FRANKLÍN QUEVEDO

CHACABUCO, 29 de ENERO DE 1974. -

Acta del Jurado de Poesía del Festival de la Poesía y la Canción.  
Chacabuco, 29 de enero de 1974.

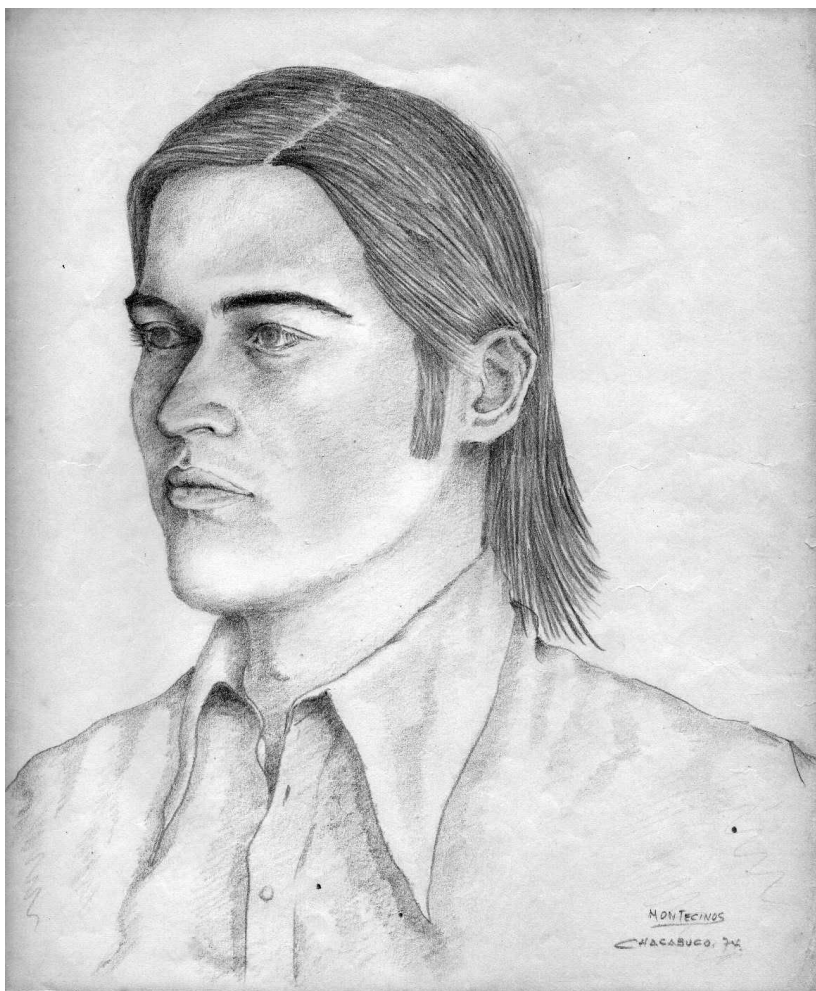


Diploma de Honor, Festival de la Poesía y la Canción.  
Chacabuco, verano de 1974.

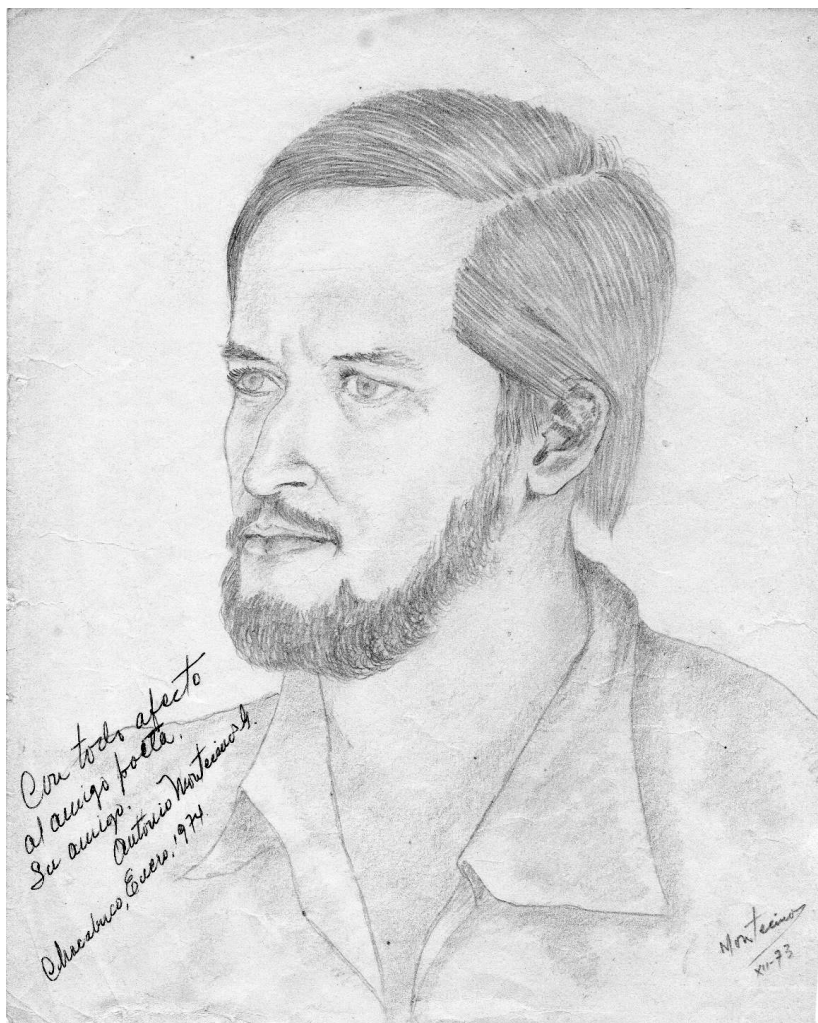


"Así es el choquero". Ilustración de Enrique Olivares.

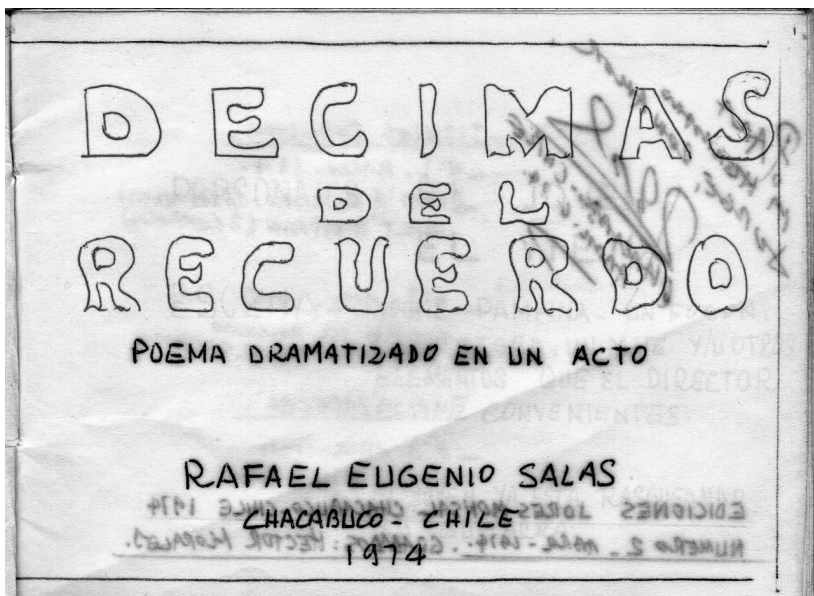




Retrato de Jorge Montealegre. Dibujo de Antonio Montecinos.



Retrato del poeta Rafael Eugenio Salas. Dibujo de Antonio Montecinos.



Libro manuscrito de Rafael Eugenio Salas.  
Ediciones Jores Monsal, dos ejemplares, 1974.





Maestro Manuel Flores. Acuarela de Francisco Aedo.

¡Buena noche y  
no olvides!  
El Hipopótamo  
No te olvides de tus compañeros  
Poetas te recordamos con  
Carino  
Zeta' J. 96.



## VII

### Contraórdenes. La memoria en diferido

Recurro a una memoria que se transmite en diferido, gracias a documentos, pugnas y testimonios que no pudimos conocer en “su momento” y que no tenemos razones para ocultar u omitir, especialmente si completan un relato y aportan a la explicación de ciertos fenómenos que nos parecieron increíbles, más propios del realismo mágico, como el Festival de la Canción y la Poesía y otros episodios que hemos relatado.

Lo deseable para nosotros, sin libertad, era tener al menos un trato humanitario. Sin embargo, con el rayado de cancha que hiciera Minoletti —con su doctrina belicosa, llena de amenazas— lo que se podía esperar del trato de los militares era lo peor. Sin embargo, hubo comportamientos paradójicos, desconcertantes, que contradecían o mitigaban la brutalidad inicial. Una excepcionalidad que tal vez no era tal. Mucho tiempo después he sabido, sorprendiéndome, de situaciones que revelan diferencias que había al interior de los militares respecto del trato de los prisioneros. Una pugna soterrada, de hecho, que finalmente beneficiaba o perjudicaba a las personas detenidas. En el cálculo político podíamos ser una moneda de cambio o militantes que debíamos estar fuera de circulación; también éramos objeto del revanchismo, del fanatismo político o de las bajas pasiones. El justo e inesperado trato humanitario también existió. La maldad nunca es unánime.

## Desautorizaciones

Décadas después del episodio en que Minoletti insultara a Ángel Parra y lo amenazara con darle una lección fuera del Campo, conocí un relato de Ángel que completa la historia o, mejor dicho, amplía el espacio de búsqueda de la verdad. Efectivamente esa tarde el artista fue llamado a presentarse ante Minoletti, fuera del Campo. Lo acompañó Ernesto Parra, también músico. “Pensé que me pegaría un par de balazos en el desierto —cuenta Ángel—. Pero el tipo estaba en otra actitud: era una bravata que la hacía para impresionar a los presos. Y afuera el tipo se disculpó”. Difícil de imaginar. La arrogancia fue doblegada por una orden superior que el capitán debió obedecer. Más adelante, cuando se anunció la libertad, la noticia fue celebrada en la casa donde vivía Ángel con otros compañeros. Memo Orrego nos cuenta que fue invitado por Domingo Chávez a “la despedida del Tiburón del Caribe (Ángel Cereceda Parra) tras verse beneficiado por aparecer en la lista de libertades leída por parte del teniente [Quilhot], aquel rubiecito de fino bigote y traje manchado que luego del acto se manifestó con unas cajas de cervezas y pisco *sour* en la casa de Ángel, contando entre los invitados a nuestro querido profe Mario Céspedes”<sup>43</sup>.

Recuerdo a ese joven oficial. Al dejar la guardia, se le quebró la voz en su arenga de despedida<sup>44</sup>. Me impresionó. Nos dijo que personas como nosotros no debíamos estar ahí. Fue patético.

A diferencia de Minoletti, el mayor de sanidad Antonio Ilic expresó afecto por Ángel y conmiseración por los presos. Con uniforme, pero sin armas, se mezclaba con los prisioneros, entraba a las casas y a veces compartía un té. En víspera de Navidad —acompañado de su familia— llevó diez tortas para los presos<sup>45</sup>. Se relacionó bastante con Ángel Parra, cuenta, “una persona a la

43 Correo electrónico del 29 de julio de 2012.

44 Posteriormente René Patricio Quilhot Palma —oficial de inteligencia— fue miembro de la Brigada Mulchén de la DINA. Junto a otros militares, fue procesado en el año 2009 por el secuestro y crimen del diplomático español Carmelo Soria ocurrido en julio de 1976, también por el homicidio del entonces Conservador de Bienes Raíces de Santiago Jorge Renato Francisco León Zenteno.

45 Antonio Ilic entrevistado en documental *Chacabuco, memoria del silencio*, realizado por Gastón Ancelovici.

que quiero y aprecio mucho, con el cual compartimos muchos días en forma muy amena; y además él supo de mi interés musical”. Una vez entró al sucucho que compartíamos con Rafael Salas. Ahí teníamos un papel en el muro para que las “visitas” escribieran lo que quisieran<sup>46</sup>. El mayor Ilic dejó su manuscrito: “En este rincón chacabucano he escuchado palabras y recibido cariñosos sentimientos difíciles de olvidar, muy por el contrario, quedaron grabados en mí por el resto de mi vida”. Las eventuales incoherencias de Chacabuco, a veces desconcertantes, comenzaban a aflorar. Así, hubo contraórdenes y actitudes inesperadas que amplían episodios parcialmente conocidos. Y dejan preguntas en el aire.

Otro castigo de Minoletti que fue desautorizado sucedió a raíz del caso de un prisionero —el compañero Aliaga, que padecía un trastorno mental— que salió de su casa una noche aparentemente sin justificación. Al hacer el conteo los militares se dieron cuenta de que no estaba. Estuvo perdido algunas horas, lo buscaron sus compañeros de casa —me cuenta Ernesto Parra— hasta que lo encontraron en una de las casas deshabitadas. En la formación, el comandante de seguridad comunicó que hacía responsable al jefe de la casa por esta indisciplina. Ordenó entonces un castigo ejemplar. Así, una escuadra de soldados llevó al jefe de casa —Luis Soto Guzmán— a un lugar donde debió permanecer el resto del día parado bajo el sol implacable, sin moverse ni comer. Minoletti no permitió que sus compañeros de casa le dieran un gorro para que se protegiera del sol. La sanción, de una injusticia evidente, nos amedrentaba a todos. La autoridad se imponía con crueldad e indolencia. El castigo se ejecutó en parte, pero nuevamente se revela una reacción discordante, relatada —también años después— por la misma víctima: camino al lugar del castigo los soldados le sugirieron y le permitieron tomar bastante agua. Más tarde pasó por ahí el jefe militar de mayor grado:

—¿Qué hace ese hombre parado allá? —preguntó el comandante dirigiéndose al capitán Minoletti e indicando en mi dirección.

<sup>46</sup> Ese registro, escrito en el reverso de una planilla de la oficina salitrera, fue donado al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

—Está castigado, mi comandante — escuché decir al capitán. Un peñorrio “¡Déjelo ir!”, ordenó el comandante.

—A su orden, comandante — replicó el capitán Minoletti e hizo un ademán a un soldado para que me liberara del castigo<sup>47</sup>.

Se trataba de la segunda desautorización pública que debía soportar Minoletti como subordinado. Algo singular que contrastaba con la reciente sordidez que habíamos vivido.

Entre las situaciones peculiares está aquella cuando Minoletti debió ocultar su arrogancia y reconocer “humildemente” el valor de algunos de los presos. Sucedió cuando el Dr. Enrique Jenkin, una eminencia médica, fue requerido para que pudiera viajar a Calama para operar a una señora que estaba grave. Minoletti lo invitó a su casa en Calama y —pisco *sour* mediante— le pidió al médico prisionero que examinara e interviniera a su esposa: el Dr. Jenkin la operó de juanetes. “Lo hice, como lo he hecho toda la vida, sin mirar el color, sexo, posición social o grado. Una operación sencilla que evolucionó, como se esperaba, sin contratiempos”<sup>48</sup>.

## Tiempo de guerra

¿Por qué estos contrasentidos inesperados? ¿Qué había pasado para que Chacabuco fuera distinto, a la Villa Grimaldi u otros lugares de detención? Este tipo de casos, insólitos, jocosos o dramáticos, son perturbadores cuando la “guerra” nos sitúa en un escenario en que éramos enemigos, una amenaza, una enfermedad social: había que “extirpar el cáncer marxista”, dijo Leigh, era, en palabras de Pinochet: “el tumor maligno del marxismo”<sup>49</sup>. Las convicciones de los convictos; las ideas de quienes, sobreviviendo desde el miedo, quedábamos impresionados cuando el trato se humanizaba. Ante los comportamientos aparentemente erráticos,

---

47 Luis Soto Guzmán (2019): *Terrorismo de Estado: 341 días*, Santiago, Editorial Usach, p. 119.

48 Enrique Jenkin (2010): *¡Exijo una explicación! Mis secuelas de una dictadura*, 2010, p. 115.

49 Diario *La Tercera*, jueves 20 de septiembre de 1973, p. 2.

quizás olvidábamos que la alta oficialidad también había estado bajo el mando de los generales René Schneider y Carlos Prats y otros oficiales que sostenían una “posición apolítica, profesional y constitucionalista”, como escribiera el general Guillermo Pickering. Con cierto reproche, sabíamos que el presidente Allende confió en la lealtad de las Fuerzas Armadas que finalmente lo derrocaron. Lo traicionaron también traicionando doctrinas y juramentos. Quiero pensar que no todos eran fascistas y que hubo divergencias entre los militares, al menos entre “duros y menos duros”<sup>50</sup>, entre los que estaban por el aniquilamiento y los que estaban por la neutralización que evitara nuestro reagrupamiento, diferencias respecto de la represión y el trato a un “enemigo interno” que no estaba en guerra<sup>51</sup>, una población indefensa que fue sojuzgada a las pocas horas del derrocamiento del presidente Allende.

Recordemos que la irrupción de la DINA<sup>52</sup>, que adquirió un poder absoluto y que pasó de la represión masiva a una más selectiva, prácticamente coincide con la desocupación del Estadio Nacional y nuestro envío a Chacabuco. En las altas esferas donde se decidía el destino de los presos políticos, nos tenían clasificados por niveles de “peligrosidad y activismo”. Así lo contempla el documento “Políticas a seguir con los miembros de la Unidad

---

50 *The Clinic*, 1 de abril de 2015. En un memorándum “De: Comité Creativo A: H. Junta de Gobierno, 1973”, Jaime Guzmán —asesor de Gustavo Leigh, primero, y luego de toda la junta militar—, advierte o aconseja que el éxito de la Junta “está ligado directamente a su dureza y energía, que el país espera y aplaude. Todo complejo o vacilación a este propósito será nefasto. El país sabe que afronta una dictadura y lo acepta. Sólo exige que esta se ejerza con justicia y sin arbitrariedades. Véase si no la increíble pasividad con que se ha recibido por el estudiantado la intervención de las Universidades, medida que en todas partes ha suscitado violenta resistencia. Transformar la dictadura en “dicta-blanda” sería un error de consecuencias imprevisibles. Es justamente lo que el marxismo espera desde las sombras”. <https://www.theclinic.cl/2015/04/01/asi-hablo-jaime-guzman-2/>

51 Sobre el estado de sitio decretado el 11 de septiembre, al día siguiente la junta militar aclaró que debía entenderse como “estado o tiempo de guerra”.

52 Aunque ya funcionaba de facto desde noviembre de 1973, la DINA fue creada por el Decreto Ley 521 del 14 de junio de 1974, a cargo del teniente coronel de Ingenieros, Manuel Contreras Sepúlveda.

Popular”<sup>53</sup>. El primer grupo era de los considerados extremistas fanáticos, con “serias inestabilidades mentales”. En el segundo grupo estaban los “activistas de alta peligrosidad e inteligencia”. Como los anteriores, eran “influyentes e irrecuperables”. El tercer grupo estaba compuesto por “activistas ideológicos” que debían ser analizados meticulosamente y estar “bajo estricta vigilancia”. Más inofensivos y rescatables eran los dos últimos grupos: el cuarto, compuesto por militantes de la Unidad Popular que era posible “que con el tiempo puedan apaciguarse”; y el quinto grupo era de los simpatizantes de la Unidad Popular que, “sin ninguna peligrosidad, y con más razón que con el grupo mayoritario, pueden ser ganados con una inteligente y exitosa política”. Finalmente, el informe sobre “Políticas a seguir con los miembros de la Unidad Popular” concluye:

Los extremistas y activistas más peligrosos deben ser deportados y otros neutralizados en algún lugar dentro del territorio nacional. A aquellos que son utilizables, a causa de su menor peligrosidad y de su mayor capacidad técnica, deben ser cambiados de su lugar de trabajo. Que quede en claro que estamos en una firme e inexorable actitud de eliminar todos los elementos desequilibrantes de nuestra patria.

En Chacabuco se podría decir que “había de todo” y, por supuesto, un trabajo de inteligencia militar que buscó dividirnos y desprestigiar a los dirigentes que estaban escondidos o estaban en embajadas o ya fuera del país. Un discurso reiterado consistía en victimizarnos respecto de los políticos: por culpa de ellos —y no de los militares— estábamos donde estábamos. Nos instaban a sumarnos a “la reconstrucción nacional”. Si no, sufriríamos las consecuencias.

Minoletti siguió las instrucciones de la naciente DINA, trató de quebrarnos y nos estigmatizó como enemigos de la patria.

---

53 “Políticas a seguir con los miembros de la Unidad Popular”, informe elaborado por el médico militar Augusto Schuster Cortés, a fines de 1973. Transcrito en: Andrés Domínguez: *La construcción del Estado de Seguridad Nacional. Las violaciones de los derechos humanos*, 2011.

Lamentablemente, Minoletti no fue una excepción. Era un tipo de milico que ya conocíamos y que en Chacabuco volvimos a soportar a otros de su misma calaña. Ser acusados de antipatriotas o agentes de una potencia extranjera para nosotros era absurdo, pero no lo era para los militares azuzados contra un enemigo terrible.

La guerra tiene sus normas, sus reglas. Entre ellas, que las personas prisioneras deben tener un trato humanitario, hayan sido o no combatientes y que la detención no corresponde a una toma de rehenes, sino a una forma de evitar que sigan participando en el conflicto. Había que suponer que incluso en la guerra está prohibida la tortura y el trato denigrante a las personas prisioneras. En ese lenguaje, nosotros éramos “población civil”, contra la cual tampoco los militares debían usar armas de guerra. Nada de eso se respetó. En el Estadio Nacional no tuvimos trato humanitario. Todo lo contrario. Ahí se violaron todas las reglas de la guerra, aunque fuera supuesta y unilateral. Los militares se degradaron a sí mismos al actuar con vileza. Habría que suponer que alguna vez tuvieron un código de honor, pero la tropelía vergonzante superó el profesionalismo militar.

### Asesoría norteamericana

¿Cómo se eligió la oficina salitrera para convertirla en Campo de prisioneros? Nunca lo supimos, hasta que apareció una pista entre documentos que originalmente, bajo dictadura, fueron secretos. De ellos se desprende que lo más probable es que Chacabuco fue considerado como lugar de prisión por consejo de un asesor del gobierno de los Estados Unidos. Efectivamente, según un informe<sup>54</sup> del embajador norteamericano Nathaniel Davis al Departamento de Estado, a fines de septiembre de 1973 el jefe del Estado Mayor chileno —Nicanor Díaz Estrada— le solicitó a la embajada norteamericana asesoría para la instalación de un centro de detención. Sin mayor decoro, la petición hacía evidente la dependencia

---

54 «De la embajada de EE.UU. en Santiago al Departamento de Estado (fines de septiembre 1973) INFO, oct. 01». En: *Archivos secretos. Documentos Desclasificados de la CIA*. LOM Ediciones, Santiago de Chile, septiembre de 1999, pp. 44-46.

respecto de EE.UU. y una insólita incapacidad profesional. La embajada anota sobre la petición chilena:

El gobierno militar de Chile requiere la presencia de una persona calificada que pueda actuar como consejero para el establecimiento de un Centro de Detención para detenidos que —según se anticipa— serán mantenidos allí durante un período relativamente largo. [...] Están especialmente preocupados por la gente actualmente detenida en el Estadio Nacional de Santiago. Se dan cuenta que no pueden mantener a los prisioneros allí por un período superior a 60 días (ya han pasado aproximadamente 16 días). Por esta razón ellos quieren un asesor lo antes posible para que les ayude a hacer una inspección de terrenos. Están considerando la Isla Santa María en las cercanías de Coronel, al sur de Concepción. Estiman que aproximadamente 3 mil prisioneros serán retenidos a lo menos durante un año...

Obviamente se descartó la isla Santa María y se optó por la oficina salitrera. (Una buena noticia tardía porque, en caso contrario, habríamos tenido mucho frío)<sup>55</sup>. Chacabuco, una isla en el desierto, era el lugar que se andaba buscando. Un sitio conocido para el Ejército, ya que ahí se hacían ejercicios de guerra y entrenamiento militar. La elección de la oficina salitrera —junto con la existencia de Isla Dawson— desmentía lo aseverado en octubre de 1973 en las Naciones Unidas por el vicealmirante Ismael Huerta, ministro de Relaciones Exteriores de la junta militar: “Nosotros no hemos puesto campos de concentración en lugares remotos, sino que hemos colocado a los detenidos en el centro de la ciudad, en el estadio de Santiago, a la vista de todos”<sup>56</sup>. Sin embargo, conociendo en diferido la solicitud hecha a los norteamericanos, es

55 La isla Santa María, ubicada en el golfo de Arauco, ya tenía en su historia el haber recibido, en 1947, a 300 obreros que fueron trasladados en calidad de prisioneros ese lugar.

56 “Almirante Huerta reveló al mundo siniestro Plan ‘Z’ del marxismo para someter a Chile”. Diario *La Patria* N°1, jueves 11 de octubre de 1973, p. 17. En la misma conferencia de prensa en la ONU, el representante de la Junta de Gobierno dijo que los militares devolverían el poder tan pronto como se logren “condiciones favorables, lo cual podría ser “dentro de un año, o quizás menos, o quizás más”.

evidente que la dictadura ya había decidido sacar a los presos de la capital y que estaríamos detenidos “durante un período relativamente largo”. No sabíamos, o a veces olvidamos, que los EE.UU. habían intervenido también en esto. Tampoco sorprende.

Así, se construyó en muy poco tiempo, un Campo de prisioneros habilitado para recibir a unas 3.000 personas. Según el capitán de Ejército, Alejandro Ávila, quien se desempeñó como segundo comandante de Chacabuco, el Campo fue construido en octubre de 1973<sup>57</sup>. El tema está referido en el Acta N° 19 de la “Sesión Secreta” de la junta militar, efectuada el 12 de octubre de 1973 (el mismo día de mi tortura en el velódromo). Entre los temas a tratar, según ese documento firmado por Augusto Pinochet, estuvo el destino de los prisioneros de guerra y Chacabuco:

El Sr. Ministro del Interior [general Oscar Bonilla] manifiesta que debe coordinarse muy claramente la tuición de los PP.GG [Prisioneros de Guerra], entre su Ministerio y el de Defensa, no debiéndose disponer movimientos de personal sin el conocimiento del Ministro del Interior.

-Se informa que dentro del mes podrían ser trasladados a la Oficina de Chacabuco los detenidos en el Estadio de Antofagasta, lugar que reúne muy buenas condiciones y con pequeños arreglos puede acomodarse<sup>58</sup>.

## Trato humanitario

En materia del trato a los prisioneros políticos, en tanto castigo físico, las diferencias entre el Estadio Nacional y Chacabuco fueron muy significativas. Básicamente, en Chacabuco se cumplió con el suministro de alimento y agua, se permitió la comunicación con las familias, y no hubo tortura física sistemática. No estábamos propiamente en “mazmorras”. Además, se permitió la creación de un consejo permanente de los representantes de los prisioneros

57 Declaración en documental *Yo he sido, yo soy, yo seré*.

58 Sesión secreta de la junta militar, Acta N° 19, 12 de octubre de 1973.

para dialogar con la jefatura militar y se pudo desarrollar una convivencia con libre plática al interior del Campo, manteniendo la vigilancia del personal militar desde fuera, sin contacto directo con los prisioneros.

Afortunadamente, Chacabuco no fue un campo de exterminio ni un recinto secreto. Fue sin embargo un recinto donde se violaron los derechos humanos, donde se mantuvo a las personas arbitrariamente en la incertidumbre, sin condena, lejos de sus familias, sin trabajo ni estudio, con plantones al sol y amenazas constantes. Esta situación al parecer constituía un tratamiento humanitario en comparación con lo vivido en otros lugares. En el Campo de prisioneros estábamos secuestradas personas que debíamos revertir los efectos de la tortura, amenazadas de pasar por aquello nuevamente y en cualquier momento.

En Chacabuco éramos convalecientes, después de haber pasado la mayoría por la experiencia del Estadio Nacional. Nos recobrábamos, nos reponíamos: habíamos pasado lo peor, tocado fondo y lo único que nos quedaba era elevarnos por sobre nuestra derrota. Los rehenes estábamos a merced de los militares. Y la memoria del horror estaba fresca. Antes del “tratamiento humanitario” y la libre plática los chacabucanos habíamos pasado por el terror de la oscuridad absoluta, enceguecidos por vendas y frazadas, humillados por la tela adhesiva que tiraba la barba y arrancaba cejas y pestañas; la oscuridad de cuando se aplicaba la electricidad y los golpes llegaban de cualquier parte. Cuando las sienes palpitan, no es sólo porque la venda aprieta, sino porque sientes que el corazón se sube a la cabeza a punto de estallar. Y las risas, el escarnio, las humillaciones. Y la vergüenza. Habían vivido la farsa macabra del fusilamiento, del simulacro de ejecución que paradójicamente había que agradecer en el desconcierto del alivio inesperado, casi frustrante.

Lo chacabucanos habíamos pasado por esa oscuridad y cualquier cosa podía ser mejor. Desde esa experiencia, Chacabuco fue un gran respiro. No era justa nuestra situación, pero pudo ser peor. Minoletti y otros oficiales de su estilo (Ananías, Santander, Acuña y otros) que fueron comandantes de seguridad, no representaban perversiones o maldades personales excepcionales, sino

que eran exponentes de una política que se implementaba, impunemente, con un ánimo o voluntad genocida. Esta decisión se expresó metafóricamente en el llamado a erradicar el cáncer marxista y en la acción criminal de la Caravana de la Muerte y la comisión de otras masacres y atrocidades. Es complejo y perturbador para las víctimas y sobrevivientes intentar la distinción al interior de los victimarios y relativizar las responsabilidades según la mayor o menor crueldad, sicopatía o disciplinamiento. ¿Había más decentes dentro de la indecencia, sediciosos menos golpistas, torturadores buenos y torturadores malos, violadores de los derechos humanos más humanitarios? El secuestro sin desaparición, la detención sin castigo físico, el interrogatorio sin tortura, no dejan de ser parte del terrorismo de Estado.

## Jerarquías

A la distancia observo que en algún momento hubo una especie de sensibilidad paralela, que se expresó en el comportamiento de los oficiales, representados simbólicamente en las figuras de Pinochet y Bonilla. Entre ellos y Minoletti había jerarquías que actuaron de manera diferente ante los presos políticos o prisioneros de guerra.

Chacabuco correspondía a la jurisdicción de la Primera División de Ejército con asiento en Antofagasta. Su comandante en jefe era el general de Brigada Joaquín Lagos Osorio. Era la máxima autoridad regional: además de la comandancia, Lagos era jefe de la zona en estado de sitio de la Provincia de Antofagasta e intendente. Por tanto, el general Joaquín Lagos era responsable de Chacabuco y del personal militar que administraba el Campo de prisioneros de guerra.

En un rango superior al capitán Minoletti, entonces, estaba el comandante del campo designado por el general Lagos: el teniente coronel Von Krischmann o von Kretschmer (nunca supe su nombre de pila ni si ese apellido está bien escrito, porque solamente lo escuché nombrar). Fue él quien ordenó las disculpas de Minoletti a Ángel Parra y suspendió el castigo a Luis Soto. Concesiones inesperadas. El teniente coronel —subordinado de Lagos

y superior de Minoletti— era un personaje inadvertido para los prisioneros, ya que fueron contados los momentos en que se dirigió a los detenidos. Y no a todos. El contacto directo era con el comandante de seguridad, un capitán o teniente. No obstante, Rolando Carrasco recuerda en su libro *Prigué* un insólito discurso que le escuchó al militar<sup>59</sup>, quien prácticamente pidió disculpas por el trato que habíamos recibido de parte de su subalterno Minoletti:

Aquí tienen mis manos. Se las entrego. En respuesta denme solamente una de sus manos para convertir ese desierto en un vergel. Nada más les pido. Trabajen, colaboren en las labores que organizamos. Ustedes serán los beneficiados. Aquí nadie les tratará mal. Permanecerán retenidos mientras así lo dictamine la orden superior. No sé quiénes son ustedes ni por qué se hallan en Chacabuco. Yo cumplo órdenes. No soy político. Soy soldado. Las divergencias que nos separan momentáneamente no deben hacernos olvidar que por sobre todas las cosas somos chilenos, hijos de la misma patria. Personalmente me esforzaré por hacerles más llevadera su vida. Incluso en mi comitiva traje un camión con verduras y frutas. Sé cuánto las necesitan. Ya lo ven. Mi preocupación por Uds. es grande. Correspondan a ella colaborando conmigo.

## La sombra de la Caravana de la Muerte

Un mes antes de nuestra llegada al puerto de Antofagasta, había pasado por esa ciudad, entre los días 18 y 19 de octubre de 1973, la siniestra Caravana de la Muerte<sup>60</sup>. Afortunadamente no estábamos en el norte cuando el general Sergio Arellano Stark llegó en

59 Según Carrasco, “comandante de la Primera División del Ejército, General von Kretschmer” (en *Prigué*, Moscú, Novosti, 1977, p. 143). Yo no recuerdo ese discurso, como muchas otras zancadillas que nos hace la memoria. Si el oficial era comandante de la Primera División del Ejército y era general, se trataba probablemente de Joaquín Lagos.

60 Se le llamó Caravana de la Muerte a la operación que se realizó en octubre de 1973, bajo el mando del general Sergio Arellano Stark. La caravana fue responsable de la muerte de al menos 75 prisioneros políticos a lo largo de todo Chile en una de las más sanguinarias operaciones de exterminio de partidarios del gobierno del presidente Salvador Allende.

un helicóptero Puma para “agilizar los procesos” de los detenidos y demostrar cómo debían ser tratados los prisioneros. ¿Afectó de alguna manera a los chacabucanos este acontecimiento?

Buscando una explicación a estos contrastes, a la insólita desautorización de un oficial delante de los prisioneros, he pensado — años después de los acontecimientos, con información que entonces no teníamos— en la figura del general Joaquín Lagos Osorio, máxima autoridad militar en una jurisdicción muy delimitada. Lo había sido al menos hasta que en octubre de 1973 —relata Lagos— llegó el general Sergio Arrellano Stark y “sacó de su manga un documento que me entregó para que lo leyera: era una comunicación del Comandante en Jefe del Ejército que lo nombraba ‘Oficial Delegado’, para revisar y acelerar los procesos”. Lo desautorizaba Pinochet. Se trataba de la Caravana de la Muerte:

[...] en la noche, la Comitiva del General Arellano había sacado del lugar de detención a 14 detenidos que estaban en proceso, los había llevado a la quebrada del ‘Way’ y los habían muerto a todos con ráfagas de metrallas y fusiles de repetición; después habían trasladados los cadáveres a la morgue del Hospital de Antofagasta y como esta era pequeña y no cabían todos los cuerpos, la mayoría estaba afuera. Los cuerpos estaban despedazados, con más o menos 40 tiros cada uno y en estos momentos así permanecían al sol y a la vista de todos cuantos pasaban por ahí. Al oír de esta horrible masacre, quedé estupefacto y sentí una enorme indignación por estos crímenes perpetrados a mis espaldas, en un lugar de mi jurisdicción. Ordené que armaran sus cuerpos, los médicos militares y del hospital, y avisaran a los familiares y les hicieran entrega de los cuerpos, en la forma más digna y rápida posible<sup>61</sup>.

Para el libro *Los zarpazos del puma*, el general Lagos le confiesa a la periodista Patricia Verdugo: “¡Imagínese mi estado de ánimo! ¡Un general de la República había sido mi huésped por pocas horas y, a mis espaldas, había ordenado el asesinato de catorce

---

61 En: declaración judicial prestada por el general (R) Joaquín Lagos Osorio el 3 de julio de 1986, vía exhorto, ante el Primer Juzgado del Crimen de Antofagasta por la desaparición de varias personas.

prisioneros, prisioneros que en su mayoría se habían entregado voluntariamente, confiando en mí! ¡Prisioneros por los cuales yo debía responder, de acuerdo con la Convención de Ginebra!”<sup>62</sup>.

Además de su paso por Antofagasta, la caravana de Arellano dejó su huella en otras partes del país, donde cometió numerosos crímenes que avergonzaron para siempre al ejército y nuevas “pasadas a llevar” del concepto de mando y del respeto a los subalternos, de grados y antigüedades, tan caros para los militares profesionales.

## El documental

Los crímenes de la caravana se cometieron poco antes de la apertura del Campo de prisioneros de Chacabuco. En otras palabras, el general Lagos asumió la responsabilidad principal de este Campo de prisioneros entre noviembre de 1973 y febrero de 1974. Entonces, ya había tenido la decepción y la disputa con Arellano Stark respecto del trato a las personas detenidas, y representado la situación a Pinochet. Por ello, pienso que es probable que Lagos diera instrucciones a Von Krischmann sobre el trato humanitario en Chacabuco: que fuera distinto al de la caravana de Arellano. El general Lagos fue quien dio la autorización para que el Dr. Enrique Jenkin viajara a Calama y pudiera hacer una serie de operaciones quirúrgicas. También permitió que se filmara un documental que mostrara las condiciones en que estábamos los detenidos, en cierto sentido, un registro de su gestión como responsable del Campo de prisioneros.

Efectivamente, en Chacabuco se hicieron tomas de imágenes y entrevistas para un documental. Considerando la atmósfera de guerra fría de la época, los productores —un equipo de cineastas de la Alemania oriental (RDA)— utilizan la estrategia de simular ser de Alemania occidental (RFA) para conseguir los permisos y acceder a diferentes espacios y personajes, incluido Pinochet. Por orden del presidente de la Junta —a través de su edecán

62 Patricia Verdugo (1989): *Caso Arellano. Los zarpaos del puma*. Ediciones Chile América / CESOC, p. 174.

militar, teniente coronel Sergio Badiola— se autorizó la filmación que permitía rodar en Chacabuco y Pisagua. La autorización explicitaba que era “sin visita de detenidos”, pero en Chacabuco fue “con” visita de detenidos y entrevista al intendente Joaquín Lagos. Según el relato del filme, “impresionado por la alta procedencia del documento” este general se puso a disposición de los cineastas. “La orden expresa ‘sin visita de detenidos’ el hombre simplemente no la leyó”, agrega la locución en *off*. Luego, con el subtítulo sobreimpreso “en el helicóptero del general sobre el desierto de Atacama” se muestra una vista aérea de Chacabuco. El documento filmico es extraordinario.

A la distancia, después de conocer la pugna con Arellano, creo que no necesariamente fue una ingenuidad del general Lagos —o que siempre haya sido víctima de un engaño— la autorización y facilidades que otorgó para que se pudiera filmar en Chacabuco “con visita de detenidos”. A él le interesaba que hubiese un registro del “trato humanitario” que daba a “sus” prisioneros, en contraste con los crímenes que había cometido la Caravana de la Muerte.

Uno de los realizadores del documental —Miguel Herberg— relata que entraron en el Campo de Chacabuco “con el helicóptero del general Lagos de Antofagasta, con todos los honores. Allí me limité a rodar cuantas caras se me cruzaban y a preguntar a todos por sus nombres”<sup>63</sup>. Esto último era una prevención muy pertinente en la época ante una eventual “desaparición” del detenido. Su nombre e imagen se constituían en una prueba de su paso por Chacabuco. En el mismo documental el general Lagos se refiere a la situación legal de los detenidos, justificando políticamente que algunos “por su peligrosidad, a pesar de no tener cargos en su contra, deberán permanecer un tiempo más ahí hasta que comprendan que su camino estaba errado”. Era la doctrina que, entre amenazas y promesas, nos transmitió el general Bonilla.

---

63 Entrevista de Javier Esteban a Miguel Herberg: “Los rusos me entregaron las listas de todos los agentes de la CIA”. Herberg es autor del libro-video *Diario de un anarquista infiltrado en las filas de Pinochet 1972/74*. Sevilla, Las siete entidades, 2013.

## ¿Corazón de asesino?

No obstante, el general Lagos también se refiere a los prisioneros de una manera casi afectuosa cuando relata la noche de Navidad en Chacabuco:

... se hizo un acto religioso en el que todos ellos participaron, creyentes y no creyentes; fue un acto religioso que podía abarcar todas las creencias. Ahí ellos tienen coros de misas [...] y villancicos. Algo maravilloso. Los conjuntos que ahí se ven y las condiciones artísticas demostradas es algo que emociona y que llena de alegría el espíritu.

Indudablemente hay una verdad en el relato del general. Sin embargo, revela una contradicción perturbadora: los militares no tenían derecho a reivindicar como una dádiva nacida de ellos la realización de un hábitat construido por los prisioneros. (Lo hicieron en *El Mercurio* y otras notas de prensa). Ciertamente había concesiones de los oficiales, quienes debían autorizar las actividades más visibles. No obstante, era pertinente sospechar de una posible utilización abusiva del “bienestar” de los prisioneros en la propaganda de la dictadura, con el fin de desmentir las atrocidades que esos mismos prisioneros habían sufrido y que seguían siendo víctimas sobrevivientes de las violaciones de sus derechos más elementales en otros lugares de detención, momentos y por las órdenes de diversos oficiales. Con escepticismo razonable, y seguramente sin conocer el conflicto que estaba viviendo el general Joaquín Lagos, Miguel Herberg agrega en *off* una acotación sarcástica sobre la emoción del oficial: “sus víctimas son de primera categoría y eso le llena de alegría su corazón de asesino”.

La presencia de los alemanes coincidió con la visita de monseñor Fernando Ariztía, presidente entonces del Comité por la Paz y la misa que celebró con la participación del conjunto Los de Chacabuco. El despliegue de los documentalistas lo vimos con escepticismo. No sabíamos que eran de la República Democrática Alemana y que solidarizaban con nosotros. El criterio general resuelto por nuestro Consejo de Ancianos fue de presentarse con

sobriedad, en lo posible eludirlos y no entregar argumentos que la Junta podría utilizar contra los mismos prisioneros. La *troup* realizó varias tomas y entrevistas; a los periodistas, en la sala de redacción del diario mural; también a algunos médicos, entre ellos a Danilo Bartulín, quien había estado en La Moneda con el presidente Allende. Por mi parte, me alejé de esa filmación. Se pensaba que era una producción —de Eurovisión, se decía— para contrarrestar la pésima imagen internacional que tenía la Junta.

Para impresionar bien a las visitas, los militares autorizaron improvisar una exposición de artesanía. “Por orden del general Lagos”, según informa el documental. Los tallados en madera, los trabajos en ónix, los retratos, las acuarelas, las pinturas y xilografías, las figuras de metal y las alforjas hechas de arpillera; todo eso estaba ahí. Uno de los entrevistados fue Orlando Valdés, Caliche, quien hábilmente unió las dos historias de Chacabuco relacionando la artesanía hecha por los presos con vestigios de la historia de los trabajadores del salitre. Los cineastas también eran vigilados por los soldados y de vez en cuando se dividían el trabajo: unos entretenían a la guardia filmando ciertos objetivos, en tanto otros realizaban algunas entrevistas con mayor libertad.

El documental fue conocido con el título “*Yo he sido, yo soy, yo seré*” (frase de Rosa Luxemburgo), producido por Walter Heynowski y Gerhard Scheumann, financiado por la RDA, con imágenes obtenidas por el camarógrafo Peter Hellmich y el periodista español Miguel Herberg, quien trabajaba para la RDA y podía entrevistar en nuestro idioma<sup>64</sup>. En la ficha técnica<sup>65</sup> de la versión del año 2006, los nombres de quienes intervienen como entrevistados (según recogen los créditos del propio documental) son: “Augusto Pinochet (asesino). Joaquín Lagos (asesino). González Videla (asesino). F. Willoughby (asesino). El pueblo chileno (mártir)”. Esta

---

64 El año 2016, Miguel Herberg publicó su *Diario de un anarquista infiltrado en las filas de Pinochet 1972/74*.

El libro incluye el documental realizado por Saúl Valverde, *Extraña forma de vida*, una retrospectiva de la experiencia de Herberg en los campos de prisioneros del desierto de Atacama. Las imágenes de *Yo he sido, yo soy, yo seré* también están — con otra edición y locución— en el documental *Chile 73 o la historia que se repite* reivindicado por Miguel Herberg en el año 2006.

65 En: <https://www.rebeldemule.org/foro/filmoteca-no-ficcion/tema644.html>

dicotomía Miguel Herberg la reitera en una entrevista donde se atribuye una heroicidad a mi juicio desmesurada: “lo que yo hice en Chile costó alguna vida, pero salvó otras muchas. Pero unos eran verdugos y otros víctimas”<sup>66</sup>. El documental es valiosísimo, su filmación fue una operación muy arriesgada y fue un aporte significativo de la solidaridad internacional que, sin duda, contribuyó a liberar a muchas personas. Se estrenó en septiembre de 1974, en la RDA, cuando gran parte de los presos de Chacabuco ya estaban en libertad. Tratando de dimensionar lo inverificable, habría que decir que la salvación de vidas dependió de muchos y diversos factores que, en buena hora, se combinaron.

En este contexto pienso que el comportamiento del general Lagos no se ajusta al dualismo maniqueo —asesinos y mártires/verdugos y víctimas— que plantea el documental ni merece que desde ese razonamiento se le impute que tenía un “corazón de asesino”. Puede ser incómodo revisar y quizás corregir versiones construidas en otro contexto, pero reconocer, sin contumacia, una zona gris y que la vida no es en blanco y negro (aunque de esos colores sean los documentales) contribuyen a la humanización del relato. Es probable, creo, que los asesinatos perpetrados a espaldas del general Lagos pudieron influir en el ánimo de sus decisiones posteriores:

[...] Por esta razón y el hecho de no aceptar estos procedimientos, le pedí [a Pinochet] me relevara de mi cargo en Antofagasta, pues con lo obrado por el General Arellano había perdido mi ascendiente sobre la ciudadanía y también de la División a mi mando, toda vez que se había procedido en contra de las normas de respeto y justicia que se habían hecho públicas desde el 11 de septiembre de 1973. Por lo tanto, consideraba que no podía seguir en el Ejército y le pedía cursara mi expediente de retiro. [...] Todos en forma unánime me pidieron que no lo hiciera, dada las circunstancias que vivía el país; pero les representé que no aceptaba el atropello de que había

---

66 Entrevista a Miguel Herberg. “Los rusos me entregaron las listas de todos los agentes de la CIA”. Javier Esteban. Generación.net // 18 de abril de 2010. En: <https://www.rebeldemule.org/foro/filmoteca-no-ficcion/tema644.html>

sido objeto y, sobre todo estos crímenes que enlodaban al ejército y al país, sin respeto alguno de las normas legales existentes.

Contrariamente al actuar de la Caravana de la Muerte, el general Lagos —disciplinado y obediente respecto del golpe de Estado— entendía que con relación a los prisioneros “se trataba de que estuvieran en las mejores condiciones posibles y de que fueran sometidos a procesos con todas las garantías legales. Yo entendía que el pronunciamiento militar tenía como meta poner orden, apaciguar los espíritus y gobernar con justicia para todos los chilenos”<sup>67</sup>. También, según sus declaraciones para el documental, para que los detenidos estuvieran fuera de circulación “hasta que comprendan que su camino estaba errado”. Es la orientación que, al parecer, impartió para que se aplicara en Chacabuco, luego de conocer los crímenes de la Caravana de la Muerte. De estas pugnas e intrigas los prisioneros —al menos yo— no teníamos conocimiento.

El general Lagos continuó con sus cargos de autoridad en la zona hasta febrero de 1974, el mes en que salimos en libertad muchos prisioneros. Luego fue trasladado a Santiago. Ocho meses después fue llamado a retiro. ¿Influyeron estos crímenes en que el trato a los prisioneros de guerra de Chacabuco fuera más humanitario —o menos cruel— que en otros lugares? En ese sentido, ¿el coronel Von Krischman estaba en la línea del general Lagos al desautorizar al capitán Minoletti?

### General Oscar Bonilla

Al ser intendente regional en ese momento, el general Lagos estaba bajo la dependencia del Ministerio del Interior. Deduzco entonces que Pinochet y Arellano también se saltaron la autoridad del ministro del Interior, general de división Oscar Bonilla, quien estaba observando la situación. Quizás por ello, el 12 de octubre, advierte ante la Junta que debe haber una coordinación sobre la tuición de los prisioneros de guerra entre los ministerios del Interior y

<sup>67</sup> General Joaquín Lagos, entrevistado por Patricia Verdugo. Patricia Verdugo (1989): *Caso Arellano. Los zarpazos del puma*. Ediciones Chile América / CESOC, p. 241.

Defensa, “no debiéndose disponer movimientos de personal sin el conocimiento del ministro del Interior”<sup>68</sup>. Cuestión que no se estaba respetando. La misma mañana del 18 de octubre de 1973, cuando se recibió la información de que llegarían a Antofagasta Arellano Stark y su comitiva, el general Lagos recibió un llamado del general Bonilla: “me insinuaba la posibilidad de que las personas sometidas a proceso fueran defendidas por el Colegio de Abogados de Antofagasta”<sup>69</sup>. Una gestión inútil. Ese mismo 18 y el 19 de octubre se cometieron los asesinatos. El 24 de octubre, el general Oscar Bonilla, anunció que “la Junta Militar dispuso hoy la suspensión de toda ejecución sumaria y, al mismo tiempo, advirtió que la medida adoptada no significa de modo alguno que existirá tolerancia hacia quienes infrinjan la ley”<sup>70</sup>. Advertencia que reiteró cuando fue a Chacabuco en diciembre de 1973.

Los familiares de las víctimas, los abogados y la Iglesia preguntaron, pidieron explicaciones y fueron a tribunales por las personas asesinadas, desaparecidas y torturadas. La solidaridad internacional amplificaba las denuncias. Joaquín Lagos debió dar la cara en Antofagasta, por su lado, Oscar Bonilla recibía denuncias a nivel nacional.

Durante semanas —leo en *La historia oculta del régimen militar*— el general Bonilla reunió antecedentes sobre lo que estaba ocurriendo con las detenciones. Hasta que tuvo un caso concreto y completo: un comerciante que había sido secuestrado y torturado; que logró huir y que, en un acto de venganza, sufrió el secuestro de su hijo pocos días después. Con una carpeta conteniendo ese caso, Bonilla se presentó al Consejo de Generales de octubre y solicitó formalmente la destitución del coronel Contreras. Se le dio una respuesta evasiva: la situación se estudiaría<sup>71</sup>.

68 Sesión secreta de la junta militar, Acta N°19, 12 de octubre de 1973.

69 General Joaquín Lagos citado en Patricia Verdugo (1989): *Caso Arellano. Los zarpa-zos del puma*. Ediciones Chile América / CESOC, p. 164.

70 Diario *El Día*, de La Serena, jueves 25 de octubre de 1973, con el título “Suspendidos los ajusticiamientos”. En Patricia Verdugo (1989): *Caso Arellano. Los zarpa-zos del puma*. Ediciones Chile América / CESOC, p. 246.

71 Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda (1997): *La historia oculta del régimen militar. Memoria de una época, 1973-1988*. Santiago, Grijalbo, p. 48.

También acogió una denuncia de torturas cometidas en Tejas Verdes, que también lo enfrentaba con Manuel Contreras. “Hubo una época — cuenta un hijo del general Bonilla— en que abogados prominentes de derechos humanos fueron a visitar a mi padre y le dijeron que había torturas, desapariciones. Mi padre les dijo que se fueran, porque eso no podía ser cierto en una institución como el Ejército. Pero había también personas que le iban a tocar el timbre a mi madre para denunciar cosas. Ella tomaba nota y le contaba a él. Hasta que un día el cardenal [Raúl Silva Henríquez] llama a mi padre y le dice que vaya a la Escuela de Ingenieros de Tejas Verdes sin contarle a nadie. Mi padre eso hizo”<sup>72</sup>.

El 15 de mayo de 1974 se apersonó de sorpresa en el lugar, a pesar de que “eso no podía ser cierto”, según su primer impulso de negacionismo. El episodio lo contó el mismo general Bonilla:

Tomé mi helicóptero con mi ayudante y me trasladé a la Escuela de Ingenieros de Tejas Verdes. Le dije a su comandante, el coronel Manuel Contreras, que quería visitar los calabozos, titubeó, pero tuvo que llevarme. En mi recorrido me encontré con hombres que estaban tendidos boca abajo en el suelo, otros desnudos y amarrados, algunos colgados de los brazos y con el cuerpo en el aire. Se podía percibir que habrían sido golpeados o torturados. Cuando comprobé que la realidad era más horrible de lo que me habían dicho, llamé al subcomandante y le comuniqué que él asumía el mando y que el coronel Contreras quedaba arrestado para someterlo a proceso<sup>73</sup>.

“A la semana — agrega Eduardo Bonilla—, Contreras quedó en libertad y fue trasladado a Santiago a cargo de la DINA. Yo creo que mi padre ahí firmó su sentencia de muerte”<sup>74</sup>. Por su parte, la actriz Gloria Laso, que estuvo secuestrada por la DINA

---

72 Ivonne Toro Agurto/La Tercera: Eduardo Bonilla Menchaca: “Chile golpista. Pugna entre sediciosos: el asesinato del general Bonilla”, CCTT. <https://cctt.cl>. Consultado el 2 de abril de 2023.

73 Declaración de General Oscar Bonilla, noviembre de 1974, citada en Freddy Timmermann: *Su Más Amargo Cáliz. El Cardenal Silva Henríquez Frente a la Violencia del Régimen Cívico-Militar*. Chile, 1973-1975, p. 61.

74 Eduardo Bonilla, hijo del general, *La Tercera*, agosto 2019. El general Oscar Bonilla murió el 3 de marzo de 1975, al estrellarse el helicóptero cuando regresaba a

en el centro clandestino de Cuatro Álamos, relató un episodio que se suma a esta pugna: “A mí me soltaron y estoy viva gracias al general Bonilla, quien le dijo a mi papá que me iban a soltar. El señor Contreras insistía en que no; tuvieron un enfrentamiento entre ellos y Bonilla consiguió que me soltaran. No sé qué precio habrá pagado, porque muy poco después se le cayó el helicóptero”<sup>75</sup>.

Oscar Bonilla tenía un halo populista, en la prensa ocupaba portadas de diarios visitando poblaciones y centros de trabajos. También denunciando que: “La Unidad Popular pensaba liquidar a las FF.AA.”<sup>76</sup>. Un “líder liberal al interior de la Junta”, según el *New York Times*. “El general del pueblo”. A muy poco de asumir la Junta —relata el cardenal Raúl Silva Henríquez en sus Memorias—:

Bonilla era una pieza clave para ayudarnos a resolver la situación de muchos detenidos. [...] Había iniciado visitas sorpresivas a las poblaciones marginales, y una vez, a propósito de una denuncia nuestra, llegó a hablar en televisión para advertir al público de cómo debían comportarse reglamentariamente los militares. Creía de verdad que ciertos desmanes podían ser producto de elementos infiltrados en las FF.AA.<sup>77</sup>.

Muy luego se percibió su rivalidad con Pinochet. De hecho, en la conspiración para el golpe estuvo antes de Pinochet. Si este último no se plegaba al golpe, su lugar lo iba a tomar Bonilla.

Helmut Frenz, pastor luterano que participó en la fundación de la Comisión Nacional de Ayuda a los Refugiados, CONAR y —junto al cardenal Raúl Silva Henríquez— de la fundación del Comité de Cooperación para la Paz en Chile, reconoció la ayuda del general para salvar a los refugiados. Y agrega algo sorprendente:

---

Santiago desde la localidad de Romeral. Falleció junto a toda su comitiva. Nunca se conoció el resultado del sumario iniciado por la FACH.

75 Actriz Gloria Laso da dramático testimonio de su arresto por la DINA. Fuente: [www.emol.cl](http://www.emol.cl). Consultado el 2 de abril de 2023.

76 *El Mercurio*, sábado 15 de septiembre de 1973. Primera plana.

77 Cavallo, Ascanio (1991): *Memorias: Cardenal Raúl Silva Henríquez*, volumen II, Editorial Copygraph, p. 16.

“Debo decir que tuve conversaciones con Bonilla, algunas veces los dos solos, donde me dijo cosas increíbles, casi como confesiones: Señor obispo, yo sé, estoy consciente de lo que está pasando en este país; trato de pararlo, pero no tengo poder para eso”<sup>78</sup>.

## Rehenes

La misión de Arellano Stark era “agilizar y revisar los procesos de las personas detenidas”. El resultado fue macabro. Se podría decir que Bonilla tenía el mismo encargo cuando fue a Chacabuco. Pero no había “procesos” que agilizar. No teníamos cargos ni juicios ni condenas. Considerados activistas marxistas nos “sacaban de circulación” para desarticular a la izquierda e impedir que participáramos en la reorganización de los partidos. Secuestrados, éramos militantes tomados en prenda para inhibir acciones de resistencia a la dictadura que se estaba instalando. Se aclaraba así la categoría de “detenidos provisorios” con que nos había calificado el coronel Espinoza. Éramos rehenes, víctimas potenciales de represalias. Esto último nos lo dijo directamente Oscar Bonilla.

En diciembre de 1973, el general bajó de un helicóptero en el Campo de prisioneros, en medio de una polvareda. Un jeep con una escolta fuertemente armada lo acercó a los prisioneros. Nos reunieron en el comedor donde profirió una amenazante arenga, no exenta de demagogia, que ilustró con una “parábola de las manos”: la dura, para quienes persistieran en su extremismo antipatriota, y la blanda, para quienes se sumaran a la reconstrucción nacional. En tanto, sabiendo que no estábamos condenados por algún tribunal, aclaró que éramos rehenes, que estábamos “retenidos por lo que hicieron o lo que quisieron hacer”. Advirtió que, si nuestros compañeros “de afuera” cometían una acción contra los militares o de rescate, la represalia empezaría con los prisioneros y seríamos fusilados: “Si me dan una patada, yo les daré cincuenta”.

De inspección en Chacabuco pasó del tono golpeado de su amenaza, al rol del torturador bueno. Era un político. Prometió

<sup>78</sup> Citado en Freddy Timmermann: *Su Más Amargo Cáliz. El Cardenal Silva Henríquez Frente a la Violencia del Régimen Cívico-Militar. Chile, 1973-1975*, p. 61.

unas comisiones de fiscales que aclararían la situación legal de cada uno. En el encuentro tomaron la palabra algunos prisioneros. Me impresionó un verdadero discurso de Patricio Hurtado, quien se atrevió a encararlo, con voz firme, planteándole nuestra situación legal.

Cercano a la Democracia Cristiana, Bonilla había sido jefe de la casa militar y edecán del presidente Frei Montalva. Probablemente Patricio Hurtado, que había sido diputado democratacristiano en esos años, conocía desde antes al ministro. Es decir, el general sabía quién le hablaba y que no estaba frente sólo a “marxistas peligrosos”. Igualmente, su visita no fue tranquilizadora. Nunca llegaron los buses con dichas comisiones. Lo que se prestó, por supuesto, para bromas —incluida una cueca— y caldos de cabeza.

### Nobleza obliga

Quienes estuvimos en Chacabuco pudimos ser detenidos desaparecidos. Sin embargo, desde nuestra llegada al Campo de prisioneros se supo cuál era nuestro paradero. Teníamos un domicilio para la correspondencia, nos podíamos hacer retratos y contar en las cartas quiénes eran nuestros compañeros de casa y las actividades que hacíamos. Con autocensura, pero toda información valiosísima para quienes buscaban a sus familiares y acreditar que estábamos vivos. Muchos tuvimos visitas de familiares que pudieron constatar nuestra situación. Esperábamos un proceso —un juicio, la visita de unos fiscales— que nunca existió para la mayoría de nosotros.

La Caravana de la Muerte de Arellano Stark era —en una descripción macabra— para “apurar los procesos”. Luego de las ejecuciones, venía la desaparición de los cuerpos y la negación de que esos presos habían existido. Por ello Patricia Verdugo escribe un homenaje al general Joaquín Lagos “porque se negó a cumplir la orden de ocultar los cadáveres y transformarlos en detenidos desaparecidos”. Todo eso pasó un mes antes de nuestra llegada a Chacabuco. El exterminio estaba en la cabeza —y en la acción— de

los militares<sup>79</sup>. Afortunadamente, no de todos. “No hay cómo contar las estrellas por los prisioneros políticos que salvaron su vida gracias a él. Porque fue su enérgica protesta ante Pinochet y su renuncia indeclinable al Ejército lo que detuvo el trágico accionar de esa misión militar al mando del general Arellano”, escribió Patricias Verdugo al otro día del fallecimiento del general Lagos<sup>80</sup>.

Sin la perspectiva con que escribo estas líneas, al testimoniar sobre el Estadio Nacional<sup>81</sup> me referí al caso del mayor Iván Lavanderos Lataste, quien se la jugó por salvar a los presos uruguayos, que entregó a Harald Edelstam, entonces embajador de Suecia. La osadía, el acto humanitario del oficial, le costó la vida. También en el Estadio me impactó la reacción de un suboficial que se acercó a los presos cuando vio a Mario Céspedes, personaje al que admiraba: “yo no soy nadie para vigilar a gente como don Mario... a gente como toda la que hay aquí...”. El soldado tenía vergüenza y lloró. Fui testigo de la escena. Así, más allá de “la guerra” y “la obediencia debida”, no faltaron los militares que experimentarían esa picazón moral, el desasosiego ético, ante el abuso de poder o, como el general Lagos, la decepción profesional o vocacional: “Fue y es un dolor tan enorme, un dolor indescriptible. Ver frustrado lo que se ha venerado por toda una vida: el concepto de mando, el cumplimiento del deber, el respeto a los subalternos

---

79 El 28 de febrero de 2022 se hizo público el documento “Reflexión sobre las actuaciones del Ejército y sus integrantes en los últimos 50 años y sus efectos en el *ethos* militar”, elaborado por el excomandante en jefe del Ejército, Ricardo Martínez Menanteau, que cuestiona los métodos utilizados en dictadura. Sobre el actuar del general Sergio Arellano Stark, afirma que su paso con la Caravana de la Muerte dejó una «huella de ejecuciones que afectó gravemente a la institución y que significó posteriormente que integrantes del Ejército, en su mayoría de baja graduación jerárquica, fueran procesados y condenados». También critica a Pinochet, por haber nombrado al general Arellano Stark como delegado. «Los capitanes, tenientes o suboficiales no tenían otra posibilidad más que la de cumplir las órdenes de sus superiores bajo el normal apercibimiento de un eventual juzgamiento por Consejo de Guerra pudiendo hasta ser fusilados en el lugar de los acontecimientos». En esa línea se reitera que «no se puede violar derechos internacionalmente establecidos, que incluyen la prohibición de la tortura, la prohibición de ejecuciones sumarias, la no discriminación, y el respeto a los detenidos».

80 Muerte de Joaquín Lagos remece a Patricia Verdugo, autora de *Los zarpazos del Puma*. Emotiva despedida al general que se enfrentó a Pinochet. *Las Últimas Noticias*, sábado 12 de abril de 2003.

81 Ya hablamos de ese caso en *Frazadas del Estadio Nacional*.

y el respeto a los ciudadanos que nos entregan las armas para defenderlos y no para matarlos”<sup>82</sup>.

## El prófugo

El entonces capitán Carlos Humberto Minoletti Arriagada, que había cumplido 30 años el 12 de septiembre de 1973, estaba a cargo de la compañía de ingenieros del regimiento de Calama. Desde ese cuartel llegó a la oficina salitrera para darnos la “bienvenida”. Nunca fue olvidado ni dejado fuera de los relatos sobre este Campo de prisioneros. El terror habría sido mayor si hubiésemos sabido las misiones que el oficial había llevado a cabo apenas un mes antes, a espaldas del general Lagos.

Efectivamente, Minoletti fue quien escogió a los fusileros que ejecutaron el 19 de octubre de 1973, en el sector Topater del desierto de Atacama, a las víctimas de la llamada Caravana de la Muerte. También fue el encargado de darles el tiro de gracia a los moribundos. De acuerdo con las investigaciones, en Calama hubo un total de 26 presos políticos ejecutados, cuyos cuerpos en primera instancia fueron inhumados ilegalmente.

Según el expediente judicial, “en la noche del mismo día Minoletti comandó la inhumación clandestina de los cadáveres en una fosa excavada en pleno desierto, no sin antes ordenar a sus hombres cortar los cadáveres para robarles los anillos de oro o plata que llevaban”<sup>83</sup>. Cuando Minoletti inició el ocultamiento de los cuerpos en el desierto, entre quienes verificaron el estado de los cadáveres estaba el capellán del regimiento Luis Jorquera Molina, sacerdote-militar que también llegó con Minoletti a Chacabuco. Respecto de los ejecutados, el capellán se ocupó de engañar a los familiares diciéndoles que se desconocía el paradero de los cuerpos

---

82 General Joaquín Lagos Osorio, comandante en jefe de la Primera División Ejército de Chile 1973. En Patricia Verdugo (1989): *Caso Arellano. Los zarpazos del puma*. Ediciones Chile América, CESOC, p. 286.

83 Véase: [http://www.memoriaviva.com/criminales/criminales\\_m/minoletti\\_arriagada\\_carlos.htm](http://www.memoriaviva.com/criminales/criminales_m/minoletti_arriagada_carlos.htm)

y que los prisioneros habían muerto al intentar fugarse durante un traslado.

Luego, en 1976, el mismo Minoletti habría participado en la denominada operación “Retiro de Televisores”, la cual consistió en desenterrar los cadáveres que habían sido sepultados de manera clandestina. Minoletti ubicó la fosa para la exhumación y participó en ella. Se hizo con una excavadora que desintegró la estructura ósea de los cuerpos. Posteriormente, los echaron en sacos, fueron trasladados al aeródromo de Calama y subidos a un avión Fach C-47. Les amarraron trozos de rieles para que se hundieran y los arrojaron al mar.

Minoletti se retiró con el grado de mayor y, según cuenta él mismo, en 1986 se fue a vivir a los Estados Unidos, a Miami: “lugar donde establecí mi nuevo hogar, trabajé, nacieron mis hijos y con mi esposa nos hicimos ciudadanos estadounidenses”<sup>84</sup>. Por los crímenes mencionados fue procesado en distintas causas y en uno de sus viajes a Chile fue detenido. Desde noviembre de 2007 permaneció un tiempo en prisión preventiva. Por razones humanitarias se le concedió la libertad provisional, sujeta a una orden de arraigo, que supone una prohibición de abandonar el país. Dejó de acudir a firmar el libro de encausados por crímenes de la dictadura y huyó hacia los Estados Unidos sin que quedara registrada su salida del país, al menos con su nombre real. Carlos Humberto Minoletti Arriagada es un criminal prófugo, con orden de captura. Imperdonable.

Nuestra situación no dejaba de ser injusta, sin embargo, era un “mal menor” comparado con la suerte de las víctimas de la Caravana de la Muerte. Nada de que alegrarse. Pienso en Carlos Berger (conocí a su madre, Dora Guralnik, quien se suicidó cansada de buscar por años los restos de su hijo) y, por supuesto, en Jorge Peña Hen, el músico que escribió una melodía con un palito de fósforo horas antes de ser ejecutado.

---

84 Carta pública del mayor(r) Carlos Humberto Minoletti Arriagada al ministro vocero de la Corte Suprema de Chile, Milton Juica Arancibia. Firmada en Santiago de Chile, el 18 de noviembre del 2009.



## VIII

### Despedidas y regresos

La solicitud de libertad para los menores de edad dio resultado. En una de las listas más grandes que se leyeron estaba mi nombre “propuesto para la libertad” entre otros cuarenta compañeros. Después de la retreta me felicitaban, con regalos y recados. Estaba conmovido. ¡Me quería despedir de todos! Ese anochecer mi paseo normalmente tranquilo se convirtió en un torbellino de mil caras e imágenes. Quise empaparme de Chacabuco y sus historias. Conjugar la belleza del silencio y la soledad de la oficina salitrera con la tristeza de la alambrada. Mi divagar fue interrumpido por unos disparos y la orden de “guardarse” en las casas. Muchos balazos se escucharon. Luego un silencio mortalmente largo, que fue interrumpido por el bullicio de la vida normal de los prisioneros, pero más tarde los estampidos volvieron, nuevas ráfagas y nuevamente el silencio. Más denso, más misterioso. Yo, en mi camarote. Podía ser la última noche y necesitaba soñar.

Al otro día, en la primera formación, el oficial estimó prudente “explicar” los balazos de la noche anterior: “las primeras ráfagas se debieron a un automóvil que tuvo una *panne* en la carretera vecina. Los guardias advirtieron para que no se acercara nadie al campo ni pisara las minas”. Los segundos disparos: “a un soldado se le disparó el arma. Murió sirviendo a la Patria”. Efectivamente, se trataba del soldado que nuestros médicos trataron de salvar y para quienes muchos presos donaron sangre. Me quedé reflexionando sobre lo sucedido la noche anterior; pensaba en lo paradójal del momento de los disparos. De alguna forma los

estampidos unían a los jóvenes: unos pensaban en la libertad próxima y otro moría cumpliendo un Servicio Militar Obligatorio, con quizás qué problemas de conciencia por las órdenes que en ese momento tenía que cumplir. Pensaba también en la reacción de los prisioneros que demostraron una humanidad que probablemente los militares jamás imaginaron encontrar entre los “marxistas, peligrosos, indeseables y antipatriotas prisioneros de guerra” que recibieron los Minolettis. Inmediatamente después de este forzado y poco convincente “informe”, el oficial leyó la lista de quienes abandonaban ese día el Campo de concentración. Nos formamos ante el comandante de seguridad, nos chequeó y ordenó que nos retiráramos hacia nuestras casas a ordenar nuestras pertenencias para la partida.

### De Chacabuco al Estadio Chile

A modo de despedida recibí una hoja colectiva con buenos deseos y saludos al “joven poeta”. Guardé mi ropa en mi bolso marinero y recorrí el resto de mi equipaje: muchas cartas solidarias, *El Principito*, *El lobo estepario*, *Las décimas de Violeta Parra* y *El poder y la gloria*, mis libros. Varios poemas, un diploma hecho por mis compañeros, dibujos de niños y de presos, un choquero, una experiencia inolvidable... y unos inmensos zapatos de Manuel Cabieses, sobre los cuales nunca me atreví a preguntar qué mensaje podían llevar escondido.

Me acompañaron hasta la alambrada, entre otros, aquellos a quienes llegué a estimar más. Estaban conmigo Rafael Salas, mi primo Raúl Díaz, Dennis Flores y Manuel Cabieses. Me llevaron mis bultos, me conversaban atropelladamente (o el atropellado era yo), me abrazaban y repartían “buenas suertes”. Los buses esperaban. Había que formarse, entregar la frazada, el tazón y la cuchara. Estábamos en el ansiado “otro lado de la alambrada”. Adentro se agitaban pañuelos con alegría y pena, algunos quedaban más solos: se les iba el mejor amigo (o se nos quedaba el mejor amigo). Después volverían a sus casas a seguir con sus tallados, dibujos

o canciones a la espera de la próxima lista. Los buses ya partían. Faltaba poco para la libertad.

Nos alejábamos lentamente. La visión de conjunto era triste. Las torres, la alambrada, los tanques... ¡parecía increíble haber estado ahí! Nos perdíamos surcando el largo canal de cemento que dividía la pampa. El Campo de concentración se veía más chico, como una isla, como una semilla envuelta en púas. Como una castaña.

Los buses nos llevaron directamente al aeropuerto de Cerro Moreno en Antofagasta. Ahí nueva formación, otra lista y numerarse de nuevo. Después de haber esperado mucho rato y de mear escoltados, en fila y en “tres tiempos”, nos hicieron subir a un avión de la FACH. Volamos tranquilos, silenciosos, vigilados por un guardia que se paseaba con un fusil automático por el pasillo. Por las cabezas de los aún “prisioneros de guerra” pasaban mil cosas diferentes. Por mi parte, nunca había viajado en avión. No dejaba de ser un acontecimiento.

Sobrevolamos Santiago. Reconocíamos plazas, iglesias, monumentos, el ex-Congreso, La Moneda destruida, todo eso tan familiar y nuevamente cercano. Aterrizamos en uno de los Grupos de la FACH, en Cerrillos. El recibimiento fue impactante. El avión estaba completamente rodeado por soldados con fusiles ametralladoras y por otros apostados en la loza con ametralladoras P/30. Nos insultaron, empujaron, y como un rayo mis costillas revivieron los culatazos recibidos en mi casa, la Escuela Militar y el Estadio. Nos amontonaron en algunos buses y nos llevaron sumamente vigilados hasta el Estadio Chile. Ya antes de ingresar estábamos en el suelo, injuriados y con hambre.

Tuvimos que dormir una noche en el Estadio Chile, un buen lugar para tener una noche de balance, de recuerdos. Volvían muchas cosas a nuestra mente: las manos en la nuca, el hambre, las baldosas duras, el frío, el guardia grosero, la oscuridad y las graderías. Algunos ya habían pasado antes por “el Chile”. Era ineludible pensar en Víctor Jara y en que ahí había escrito sus últimos versos (“¿Es éste el mundo que creaste, Dios mío?/ ¿Para esto tus siete días de trabajo?/ En estas cuatro murallas hay un número/ que no progresa,/ que lentamente quiere más la muerte...”). Recorrí los rostros de

los prisioneros permanentes de ese estadio. Me topé con el de Luis Vitale y recordé a este historiador, nacido en Argentina, cantando “El arriero va” en nuestro camarín del Estadio Nacional. También estaba el senador Ernesto Araneda. Se encontraban hacinados ahí desde que evacuaron el Nacional. Desde donde yo los miraba, la cancha semejaba un inmenso foso oscuro, casi sin espacio para caminar donde los prisioneros tenían grandes problemas a la vista.

Estábamos muy cansados. Dormimos profundamente sobre las baldosas. Al otro día cuando desperté el resto ya caminaba nervioso por los pasillos. Era muy temprano. Se recordaban anécdotas, sobrenombres, se intercambiaban direcciones (a pesar de la prohibición de que los prisioneros nos viéramos después) y se contaban proyectos. Ya al mediodía nos tuvimos que formar y llenar una ficha en la que afirmábamos no haber sufrido “daños físicos ni morales” y acatábamos en toda su magnitud el significado de la “libertad condicional”. Luego nos tomaron fotos de frente y de perfil luciendo un número que significaba que las FF.AA. nos recordarían siempre.

Mientras esperábamos el resultado de las fotos y la orden para salir, algunos compañeros me pidieron que les dictara el poema “Así es el choquero” y las “Casas de Chacabuco”. Otros querían que se las copiara yo mismo, lo hice con emoción y sinceramente agradecido. Ahí, en una pequeña rueda de *compadres* leí el último poema que hice en Chacabuco: “Dijo ser rey”, de evidente resonancia cristiana. Termina con los siguientes versos:

[...] Y cuando el chasquido/ de mi fusta calle/ y el templo/ vacío  
esté de mercaderes;/ entonces,/ las espinas,/ el odio y el vinagre,/ el  
escarnio y el llanto/ se convertirán/ en bienvenida al centurión arre-  
pentido/ en dulzura, poesía y trabajo;/ porque el hombre resucita  
siempre/ encarnándose en los hijos/ y la esperanza cristiana/ tiene  
cara de niño.

Se compartió en voz baja, como un recado prohibido. Fue como leer en una catacumba, con la sensación de que valía la pena dejar esos versos en el aire, que parecían una oración. Fue mi primera lectura pública (Cincuenta años más tarde, el 12 de

septiembre del año 2023, leería en ese mismo lugar y por segunda vez en público ese mismo poema).

Ya fichados, llegó la hora de ver el sol. Un carabinero pasaba lista y el “personal” nombrado tomaba sus bultos, firmaba un último papel e iba saliendo. Esperaba mucha gente afuera. Estallaban abrazos, risas y llantos de alegría. Se me abalanzaron muchos parientes y novias para preguntarme por sus prisioneros. Tuve que contestar que estaban bien y que “él” saldría pronto, cualquier cosa tranquilizadora. Era necesario, porque él no estaba entre los libres. A otros no los conocía o sus nombres no me evocaban una cara específica. El futuro seguía siendo incierto. Probablemente entre quienes preguntaban por sus parientes estaban quienes serían conocidas como familiares de los detenidos desaparecidos, categoría que no se asumía todavía en toda su magnitud. Yo y mi bulto partimos hacia la Alameda. Hacía calor, el día lo encontraba muy hermoso. Era verano, el calendario sudaba febrero. Estaba libre. A media cuadra de la prisión pensaba dónde ir. Los militares habían asaltado mi casa, obligado el asilo del resto de sus habitantes. Mi hogar ya no existía. La dictadura me había convertido a los 19 años en un estorbo. En un estudiante sin escuela, en un ciudadano sin dirección ni trabajo, en un militante con su libertad condicionada y fichado, objeto de una extendida desconfianza.

(¿Por qué andaba libre? ¿Era un cebo para detener a quienes se me acercaran? Los que sabían que había sido detenido pensaban dos veces si era prudente conversar conmigo. ¿Qué había hecho para quedar libre? La desconfianza se instaló el mismo día del golpe, cuando se desenmascararon los infiltrados y se promovió la delación y el soplónaje. ¿Había que sentir culpa o vergüenza por estar vivos?).

Para algunos, contar esta “libertad dentro de la prisión” les puede parecer frívolo, una suerte de *cautiverio feliz*. La creatividad, el humor, el compañerismo, nos ayudó a sobrevivir. Y ahí estaba la poesía. Para mí, que escribo desde esos días y que he convertido la escritura en un oficio necesario, el sucucho fue mi primer taller literario. Así lo veo a la distancia. Lo recuerdo con paradójica nostalgia, a pesar de los sufrimientos que nos causaba la injusticia. *Nostalgia* es una palabra pertinente. La vieja palabra que

en su origen significa “regresar al dolor”. Y este ejercicio de retorno a Chacabuco también es doloroso. Se trata de hacer memoria *de todo* para rescatar con gratitud ciertos pasajes.

Son memorables los poemas, los libros, las recitaciones de Rafael Eugenio Salas y el fragmento final de su “Canto nuestro”:

Y mañana/ cuando este pueblo recobre su silencio salado/ y nuevamente se apague la llama en los fogones/ y enmudezcan los cánticos de criolla liturgia/ y flameen los sacos en las piezas vacías/ y la soledad/ arrastre por las calles su canción de arena,/ ese día/ brotará entre nosotros más fuerte, más lozana/ la flor que conservamos en el fondo del alma,/ pero/ habrá que cuidarla como al hijo recién engendrado/ y será una flor de amor, de amor concreto/ plantada labio a labio/ y será un parto plural definitivo/ desde la eterna nieve hasta la sal oceánica/ desde la arena al tímpano/ y se extenderá más allá de nosotros/ en vendimias moradas y pétalos de cobre/ en sinfonía de manos y cerebros/ y no habrá ya volantines rotos/ ni guitarras sin dedos/ ni crípticas palabras/ ni huidizo pan ni orfandad al acecho/ Porque desierto, torre, bronce, viento,/ focos, muro, noche, estrellas,/ madera, voces, tierra, cerca,/ norte y tiempo/ son un trozo de historia/ tuya y mía/ historia nuestra.

Esperando un bus recordé lo hermoso y primaveral que amaneció aquel 11 de septiembre y cómo se nubló y llovió con la llegada de la muerte. Chile iniciaba su largo invierno. No sabía a dónde ir. Lo único que tenía claro es que deseaba seguir escribiendo. Cincuenta años después, es lo que hago en esta página.

## Regresos

Nunca he sido indiferente a las noticias referentes a Chacabuco y a los compañeros que estuvieron en ese campo. Cuando hay terremoto en el norte pienso en el ya derruido pueblo abandonado, en la techumbre del teatro, que se vino abajo, en los proyectos de restauración. En el pillaje que roba metales y madera. Siempre estoy regresando, de diversas maneras.

## Año 2000

En el mes de julio pasaron cosas extraordinarias que “me llevaron” al norte. Nevó en el desierto de Atacama, el mismo donde está Chacabuco (y hablo *de cierto* Chacabuco). Nunca nevó cuando estuvimos presos. ¿Cómo será ese pueblo fantasma cubierto de nieve? Hubo un prisionero que sí lo imaginó. Francisco Aedo hizo una acuarela de un Chacabuco nevado. Una visión soñada en 1974, de un recordado compañero que está desaparecido y sin embargo presente por estos rastros y sueños que nos dejó. En la acuarela cae la nieve tras la alambrada. Nevó en Chacabuco. La nieve ya se derritió, prometiendo un desierto florido. Fue un mes insólito. Los tribunales discutían el desafuero de Pinochet. En la Plaza de la Constitución, frente a La Moneda, se inauguró la estatua de Salvador Allende. El palacio estaba abierto para que la gente pudiera cruzar los patios hacia la Alameda.

Yo trabajaba en un Departamento de Cultura del Ministerio de Educación. Conversaba con mucha gente. En esos días fue a la oficina la hija de Marcelo Concha: lo recuerdo cantando en el conjunto folclórico de Chacabuco. Está desaparecido, como Francisco Aedo. El mismo día estuvo la hija de Guillermo Torres, periodista del diario mural de Chacabuco, con quien compartimos exilio en Roma. Nos vemos de vez en cuando con otros exprisioneros. Ambas buscan trabajo. Son grandes. Inteligentes. Dejaron de ser niñas. Como la Natalia, mi hija que nació fuera de Chile. Y sigue lejos de Chile. Me llamó para contarme que sería mamá. Ya soy abuelo.

El mismo mes vi en la televisión al cuidador de Chacabuco, Roberto Saldívar, presentado como exdetenido y sobreviviente del mismo lugar. En el reportaje televisivo, se encontraba — en un tono dramático y de reconciliación — con un exguardia del Campo de prisioneros. En esos días me llega un correo electrónico que me avisa que un amigo hará un documental en Chacabuco. Ojalá con la participación de exprisioneros. Así que colaboré en el guion. Hay muchas formas de volver. Y me fui acercando a un regreso físico. Para aprovechar el viaje, en el ministerio encargamos una

placa de bronce para poner en Chacabuco. Algo concreto para el equipaje.

En el año 2000 regresé a Chacabuco. Un retorno fugaz, invitado por el cineasta Gastón Ancelovici, para colaborar, junto a otros compañeros, en el documental *Chacabuco, memoria del silencio*. Viajé junto a Rafael Salas y Ángel Parra, ambos entonces con residencia en Francia originada en un exilio interminable.

## Don Roberto

Nos abrió el portón Roberto Saldívar, el mismo que había visto en la *tele*. Nos estaba esperando. Con familiaridad nos dio la bienvenida. “Están en su casa”, nos dijo. Y nos mostró la suya. El escritor Hernán Rivera Letelier, un gran cazador de duendes y fantasmas, se sumó a la filmación y a la charla. Ya se conocían. Con Hernán pusimos la placa conmemorativa al interior de una habitación sombría en la casa de don Roberto:

En este lugar estuvo prisionero don Waldo Suárez, quien fuera Subsecretario de Educación del gobierno del presidente Salvador Allende y, como tal, firmó el decreto que declaró a Chacabuco monumento nacional. Waldo Suárez murió al poco tiempo de salir del Campo de prisioneros.

En su homenaje y en el de todos los educadores, estudiantes y trabajadores del arte y la cultura que sufrieron la pérdida de la libertad, este modesto recuerdo.

El texto, fechado en septiembre del año 2000, lo firma Alejandro Traverso, secretario regional ministerial de Educación de la Región Metropolitana. La tarea me correspondió en tanto jefe del Departamento de Cultura. Instalado el homenaje, conversamos con don Roberto. Nos contaba de su vida y de su enigmática decisión de vivir solo, de ser el único habitante de Chacabuco.

Vivía solo, muy modestamente, como cuidador y guía del monumento histórico. Era su trabajo, encomendado por la Intendencia Regional. Ya en democracia, en 1992, se ofreció para cuidar

el lugar y evitar el vandalismo y el saqueo de madera y maquinarias de la salitrera. También para atender a los turistas que llegaban interesados por la historia de la industria del salitre o de un campo de concentración de la dictadura. Dos hitos que se podían articular en el relato de un sobreviviente: Saldívar contaba que había estado en Pisagua, en tiempos de la ley maldita, en 1947. Acusado de ser un agitador profesional, le colgaron la chapa de comunista —contó— sin haber sido militante de ese partido. Además, en Pisagua habría conocido a Pinochet cuando este era capitán. En esos días Roberto Saldívar, nacido en 1933, habría tenido unos 14 años. Tremenda historia. Además, dio a entender que vivió en Chacabuco cuando era un niño al que le gustaba el desierto. En su relato también incluía que tras el golpe de 1973 había estado preso en la misma salitrera (*El Mercurio* dice que estuvo detenido, pero no es cierto).

Todo ese pasado alimentó una versión de sí mismo —el “guardián de la memoria”, como lo llamó Gastón Ancelovici— que compartió durante 15 años con los visitantes. Daba a entender que había estado como preso político y aparecieron algunas anécdotas que nos parecían conocidas, pero sin don Roberto en el recuerdo. Sabía muchas anécdotas que le contaban los ex prisioneros que, con extraña nostalgia, visitaron el lugar (“Están en su casa”) y pudieron conversar un vino en la única casa habitada del pueblito. Cada visita compartía su propia memoria y los mitos chacabucanos heredados y heredables. Don Roberto fue haciendo suyos esos recuerdos. Con la picardía que tiene todo guía turístico, construyó un libreto para hacer un relato interesante, ameno, misterioso. Se construyó un personaje, como el actor de una tragedia: sentencioso, solemne, solitario, dominando el silencio en un escenario magnífico que lo acercaba a la felicidad. Eligió esa vida. De sí mismo decía ser medio Quijote, medio loco, que tenía una misión y que sabía lo que estaba haciendo. “Acá se me escucha —dijo en una entrevista—, en la ciudad no me van a escuchar”. Abrir el portón era como descorrer las cortinas de un teatro.

Entre quienes fueron presos políticos, nadie lo recuerda. Sí reconocen las anécdotas y cómo Saldívar eludía responder las preguntas directas sobre la prisión política, especialmente cuando

se las hacía alguien que sí estuvo detenido. Para algunos era una simulación enojosa, pero yo no podría decir que era un impostor ni culpable de un fraude. Se asignó un rol para hablar por el lugar y las personas que ahí estuvieron en distintos momentos, y lo convirtió en su trabajo. Quizás, como otras personas en torno a diferentes situaciones, se construyó un lugar en una historia que hizo propia y que le daba sentido a su querida soledad y a los fantasmas. A nadie le hizo daño con sus recuerdos prestados. En cierto sentido nos representaba a todos, con nuestras verdades y mitos. Una metáfora del país.

Solitario, con sus baldes y la escasa agua del lugar, don Roberto reemplazó a don Mario en el riego de las pocas plantas y árboles de la plaza. Un fantasma de carne y hueso, que escuchaba las voces guardadas en el adobe de las paredes. Ya enfermo, dejó Chacabuco en el 2006. Leo que falleció en el año 2009, el 16 de abril como a los 76 años. Paradójicamente, con un Alzheimer que fue borrando todas sus memorias. Se inventó una infancia, una prisión y una misión en Chacabuco, quería ser enterrado en el cementerio de la oficina salitrera con una lápida que dijera: “Aquí en esta tumba yace un loco”<sup>85</sup>.

## La plaza

En el mismo lugar donde jardineaba Mario Céspedes, otro compañero intentaba cambiar el paisaje. Orlando Valdés, Caliche, que era un experto tallador, propuso hermostrar la plazoleta tallando algunos árboles. Así, convirtió algunas ramas en pájaros. La figura que ha perdurado está llena de simbolismo: un árbol que semeja un Cristo crucificado, que para Caliche era simplemente un torturado sin connotación religiosa. Algunas veces, en democracia, Orlando volvió a Chacabuco para restaurar su escultura. Y se quedaba cada vez más tiempo conversando con don Roberto Saldívar, el cuidador solitario que vivía en el pueblo fantasma y que atribuyó la autoría del árbol intervenido a “un exprisionero que terminó sus

---

85 Ver: [http://www.archivochile.com/Experiencias/hist\\_vida/EXPhisvida0019.pdf](http://www.archivochile.com/Experiencias/hist_vida/EXPhisvida0019.pdf)

días suicidándose”<sup>86</sup>. Caliche, que murió enfermo en Alemania, hizo una réplica pequeña del árbol, que me regaló generosamente cuando nos reunimos en Santiago. Es como un galvano, que atesoro, con el cual muchos chacabucanos se han fotografiado en un encuentro de camaradería.

Con Ángel Parra y Rafael Salas nos fotografiamos con Roberto Saldívar junto al árbol-escultura de la plaza. El pobre Cristo tiene la cabeza inclinada, desfalleciente, como uno de los óleos que pintara la señora Violeta, madre de Ángel. En segundo plano está la glorieta, el quiosco donde la banda del pueblo tocaba los domingos para la familia pampina. Es el año 2000. Ya no hay obreros del salitre ni presos políticos. Estamos grabando el documental de Gastón Ancelovici<sup>87</sup>. Rafael, un poco cabizbajo, parece ensimismado. Ángel Parra se aparta discretamente del grupo y de las cámaras. Desde lejos, lo sigo con la mirada. Sube al quiosco y camina en círculos pensando no sé qué cosa. De a poco, el viento trae lo que canta. Estamos en un pueblo fantasma, en medio del desierto. Y arriba quemando el sol. Cada vez más fuerte: “Paso por un pueblo muerto/ se me nubla el corazón/ aunque donde habita gente/ la muerte es mucho mayor./ Enterraron la justicia/ enterraron la razón./ Y arriba quemando el sol”. Repetía el último verso, a contraluz. ¿Una canción de la célebre Violeta Parra? No, pensé para mí, este hombre está cantando una canción de su mamá. O ella le está cantando a él. Era una escena muy íntima, al aire libre. Había que dejarlo solo. Al viejo y al niño. Pocas veces he visto, escuchando una canción y mirando a un amigo, cómo los distintos pliegues de las historias de una persona y de un lugar se entretrejen con tanta densidad. Y con tanta emoción.

En la posproducción el hilo familiar se reforzó. Grabando en Santiago, Gastón Ancelovici incorporó a los hijos de Ángel mirando en un televisor a su padre de regreso a Chacabuco cantando —de nuevo— sus canciones dedicadas a Javiera y Angelito. Además, la música del documental fue creada por este último: Ángel Parra Orrego. Hijo de Ángel y Marta, nieto de la señora Violeta.

---

86 Patrimonio cultural N°37, primavera 2005.

87 *Chacabuco, memoria del silencio*, de Gastón Ancelovici (2000).

El viaje del año 2000 fue demasiado breve y acelerado. El ritmo de producción del documental no dio suficiente tiempo para meditar en soledad ni para recorrer y, menos, para esperar la noche y ver las estrellas cuya contemplación nos acercaban a nosotros mismos.

### Año 2013

En noviembre conmemoramos los 40 años de la apertura del Campo de prisioneros. A diferencia del viaje anterior, la iniciativa fue nuestra —de los exprisioneros— y lo planificamos con bastante tiempo. En la medida que se acercaba la fecha del viaje a Chacabuco dormí mal. Estaba inquieto. Ya viejos, nos llamamos por teléfono y hablamos como si estuviéramos organizando una fiesta sorpresa o un encuentro adolescente. ¿Dónde nos juntaremos? ¿Qué debemos llevar? No olvides el bloqueador solar... acuérdate que en el día ¡calorrrr! y en la noche ¡fríiiiiio! Así nos gritó Minolletti ¿se acuerdan? Lleva la guitarra. No te olvides de los poemas. (Los llevo. Ahora sí me atrevo a leer en público).

En las presentaciones artísticas Hugo Peñaloza cantaba tango, entre ellos “Volver”, de Gardel y Le Pera. Arrancaba risas autoirónicas cuando entonaba “que veinte años no es nada”, en una situación de incertidumbre en la que nadie sabía cuánto tiempo iba a estar preso. Lo cantó también durante la despedida de un grupo de compañeros que salían en libertad. Pensar en volver, entonces, era tragicómico. Y, sin embargo, cuatro décadas después, regresamos. Voluntariamente.

Otros años —incluso bajo dictadura— hemos hecho ritualmente un almuerzo de camaradería en Santiago. Tenemos una organización de ex-Prisioneros de Chacabuco. La llamamos Corporación Memoria. No podía ser de otra manera. De eso se trata: la memoria que a veces nos ocupa con obsesión. Pero cuarenta años no es nada: es mucho tiempo. Y “volver” es mucho más que un tango. En septiembre ya recordamos el cuadragésimo aniversario del golpe de Estado y la muerte del presidente Allende. Ahí comenzó el viaje. El once de septiembre de 1973 es el inicio del

quiebre biográfico de miles de personas. Y cada uno, en el fuero interno, tiene sus propios *40 años* para conmemorar. Cada uno tiene sus propias fechas, sitios y personas donde radicar el lugar de su duelo. Volver a Chacabuco para muchos es ir al encuentro de la oportunidad para realizar o al menos para construir y celebrar el rito donde compartir ese duelo que estaba pendiente. El hacer el duelo es un derecho que no todos/as han ejercido. No todos han soltado su lágrima ni recibido el abrazo que les corresponde ni se han dedicado un minuto de silencio por ellos mismos: por la pérdida propia. Decir duelo es hablar del dolor por la pérdida, pero también del enfrentamiento y el desafío. El duelo significa ambas cosas y en estas conmemoraciones están el dolor y el desafío. Por ello la necesidad de la conmemoración que desplaza al olvido.

Y volvimos. Fue un proceso largo, que exigió una organización ardua y la concurrencia de diversas solidaridades y convicciones, de personas, grupos, instituciones. Tuvimos una Corporación Memoria de ex-Prisioneros Políticos y un Grupo de Apoyo (integrado principalmente por mujeres jóvenes), que facilitó la solución de infinitos detalles. Regresamos a Chacabuco. Esta vez con esposas, hijos y hasta nietos. Por mi parte fui con Miranda, mi hija menor, que me escoltaba protectora. Sabía que en esa circunstancia éramos un grupo de viejo frágiles, de ojos brillantes, viviendo y reviviendo al mismo tiempo. Atropellándonos con nuestros cuentos. Silenciosos a veces. Transportados. “¿Estás bien papá?”, me preguntó más de una vez. Los más jóvenes de entonces —los “menores de edad” — ya tenemos 60 años, más o menos. Por ahí divisó al Pato Hermosilla y a Víctor García. Éramos jóvenes entre los jóvenes.

El 23 de noviembre nos juntamos en la plaza de Antofagasta, buscando caras reconocibles, abrazos y esa autoironía a flor de piel que nos caracteriza. “¡Ya vienen los buses!” grita uno, dejando una ráfaga de humor negro, porque efectivamente esperábamos los buses; pero también el tono del aviso evocaba un rumor que recorrió Chacabuco cuando estábamos presos: “Vienen los buses”, se suponía con fiscales que nos interrogarían y aclararían la situación de cada uno. Los esperábamos con temor y esperanza. Nunca llegaron. Pero esta vez, a la plaza de Antofagasta sí arribaron

los buses —en esta ocasión financiados por la Confederación de Trabajadores del Cobre— y partimos, voluntariamente, hacia la oficina salitrera.

Miranda nunca había ido al norte. Por la ventanilla del bus entra todo el desierto. ¿Qué irá pensando? Como el papá, también lleva una libretita de apuntes. Miranda aún no había nacido para el golpe de Estado de 1973. Es de 1988, el año del plebiscito.

Llegamos. Sonrisas nerviosas. Extravío en las miradas. Abrazos cordiales, en el desconcierto y la duda; otros efusivos, renovando en el instante la familiaridad suspendida por el tiempo y la distancia. Pedro Humire me pareció igual de viejo, pero esta vez se notaron sus dolencias: le costaba respirar y hubo que auxiliarlo en un momento. El *Gato* Gamboa, con sus 92 años, se veía más joven que algunos muchachos de setenta. Para algunos —como Patricio Hurtado, Mariano Requena, Vicente Sota, por nombrar los más conocidos— la salud ya no les permitía esta aventura<sup>88</sup>. Otros, como Rafael Salas en Francia, siguieron desde lejos el acontecimiento. Nos fuimos enterando de las ausencias inevitables, de los compañeros de casa que ya partieron. Algunos, como Luis Alberto Corvalán, fueron representados por algún pariente, en su caso por su hermana María Victoria. ¿Quiénes estábamos ahí? Presentaciones. Esposas, hijos, hijas, nietas. Más allá de los saludos estaba el impulso para largarse a caminar, en libertad de movimiento, por un pueblo sin alambradas ni torres de vigilancia. En la memoria sin embargo veíamos esos límites para orientarnos. Había que comparar con el recuerdo para saber dónde estábamos o, mejor dicho, dónde estuvimos.

El cuidador ya no era Roberto Saldívar. Fui a la casa donde pusimos la placa del Ministerio de Educación en el año 2000. Me dijeron que se la habían robado. “Es que era de bronce”, nos explicó uno de los nuevos “cuidadores”.

Era el regreso a un país lejano, que en algunos era más que una distancia de tiempo. Después de la prisión muchos debieron partir al exilio y son numerosos los exprisioneros que se radicaron para siempre en otro país, por ello en el regreso conmemorativo a

---

88 Todos los nombrados, ya en el año 2023, están fallecidos.

Chacabuco llegaron viajeros de Alemania, Australia, Austria, Canadá, Cuba, Francia, Inglaterra, México y Suecia. Al reconocer el país, parece, en él debían reconocer también si Chacabuco era de verdad y mostrar a sus acompañantes que ahí había parte de las vivencias de cada uno. El ímpetu por lanzarse a recorrer, fuera de la manada, tenía como norte los lugares propios, significativos en la historia personal. Por ahí estaba el lugar evocador. A veces la marca en la pared o el mensaje enterrado para ser leído en un futuro que ya había llegado. Cada uno tenía su propio rincón, sucucho, casa. Con sus propios fantasmas. Y hacíamos el recorrido interno, este vivir y revivir simultáneo, esa ansiedad por ir a “su casa” y reconocerla y mostrarla y demostrar que era cierto.

### Presencia de los ausentes

Hubo momentos solemnes. Algunos simultáneos. Fuimos todos a la cancha, a ese pedazo de desierto donde sufrimos el recibimiento degradante de Minoletti. Esta vez hicimos un círculo grande, para nombrar en voz alta a quienes ya no estaban: “...Oscar Vega... Marcelo Concha... Luis Vitale...”. Y así, muchos. Recordamos a los ausentes y gritamos ¡presente! Por los compañeros fallecidos. Después, en muchas conversaciones nos interrumpíamos para decir que se nos olvidó Fulanito. Se nos quedó fuera del rito. La memoria se fue completando en las caminatas, buses, en el avión de regreso. En estos diez años se han sumado a los ausentes compañeros que estuvieron en el viaje de los 40 años: los nombro algunos para mis adentros: “... Pedro Humire, Alberto Gamboa. Hugo Valenzuela, Orlando Valdés, Eduardo Godoy, Santiago Cavieres”. Para llegar a ese pedazo de desierto que le llamamos cancha, pasamos por Serrano 71, la casa de la viga rota, donde vivió y murió Oscar Vega. Sabíamos donde se había suicidado, pero no todos sabían que su cuerpo era el de un desaparecido.

## ¿Dónde está Oscar Vega?

En abril del año 2013, después de 40 años del suicidio, recibí una llamada telefónica inquietante. Era un inspector de la Policía de Investigaciones (PDI). Me preguntó si conocía el paradero de los restos de Oscar Vega, si yo sabía cómo murió y dónde fue sepultado. Según la indagatoria —me dijo— no está en el cementerio de Antofagasta. Me preguntó si en Chacabuco teníamos un cementerio, si Oscar Vega podría estar ahí. Me desconcertó mucho. No podía creer que me preguntara algo así ni por qué yo podría tener la respuesta. El policía me pidió una ayuda, que aclaró en un correo inesperado:

Junto con saludarle cordialmente y conforme a lo conversado vía telefónica, le cuento que soy el Inspector [...], actualmente trabajo en la Brigada de Homicidios de la ciudad de Antofagasta y se me encargó la misión de investigar la muerte de Oscar VEGA GONZÁLEZ, ocurrida el día 20.NOV.1973, en el Campo de Prisioneros Políticos de la Salitrera Chacabuco. Mi contacto es para pedirle algún antecedente relacionado con el hecho con que cuenta dicha corporación<sup>89</sup>, asimismo conocimiento de la existencia de algún testigo presencial de los hechos, que pudiera ser útil para la indagatoria. Finalmente, hago presente que la investigación orienta a pensar que se trató de un suicidio, pero aún no aparece el cuerpo de la víctima y cualquier antecedente en ese sentido sería muy útil para la investigación. Agradecido por su buena disposición, me despido.

*¡Aún no aparece el cuerpo de la víctima! ¿Cómo surge este requerimiento a un expriionario? No sabía que este era un caso pendiente. Para cerrarlo, la PDI fue a investigar a Chacabuco, a casi 40 años de esa muerte. El cuidador del monumento nacional le entregó a la policía los datos de Rubén Duarte, un expreso político que había visitado la oficina salitrera el año 2011. A los pocos días —cuenta Rubén— llegó la PDI a visitarlo a Maipú. Este no tenía más información, aunque vivió en el mismo pabellón de Oscar*

<sup>89</sup> Se refiere a la Corporación Memoria, de expriioneros políticos de Chacabuco, de la cual fui vicepresidente.

Vega; pero contaba con una antología de poesía —preparada por él mismo<sup>90</sup>— donde estaba “Casas de Chacabuco” poema de mi autoría. “Les mostré tu poema y de ahí se fijó la dirección de la casa”. Era una pista porque, efectivamente, entre los versos está el nombre del suicida y la dirección de la casa donde se colgó:

De ese modo nacieron sus calles/ Así Serrano 71/ la casa de la viga  
rota/ por el peso obrero de Oscar,/ mi hermano,/ el de padre Vega/  
que fue empujado por el sufrimiento innecesario/ Era González  
como muchos/ hijo de la pampa/ vecino del salitre/ chacabucano  
de ayer y hoy...

El poema es de enero de 1974. El suicidio de don Oscar nos marcó a todos. Me motivó a escribir y sentí que había que registrar y contar el caso. Me impactó tal vez porque era nuestro único muerto chacabucano y en él se reunían las dos historias de Chacabuco: la salitrera y el Campo de prisioneros. Sin conocerlo, intuía que era un símbolo. Terminaba su larga jornada en suicidio, una decisión libre y respetable que también tomó Luis Emilio Recabarren, quien había sido su modelo en los días de la organización de los trabajadores de la pampa. La decisión no fue repentina.

La carta del inspector de la PDI me motiva a revisar un documental en que Mariano Requena, que entonces era el presidente del Consejo de Ancianos, se refiere al momento en que se le avisó la muerte de uno de nuestros compañeros. Los militares, cuenta, querían testigos de que había un “prisionero colgando”. Los doctores Jenkin y Requena, además del médico militar, podían declarar el fallecimiento y que se trataba de un suicidio. Al ancianísimo Mariano Requena le correspondió también inventariar las pertenencias de don Oscar. A modo de anécdota, estaba muy impresionado porque tenía muchos calcetines en su equipaje: más de los que sería normal tener.

En fin, revisé el cuaderno de apuntes del Dr. Requena, que llevaba disciplinadamente cuando presidía el Consejo<sup>91</sup>. De las

90 Antología inédita *De Campos de concentración, del exilio y otras nostalgias*.

91 El valioso documento fue donado al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos y está a disposición del público.

anotaciones de Mariano se desprenden algunos datos que podrían ser interesantes: el nombre completo del compañero Vega era Juan Oscar Vega González, es decir, tal vez al sepultarlo se le registró con su primer nombre (“Juan”) y no como se le conocía familiarmente (“Oscar”). El cuaderno también nos cuenta que el día 22 de noviembre de 1973, durante la formación, se pediría un minuto de silencio por la muerte de Oscar Vega. Además, el cuaderno consigna “sin familia”, lo que explica por qué la policía no encontró más personas a las cuales consultar.

Por vanidad y porque encuentro interesante rescatar la función testimonial de los poemas escritos en prisión, me parece significativo que para averiguar sobre Oscar Vega la policía haya tomado en cuenta como fuente de información los poemas escritos en Chacabuco. (*Poesía/Policia*, juego que ya hizo Nicanor Parra). Para muchos historiadores la poesía, que es ficción, no es una fuente seria. Compartí la poca información con el inspector, recordando de paso que mi madre fue una empleada administrativa de Investigaciones en los años 60. “Lo que pasó después con el cuerpo no lo sabemos —le respondí—, pero seguiremos averiguando y si tenemos alguna información se la haremos llegar. Para nosotros es muy importante que esto se aclare totalmente”. Pasa un tiempo y esta vez soy yo quien solicita información sobre el caso. El inspector de la Brigada de Homicidios de Antofagasta me responde cordialmente:

[...] Respondiendo a su inquietud, le informo que la investigación sigue su curso normal, aún se encuentra en etapa de investigación y me gustaría saber, por su intermedio, si es posible ubicar a otros presos que pudieran tener antecedentes sobre lo ocurrido con don Oscar Vega González, y lo más importante, el lugar donde se encontraría sepultado.

En noviembre del año 2013 más de un centenar de expresos políticos volvimos a Chacabuco al conmemorarse los 40 años de su apertura como Campo de prisioneros. En el viaje me enteré de algunos detalles que alimentan algunas de las líneas anteriores. El mito, además, cuenta que Oscar Vega, al irse la primera vez

de Chacabuco, dejó enterradas sus herramientas en el patio de su casa. Lo contó, dicen, a los nuevos habitantes, y tal vez ello estimuló a que otros también enterraran algunos vestigios que dieran cuenta de las dos historias del lugar.

Buscamos su casa, 40 años más tarde, con Héctor Morales, quien recordó el dibujo que hizo por encargo, esta vez acompañados de su hijo José Manuel y de mi hija Miranda. A Serrano 71, le habían sacado la placa con el número de la casa. Nunca habría imaginado que el poema sería una de las pistas para encontrar esa casa. Tampoco que, gracias a ese dato, según cuenta Rubén Duarte, “se les ocurrió a los compañeros de la CUT lo de la placa” que se instaló en la fachada ese mismo 24 de noviembre de 2013. Estuvimos en ese homenaje. Ahí estaba la viga rota. Y dejamos la pregunta sobre el paradero de sus restos.

### La memoria enterrada

Nunca supe si Oscar Vega pudo desenterrar sus herramientas. Tampoco si se pudieron rescatar los documentos de la salitrera que ocultaron Carlos Ayres y Luis Vitale, un extrabajador de la pampa y un historiador. En cambio, los compañeros del pabellón de Concepción pudieran desenterrar una botella que habían dejado —como náufragos en el desierto— con un mensaje escrito. Efectivamente, antes de salir en libertad en 1974, un grupo de presos políticos provenientes de Concepción, enterraron una declaración política para que fuera leída en un futuro imprevisible. La guardaron irónicamente en un frasco que etiquetaron como “veneno”. Al volver a Chacabuco para la conmemoración de los días 23 y 24 de noviembre de 2013, los compañeros Eduardo Godoy e Iván Salazar, desenterraron el documento firmado por los partidos Comunista, Socialista, Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y Movimiento de Acción Popular Unitaria (Mapu)<sup>92</sup>. La botella estaba en la casa 7, del pabellón 23. Esta es la transcripción de

---

92 En Chacabuco también hubo militantes de otras organizaciones de izquierda, entre ellas del Mapu Obrero-Campesino y la Izquierda Cristiana de Chile.

algunos fragmentos tomados de las tres hojas del documento escrito en octubre de 1974:

(...) Vivieron y sufrieron aquí hombres de diferentes regiones del país (de Copiapó, Antofagasta, Valparaíso, Santiago, Colchagua, O'Higgins, Linares, Chillán, Bío Bío, Concepción, Arauco, Osorno).

Llegaron a este desolado lugar, símbolo de la explotación de los obreros del salitre, obreros, campesinos, empleados, intelectuales, profesionales y estudiantes que se distinguieron por su alta moral y la solidez de sus principios.

La soledad de la pampa cobró vida con la actividad creativa de los artesanos y artistas, que nacían al amparo de la soledad en los días de cautiverio. Memorables fueron los chou [*sic*] que alegraron domingo a domingo los días de cautiverio. Nadie olvidará La Chingana, las fogatas, las obras teatrales (Circo, obras teatrales como Kalzon City, El mundial, etc, etc.) y la febril actividad de los talleres artesanales (sus variadas exposiciones, cobre madera, telar, ónix, cromo, níquel).

Como nadie tampoco olvidará las torres con sus uniformados y fusiles apuntando, la alambrada, las odiosas formaciones a pleno sol o al frío de la noche, los allanamientos y el pillaje,<sup>93</sup> la canción nacional y su agregado irónico “nuestros nobles...” [*sic*]<sup>94</sup>.

Era un mensaje para el futuro y ese futuro había llegado. Si teníamos la imagen de que nuestra memoria estaba enterrada, junto a nuestras aspiraciones de justicia o nuestros ideales por una sociedad más igualitaria, lo desmintió simbólica y materialmente el hallazgo de esta botella que estuvo bajo tierra 40 años. Al sacarla estaba rota, quebrada, pero conservando la esperanza. Todo

93 En la última etapa del Campo de prisioneros, también hubo presos comunes, delincuentes, que cometieron robos contra los presos políticos.

94 Se refiere al verso del Himno Nacional: “Vuestros nombres, valientes soldados,/ que habéis sido de Chile el sostén...”.

significa. Más adelante, con solemnidad, fue entregada al Museo de la Memoria y los Derechos Humanos. Quedamos, creo, con una calma interior y la única reivindicación de que se preserve la dignidad de nuestros recuerdos. Tanto de la memoria del horror, para que nunca más nuestro pueblo sufra el terrorismo de Estado, como la memoria de la fraternidad y la resistencia, por la cual sentimos legítimo orgullo.

### Volver, volver

En fin. Nos juntamos también en el teatro de la salitrera, con la directiva en el escenario, presidida por Gabriel Reyes, y algo de *show* que no podía faltar. Con Miranda nos ubicamos en el mismo lugar donde había estado mi hermana Nené cuando me visitó en 1974. Esta vez fue especialmente celebrado Carlos Fonseca, conocido como el Pollito (porque vestía de amarillo y cantaba como el *Pollo* Fuentes). El *Pollito* Fonseca se dirigió al teatro y cantó uno de sus éxitos: la canción mejicana “Volver, volver, volver”. Guitarra en ristre la volvió a cantar al *volver*, literalmente, 40 años más tarde. Entonces, cuando actuaba en el escenario del Campo de prisioneros interpretaba la canción con picardía y humor negro. No sólo por la posibilidad de regresar a la prisión, sino por la gestualidad que hacía cuando entonaba: “Voy camino a la locura y aunque todo me tortura...”. En ese momento todo el público cautivo se reía de un verso que ahí resultaba cómico y también osado: la palabra “tortura” estaba cargada de denuncia y marcaba la historia inmediatamente previa a Chacabuco.

A Miranda le encantó el *Pollito* Fonseca, como Hernán Isakson, Pedro Humire, el *Gato* Gamboa. Viejos adorables. Inolvidables.

## Año 2015

El 26 de septiembre se estrenó en el auditorio del Museo de la Memoria la “Cantata Chacabuco Memoria Viva”, de Jacqueline Castro, hija de Nahum quien estuvo preso en ese campo. Autora e intérprete. Una idea madurada en el exilio, que ahora compartía con “sus tíos”. Es una de las pocas actividades chacabucanas con gran participación de hijos e hijas, junto a otros parientes y a exprisioneros. Entre quienes aportaron para su realización estuvo Lilia Concha, hija de Marcelo, que entonces tenía el cargo de Subsecretaria de Cultura. En la puesta en escena, como músicos o leyendo testimonios, recuerdo a Marcelo Concha hijo; Patricia Orellana, hija de Daniel; Tana Molina, hija de Mario; Ruth Vuskovic, viuda de Luis Alberto Corvalán; Ernesto Parra, del conjunto Los de Chacabuco; Gabriel Reyes, de Concepción, entonces nuestro presidente de la Corporación.

La obra se realizó en base a entrevistas que hizo la autora y recopilación de testimonios. La poesía escrita en Chacabuco tuvo su reconocimiento y fue generosamente musicalizada e integrada a la cantata. Ahí están los textos de Santiago Cavieres y mi poema “Así es el choquero”, que ya había musicalizado Payo Grondona en el exilio. Fue un genuino encuentro de una comunidad integrada por diversas generaciones y experiencias de prisión, exilio y sobrevivencia bajo dictadura. Fue otra forma de volver y sentirse en comunidad.

## Año 2023

Este año se cumplen 50 desde que Chacabuco fue convertido en Campo de prisioneros. La proximidad del cincuentenario del golpe de Estado, recuerda 50 años de muchos acontecimientos particulares que suceden tras el bombardeo de La Moneda y la muerte del presidente Allende. A quienes vivimos esos días (cada vez somos menos) nos preguntan. Hay requerimiento de memorias. Ha sido un tiempo especialmente evocador. Melancólico, por la partida de queridos amigos a quienes les debemos tanto porque nos subieron

el ánimo con humor y creatividad. Pienso, a modo de ejemplo, en Orlando Valdés (Caliche), en Hugo Valenzuela, en Ángel Parra... En enero de este 2023 nos enteramos del fallecimiento de Santiago Cavieres, uno de los poetas distinguidos en el Festival que hemos relatado en este libro. En esos días, sorprendentemente un librero y anticuario me cuenta que encontró el manuscrito de un poema escrito en Chacabuco, fechado el 12 de febrero de 1974, titulado “Dijo ser rey”. Lo guardó para mí, como un regalo significativo. Estaba en un archivo de Vicente Sota, dedicado, junto a otros papeles del año 1997, que demuestran que siendo nuevamente diputado hizo gestiones para ayudar a los chacabucanos. Se incrementa el archivo. Vicente tampoco sigue en este mundo. En el sucucho nos había regalado un pensamiento de San Agustín: “Ama y haz lo que quieras”. Naturalmente, los sobrevivientes somos una especie en extinción.

### Abril intenso

El primero de abril me visita el artista Vicente Ruiz, director de danza, quien prepara una *performance*. Me pide que le hable del barco Andalién. Me sorprende escribiendo estas páginas, es decir, recordando. En los mismos días me llama Jorge Molina, de la Universidad de Antofagasta. Harán un acto en Chacabuco, en el que Nelson Caucoto ofrecerá una conferencia sobre derechos humanos, organizada por la Facultad de Ciencias Jurídicas de esa universidad. Nelson, además de amigo y camarada, es “mi abogado” en la demanda que interpuse contra el Estado. Me invitan para que lea poesía. Una buena ocasión para leer un poema de Santiago Cavieres y de otros poetas chacabucanos.

El 21 de abril fui al Estadio Chile, el lugar donde me dejaron en libertad en febrero de 1974. Ahora se llama, en justicia, Sitio de Memoria Estadio Víctor Jara. Asisto a la ceremonia en la que el Instituto del Deporte traspasa en comodato el estadio a la Fundación que preside Joan Turner. Amanda, la hija del artista habla, agradece. Emocionada. Nos damos un abrazo muy afectuoso. También con Manuela Bunster. Cuando estaba en Chacabuco

nunca pensé que conocería a la familia de Víctor Jara. Conseguir el estadio para que sea un espacio de reflexión y memoria, para las artes, la cultura y la promoción de los derechos humanos fue una lucha larguísima, al menos de 30 años, llena de dificultades. No obstante, a casi 50 años de los asesinatos, Amanda Jara nos recuerda: “mi mamá, mi hermana y yo, seguimos esperando justicia”. Desde la cancha miro hacia los pasillos del segundo y tercer piso. Sé que estuve en alguno de ellos sin poder reconocer en cuál. Veo a los presos fantasmales que estaban en la cancha y las graderías. El lugar sigue siendo sobrecogedor. No estuve con Víctor Jara, pero esa atmósfera se impregnó en el sitio de memoria.

El 22 de abril se inauguró un ciclo de actividades orientadas a la restauración de la oficina salitrera, específicamente de su teatro cuya techumbre se cayó en el año 2021. En la inauguración participó Ángel Parra Orrego. Nunca había ido al lugar donde estuvo prisionero su padre, a pesar de que hizo la música del documental *Chacabuco, memoria del silencio*. Esta vez sintió el afecto de Juan Fuentes y Ángel Arias, dirigentes de nuestra Corporación Memoria. “Fue muy impactante escuchar sus relatos de cómo veían a mi papá”. El viaje, el encuentro con el territorio le despertó emociones fuertes, sanadoras que todavía está procesando; también le sirvió, me cuenta, “para desmitificar algunas cosas”.

Siempre tuvimos la preocupación por conservar el lugar y preservar sus memorias de salitrera y prisión. El abandono, las ventoleras y temblores, los saqueos fueron deteriorando el sitio. Ya en democracia, fue nombrado ministro de Bienes Nacionales, Luis Alvarado, quien había estado preso en Chacabuco y había sido parte del Consejo de Ancianos. Consiguió que la oficina salitrera pasara a su ministerio. En 1992 se realizaron tareas de restauración con la colaboración del Instituto Goethe, lugar donde nos juntábamos a veces los chacabucanos y vimos el documental “de los alemanes”.

Pasaron 30 años desde el ministerio de Luis Alvarado hasta este “Programa de Transferencia y Restauración de Emergencia Exoficina Salitrera Chacabuco”, en cuya inauguración participó Ángel Parra hijo. En la ejecución del programa está la Fundación Altiplano, dedicada a la conservación del patrimonio histórico en

poblados andinos y rurales del norte de Chile. La iniciativa contiene la realización de talleres de aprendizaje compartido para generar el diseño definitivo de la restauración del sitio de memoria y monumento histórico. Nuestra Corporación Memoria Chacabuco es parte del Comité Consultor, junto al Gobierno Regional de Antofagasta, la Corporación Museo del salitre de Chacabuco, Fundación Cultural Sierra Gorda, la Municipalidad de Sierra Gorda y la Universidad Católica del Norte.

Leo en *El Chacabucano* del mes de abril, boletín de nuestra Corporación Memoria, que se hará una conmemoración *in situ* de los 50 años del inicio de la prisión política. Será en noviembre, con el apoyo de la Fundación Cultural de Sierra Gorda. Quizás vaya, como lo hicimos cuando conmemoramos los 40 años. También leo que durante julio volvería a Chile el realizador Miguel Herberg Hartung, quien filmará nuevamente en Chacabuco con algunos de los exprisioneros —como Guillermo Torres y Mario Urzúa— que fueron entrevistados en 1974 para el documental *Yo he sido, yo soy, yo seré*.

28 de abril del año 2023. Estoy terminando este libro. En el metro me encuentro con el maestro Manuel Flores. Inseparable de su acordeón ofrece música a los pasajeros. El altavoz recuerda que está prohibido dar dinero a los músicos. A Manuel —ya cerca de los 90 años— no le queda otra que desobedecer y seguir trabajando. Lo recuerdo retratado con su acordeón en la acuarela de Francisco Aedo, uno de nuestros compañeros desaparecidos. Chacabuco vuelve, me invade. Inesperadamente tengo la oportunidad de regresar físicamente al desierto. Volví. Con *bypass*, marcapasos, una válvula aórtica mecánica... el corazón dejó de ser una metáfora. Y el adolescente es un abuelo. Antes de partir, comenté en la casa que sería muy poético morir en Chacabuco. ¡Pobre de ti —dijo la Pía, mi esposa— me voy a enojar mucho si se te ocurre morirte ahora!

Me acompañó esta vez Natalia, mi hija mayor. Nació en 1978, en Colombes, Francia. Una vez, adolescente, quiso conocer Chacabuco. Llegó hasta Antofagasta y un burócrata le dijo que no existía, que Chacabuco era un mito. La desalentó, pero no para siempre. La prisión política en mi caso es la génesis de un exilio sin

asilo. Natalia es hija del amor y el desarraigo. No vivió mucho ni en Chile ni en Francia, prácticamente toda su vida ha transcurrido en Uruguay. Y desde allá vino para acompañarme. Es volver al inicio para llegar al final.

No hubo mucho tiempo para recorrer. El ritmo lo pusieron los organizadores. Llegamos al atardecer. En la plaza nos esperaba el árbol-escultura. Nos fotografiamos con el Cristo torturado. Nos escapamos un rato y Natalia pudo conocer el sucucho y ver en él las inscripciones de las visitas anteriores con Rafael Salas y luego Miranda. También vimos “mi casa”, que la recordaba más pequeña. Ruinas. Fuimos a la cancha. Vacía. Sin Minoletti, sin formación, coro ni saludo a la bandera. Sin los goles del Memo Orrego y el Quique Olivares. Sin don Mario, don Oscar ni don Roberto. Ya sin personajes de carne y huesos. Con fantasmas. Los de ayer y de antes de ayer. Comenzaba el ocaso. Algunas tardes —le conté a Natalia—, con Raúl Díaz y otros compañeros nos juntábamos a ver la puesta de sol, sentados en el marco de una ventana. Se reunía un grupo de críticos del evento, como cinéfilos ante el espectáculo natural. Natalia sabía de quién estaba hablando: Raúl —como médico—, prácticamente le salvó la vida, recién nacida en París. Nos acordamos de su cuento “La bella costumbre de mirar el cielo”, que escribió para sus niñas. Linda herencia. A mi hija Abril, que registra y borda amaneceres y —como dice ella— “aluneceres” en bolsitas de té, le gustaría ver una función de atardeceres en el desierto. No sólo el dolor es memorable.

### En la filarmónica

Hace un tiempo, una ventolera levantó el techo del teatro y luego lo dejó caer. Así que el acto fue en la filarmónica, en restauración. El público consistió, principalmente, en estudiantes y profesores de derecho que llegaron en un par de buses. Por su cuenta asistió también nuestra compañera Jacqueline Castro —hija de Nahúm— y también estaba mi hija Natalia. Además de las intervenciones institucionales, participamos el abogado Nelson Caucoto, quien dio una excelente conferencia sobre la experiencia del movimiento

de derechos humanos, cómo fueron conquistando la verdad y todavía, poco a poco, la justicia.

Por mi parte, hice la distinción entre la memoria del horror y la memoria de la sobrevivencia e ilustré cómo se trenzan en dos monumentos de la humanidad: el papelito con música escrita con un palito de fósforo quemado por Jorge Peña Hen y el poemacanción de Víctor Jara escrito en el Estadio Chile. Ambas obras creadas en el límite, horas antes de ser asesinados por la dictadura. En ese contexto ejemplifiqué la resiliencia comunitaria experimentada en Chacabuco con el Festival de la Canción y la Poesía. Leí poemas de todos los premiados: Santiago Cavieres, Guillermo Cisternas, Eugenio García, Rafael Salas y Osvaldo Yáñez. Me parecía correcto no leer solamente poemas míos. De mi autoría leí dos: “Así es el choquero” (distinguido igual que el de los otros compañeros) y mi poema “Agenda”. Fue muy intenso leer por nuestros compañeros que ya no están o están fuera de Chile. Volvieron en mi voz y sus poemas a Chacabuco. Me costó. La emoción me atrapó. Seguí leyendo, seguí leyendo casi gritando. Sentí que me corrían las lágrimas. Según Natalia, fue una lectura “muy *punk*”. Me toma la mano. Estoy frágil. Leerlos fue una forma de retribución o gratitud por la poesía de verdad que conocí antes de querer ser poeta.

Afuera, prontos a subir a los buses para regresar a Antofagasta, se produce un breve corte de luz. Un apagón momentáneo. Estaban las estrellas. Y la oscuridad absoluta en el pueblo fantasma. Sentí una brevísima angustia porque hubo un momento en que no sabía dónde andaba Natalia. Oscuro, Chacabuco no deja de tener un halo siniestro. Se me acerca el presidente de la CUT de Antofagasta, Roberto Sepúlveda, el mismo que puso la placa de homenaje a Oscar Vega hace diez años. Me cuenta que la placa que pusimos en representación del Ministerio de Educación está en la oficina que está en el ingreso de Chacabuco. No se la habían robado. En el bus Jacqueline Castro nos regaló un par de canciones. Entonó a capella su versión musicalizada del “choquero” y cantó “Gracias a la vida”, de la señora Violeta, artista universal, pero también la mamá de uno de nuestros compañeros.

Al otro día, temprano, con el recuerdo de la puesta de sol, de la noche estrellada y el desierto, fuimos dejando Antofagasta; una mañana preciosa con el mar más hermoso que otras veces. Natalia se bajó de la camioneta que nos llevaba al aeropuerto sólo para tocar el agua unos segundos. Los ritos son importantes. Su visita fue improvisada, como otros viajes; desde aquel en taxi — a saltos — hacia el hospital de Colombes en 1978. Francia es Natalia, Rafael Salas, Raúl Díaz, Ángel Parra. Los viajes traen otros viajes. En el avión me acordé de Ángel, de cuando volvimos volando a Chacabuco el año 2000 y de cuando nos encontramos en Francia el 76, frente a la iglesia Saint-Germain-des-Prés. Desde las mesitas de un café, sentí una voz chilénísima y parriana: ¡chico Montealegre!

En la memoria, Chacabuco nunca ha sido solamente Chacabuco.

POEMAS, CANCIONES Y CRÓNICAS  
FESTIVAL DE LA CANCIÓN Y LA POESÍA DE CHACABUCO



## Acta del Jurado de poesía

Cuando el hombre aprendió a escribir, escribió poesía. Desde entonces le acompaña a todas partes y en las más variadas circunstancias: en el mar, en la ciudad o en la montaña; en la prisión o en el altar; en los sueños universales de felicidad, o en el dolor, la alegría o la muerte y también en el amor y la esperanza. La poesía misma es esperanza.

La poesía es un inmenso océano, en sus aguas se reflejan las múltiples facetas de la realidad; pero no es un espejo inerte, por el contrario, devuelve embellecidas las imágenes para hacer más alegre este tránsito terrestre, e incluso para sobreponerse, para superar a la muerte misma, como quería ese viejo poeta español cuando escribió: “polvo serás, mas polvo enamorado”. Los hombres que están en este campamento de Chacabuco no podían permanecer ajenos al llamado de la poesía. Este concurso es una clara muestra de ello. Han llegado 41 poemas originales. Y como en toda poesía auténtica, en estos trabajos está presente la realidad que viven, que va desde el humilde tarro “choquero” hasta el dolor y la infinita nostalgia por la amada ausente.

Se ha sembrado la primera semilla, es nuestro el deber de vigilia constante para cuidarla y hacerla florecer en todo su esplendor.

Después de una minuciosa lectura y análisis, este Jurado seleccionó 10 poemas para ser leídos en este acto. Hubiéramos deseado leerlos todos ante ustedes, pero ello no es posible.

Los 10 poemas seleccionados, por orden alfabético de autor, son los siguientes:

- Santiago Cavieres Korn: “Libre”
- Santiago Cavieres Korn: “La flor del desierto”
- Guillermo Cisternas Franulic: “La noche”
- Guillermo Cisternas Franulic: “El volantín destrozado”
- Eugenio García Venegas: “Ascensión y canto”
- Eugenio García Venegas: “Fue anoche”
- Jorge Montealegre Iturra: “Casas de Chacabuco”
- Jorge Montealegre Iturra: “Así es el choquero”
- Pirquinero [Oswaldo Yáñez]: “3 pensamientos frente a la reja”
- Rafael Eugenio Salas: “Al final de una carta”

Vaya para los autores de los 41 poemas presentados, nuestro más cordial y fraternal estímulo y nuestros deseos de que continúen perseverando y ascendiendo en esta hermosa y fecunda tarea de hacer poesía. Poesía para hacer más hermosa la vida del hombre.

HUGO SALVATIERRA  
 ROLANDO CARRASCO  
 MARIO CÉSPEDES  
 VICENTE SOTA  
 FRANKLIN QUEVEDO

Chacabuco, 29 de enero de 1974

## Poemas seleccionados

### Libre Santiago Cavieres Korn

Villorrio derruido y fantasmal,  
Chacabuco, perdido en el desierto,  
aldea calcinada en suelo muerto,  
osamenta de un pueblo en el erial.

Extinguida la veta mineral  
quedóse el caserío inmóvil, yerto,  
el arenal con su costado abierto,  
de donde se fugó el hombre y la sal.

La historia luego lió una historia añeja:  
encerraron la vida en una reja  
reviviendo a la aldea por su mal.

Pero la sangre hizo canción su queja  
y dice en su cantar, son que no ceja:  
“La reja es sólo un trozo de metal”.

**La flor del desierto**  
**Santiago Cavieres Korn**

Cuido una extraña flor  
loco en la pampa.  
Es una flor de amor  
María Eliana.

Los recuerdos la arrullan  
como tonada  
de inspiración tuya  
María Eliana.

Muere a veces de sed  
marchita planta.  
Es que de ti no sé  
María Eliana.

Crece en una maceta  
bien alambrada  
la flor que yo cultivo  
María Eliana.

Pero a veces desborda  
maceta y pampa,  
y a los cielos remonta  
María Eliana.

Las ciudades recorre,  
todo lo indaga,  
se angustia por los pobres,  
María Eliana.

Vaga libre y, por verte,  
entra a tu casa,  
te da un beso en la frente,  
María Eliana,

y vuelve al macetero  
de madrugada,  
feliz en su desvelo  
María Eliana.

Por si acaso te inquietan  
tus tres hermanas  
o el chico que te quiera  
María Eliana,

tú tienes que saberlo:  
la flor extraña,  
es la flor de mis sueños  
María Eliana.

### **El volantín destrozado** **Guillermo Cisternas**

Torpe aprendiz de pájaro en tus manos  
se interrumpió de pronto su vuelo  
en lo más alto del aroma, desgarrado,  
mi corazón herido.

¿Te acuerdas Ximena,  
de aquel azul volantín  
en el último de los patios?

¿Se acuerdan Andrés,  
Sofía, Ester, Julio, Paola,  
Margarita?

Nos empinábamos con la primavera,  
los espinos florecidos embriagaban el aire,  
aún cantábamos juntos  
en la eterna playa  
de la Escuela.

Con cuánta alegría  
fuimos haciendo girar el carrusel oculto  
que todos llevamos en el pecho.

Vengan todos,  
vengan a nuestra fiesta, y escuchen  
la mejor música del mundo,  
aquella que crece desde el fondo de sí mismos  
y congregadas las voces suenan como canción  
de un río claro y profundo.

Qué bueno es escalar hasta lo más alto  
y seguir observando las cosas más sencillas  
y simples de la vida.  
Subir donde las estrellas giran maravilladas  
y descender con el alma azul titilando.

Corretear bajo la primera lluvia del invierno  
y reír como locos hasta ver  
empapadas nuestras risas.

Hundir la pala, deslizar el serrucho,  
escuchar la canción de los martillos  
y el murmullo leve de la lija.

Qué hermoso palidecer con la luna,  
zumbar con las abejas, penetrar,  
con las raíces del cerezo, enrojecer  
con las amapolas, sonreír desde el vientre  
de la semilla, ser guiño de luciérnaga en la noche,  
empujar las nubes con el viento,  
madurar con el trigo en el otoño,  
ser nieve, hoja, madrugada, pájaro,  
cobre, máquina, océano,  
Rapuncel.

Trabajar con la exactitud del número  
y la magia de las palabras y sus ecos.

Qué alegría querer ser todas las cosas, ir  
conquistando los secretos, llenarnos  
de sabiduría.

Qué bueno bajar a la mina,  
hilar una tela, caminar por los surcos,  
gritar los periódicos, vigilar el cielo,  
sanar un enfermo,  
escribir un libro,  
amar a los constructores  
de todo lo que es alto, digno, bello,  
bueno para la vida del hombre.

Qué grandioso vivir como hermanos,  
compartir el pan, el libro, la risa y el llanto,  
y tener la mirada clara, la voz entera,  
la mano cálida y franca.

Qué hermoso vivir amando  
por sobre todas las cosas la paz  
y la libertad del hombre.  
Qué hermoso pensar, cantar y reír  
en la escuela cuando era todavía nuestra casa  
y mi corazón os llamaba con sonido de campana.

¿Te acuerdas Margarita  
del volantín desgarrado  
en el aroma?

**La noche**  
**Guillermo Cisternas**

Alta,

sube la noche  
como un ciego  
alborozado.

Se diría  
que el buque azul  
está por zarpar  
con su velamen de estrellas.

Navegaríamos...

Tomada de mi mano  
harías titilar  
mi corazón.

Alta,

hiriéndose en las púas  
sube,  
sola,  
la noche.

**Ascensión y canto**  
**Eugenio García V.**

Estoy en tu camino, hermano,  
y el viento de la tarde  
suspende su viaje hacia mi corazón deshabitado.

Recojo mis sandalias  
en el amanecer de las hojas ocultas  
y te sigo.

Tú permaneces callado  
junto a las separaciones de la espiga,  
como un cántaro  
que sueña lejanías y agua sola.

De pronto,  
entre minúsculas saetas de nitrato  
llegas tú, Juan, Pedro, Ángel  
con una canción germinadora  
y huellas de sal entre los dedos:

una carta de mi padre y un sueño largo  
se hace canto, entre guitarras y mi casa,  
se dilata la fragancia en nuestras bocas,  
una línea pura improvisa  
un nuevo estío y sus salares.

Hermano,  
es ya otra noche de distancia  
y las voces cruzan el asombro de las manos  
y baja hacia los salitrales  
un movimiento de gargantas  
que crece y crece hacia la altura del trigo.

Más allá de ti, pampa y noche,  
en la desolación del polvo,  
una canción y un vuelo  
permanecen en ti, Chacabuco,  
como una golondrina total  
que asciende, asciende, asciende...

**Fue anoche**  
**Eugenio García V.**

Fue anoche,  
allá en el sur,  
entre la última primavera acumulada,  
que llegaron tus manos  
como un suave golpe de agua.  
    No hablaste,  
    estabas ahí.

El sol, mientras tanto,  
proponía a los árboles  
su estatura de sombras.

Y en el silencio de la luz  
y de los patios,  
trotaban mis hijos  
con pasitos de esquina y mariposa.

Y entre tu sombra y la mía  
volantines transitorios  
levantaron hacia el norte  
su vuelo de alambre.

En la tarde, organizada en la distancia  
la intranquilidad de los espacios,  
mi retorno,  
como la lluvia,  
como tus manos.

Casas de Chacabuco  
Jorge Montealegre Iturra

Viejas  
como la historia de los esclavos  
que se renueva día a día  
en ti y en mí.

Viejas  
como el agua que hirvió en los fogones,  
como el viento calichero  
que azotó el moreno rostro  
de la familia pampina.

Tierra  
humedecida en llanto  
agitada en sangre  
y convertida así  
en el adobe que pobló Chacabuco.

De ese modo nacieron sus calles.

Así, Serrano 71:  
la casa de la viga rota  
por el peso obrero de Oscar,  
mi hermano,  
el de padre Vega  
que fue empujado  
por el sufrimiento innecesario.  
Era González como muchos,  
hijo de la pampa,  
vecino del salitre,  
chacabucano de ayer y hoy.

Casas adornadas  
con bríos nuevos y afuerinos,

con puños que se elevan al sol  
preguntando ¡hasta cuándo!

Habitadas  
por la bondad que nada teme,  
la que riega día a día  
el duro suelo  
pisoteado mil veces  
por la alpargata,  
la piel  
y la bota.

Pobladas  
por corazones y cabezas creadoras,  
por el tallador, el poeta,  
el músico y el actor;  
por la callosidad hermosa  
de las manos que todo lo han hecho.

Casas transformadas en Correo,  
que recibe y reparte la palabra amada;  
en Capilla,  
de mis bienaventurados amigos  
perseguidos y justos.

Casas hecha rincón,  
sucucho, taller,  
lucha, sueños, vida.

Casas que algún día  
harán esquina con la plaza  
y los vecinos todos  
en la filarmónica se encuentren;

casa que estarán llenas de bullicio,  
juguetes y travesuras;

de coquetería, artesa  
y amorosos labios.

Será una hermosa casa  
construida por todos codo a codo  
con cimientos de sonrisa y pena  
sobre los escombros tristes  
de la barraca demolida.

**Así es el choquero**  
**Jorge Montealegre Iturra**

Negro como el carbón de Lota,  
el cuervo y la boca del cañón.  
Así es el choquero,  
bueno y malo  
como el que habita el Misisipi.

Ennegrecido  
por la lumbre hermosa  
que ilumina la noche  
que abrasa y quema  
(que consume poco a poco  
la leña que fue árbol,  
el árbol que dio fruto,  
el fruto que fue nuestro).

Negro amigo  
codiciado por la fraternal fogata,  
valioso prendedor negruzco  
de la dama ardiente  
del brillar de chispas y estrellas.

Así es,  
alegre y triste.

Tiznado

bajo un puente del Mapocho  
aguardado por el niño y el perro,  
la infantil miseria  
y el ladrido hambriento  
que esperan de ti,  
choquero,  
tu calor vital y alimenticio,  
con gustito a casa y familia  
...hogar que se esfuma  
entre el vapor huidizo  
de tu apenada boca.

Choquero fiel  
de la pausa de la jornada sudada,  
del desayuno proletario  
y el cuarto kilo de pan  
engaño del hambre asalariada.

Sí, así es:  
pobre y pobre.

Compañero inseparable  
del trotamundo aventurero,  
eres guitarra y sandalia errante,  
caminante humilde  
de la senda  
que el vagabundear recorre.

Choquero chacabucano  
habitante de la cocina fría,  
de la melancólica llama,  
del fogón sin dueña.  
Silencioso testigo  
de la intimidación triste  
que se bebe sorbo a sorbo  
con nostalgia y rabia.

Así es,  
prisionero y libre.

Choquero que haces posible  
la conversación del café,  
la rueda del mate amargo,  
el hogar presente en el recuerdo,  
la choca guitarreada  
y el agüita caliente de esperanza  
que hierve día a día  
en el choquero de la historia.

Así es:  
negro,  
alegre y triste,  
pobre,  
libre y prisionero.

Así es el choquero.

**Al final de una carta**  
**Rafael Eugenio Salas Cabrera**

*A Flor*

Te quiero mucho, amor  
más de lo que expresan las palabras,  
más de lo que te puedo decir en un poema,  
más de lo que dicen estas cartas.  
Mi amor es la suma de tu vida y mi vida  
y más aún  
es lo que seamos capaces de reflejar  
en la vida de nuestros hermanos,  
es la solidaridad,  
es nuestra libertad unida a la de todos  
para mirar las estrellas,

para besar el mar,  
para recibir el sol sin temor,  
para transmutar la luna en poesía  
sin horario,  
libertad para besarte a cada hora  
y volver a ser el albañil de tu alegría.  
Así te quiero, amor,  
y mucho más.

**Tres pensamientos frente a la reja**  
**Oswaldo Yáñez**

I

Si enterrara mis falanges  
en la arena de la pampa  
antes de encontrar caliche  
encontraría tus huesos.

II

Me basta mirar el cielo  
para encontrarte  
allí...  
cerca de Orión  
como una estrella más  
en la pedrería del norte  
¡Como un arrebol del atardecer pampino!  
Allí...  
¡Tan lejana hoy!

III

Rostros llenos de caminos  
van buscando estrellas  
que el viento escondió.

Eres sólo un recuerdo  
sobre el horizonte de arena y sol.

Te has quedado en las dunas  
prendida al silencio de eterna ilusión.

Noche, viento y camanchaca  
cubriendo tu ruta de gran soñador.

¡Tan cerca antes!



## Canciones seleccionadas

### Querida madre mía José Gómez Cerda

I

Querida madre mía  
de aquí yo ya te canto  
no quiero yo tu llanto  
porque yo estoy aquí

II

No quiero que sufras  
más de lo que has sufrido  
por eso yo te pido  
que vivas feliz

III

Te pido que no pienses  
En estos sufrimientos  
Yo quiero estar contento  
Al no verte sufrir

IV

Te pido que me ames  
no me echas al olvido  
tan sólo eso te pido  
y yo seré feliz

**Viento errante**  
**Patricio Hermosilla**

I

Oh viento errante  
que soplas furioso  
el oro dormido  
que mi paso muerde  
haz fruto en sus labios  
el ansiado beso  
que en mi alma crece.

II

Oh viento errante  
reptil que suspiras  
Mercurio que gimes  
a mi amada, vete  
y prende en su pecho  
la rosa negruzca  
de mi amor ausente.

III

Oh viento errante  
susurro que duermes  
la llaga que llora  
en mi pobre alma  
que espera el retorno  
viajero invisible  
dile a mi amada.

IV

Oh viento errante  
y si me hago pampa  
me llamaré viento  
y en ti viviré  
para hacer mía  
en un beso de aire  
la que tanto amé  
oh viento errante.

**El elefante sin oreja**  
**Letra: Guillermo Torres Gaona**  
**Música: Santiago Cavieres Korn**

I

El elefante estaba muy abandonado  
tenía una sola orejita desde niño  
nadie le hacía ni siquiera un guiño  
lloraba en su escondrijo, desolado.

II

Un día sus tierras abandona  
siempre con una sola oreja  
No lo supo ni la comadreja  
porque voló y voló sin corona.  
Y llegó lejos, allá por el norte seco  
a mejorarse de la soledad,  
pero encontró a otros en orfandad.  
Su llanto regó la tierra, y parió un eco.

III

Todos, todos, notaron su carencia  
y le entregaron entero su cariño  
y lo arrullaron como si fuera un niño  
para quererlo, con paciencia

IV

Del sur recibe también amor  
Son mis hijos muy preciados  
que tanto lo han amado  
hasta llorar con su clamor.  
Elefante, elefantito  
ya que tienes dos orejas  
y también dos luces regias  
caminando, caminando, despacito

V

Eres un nuevo Dumbo mal tallado  
que naciste bien acompañado  
eres por eso de mis hijos hermano  
Serás siempre por ellos, adorado.

**Carta de un niño**  
**Rigoberto Viollo Vergara**

I

¡Oh qué magia qué sueño es la carta!  
La de un niño es un cuento feliz  
hoy te veo jugando allá lejos  
y tu risa me llega hasta aquí.

II

Papito, mi perro me trae piedritas,  
y también le esconde la ropa a mamá  
aprendió a saludar a todos, estirando su manito,  
y se echa a mis pies a conversar.

III

Estoy obediente y me acuesto temprano  
escribo y leo una lección,  
el viejo pascuero me trajo pistolas de mentira  
Y ¡chao papito, que estés bien!

Luz de Chacabuco  
Oswaldo Yáñez

I

Desde una estrella lejana y azul  
Chacabuco es un lago de luz  
y los hombres caminando van  
con sus sueños eternos de amor.

II

Y la golondrina que viene del mar  
en el cielo escribiendo está  
un mensaje lleno de esperanzas  
que el viento borra y no deja llegar.

III

Pero un día podrá estrechar,  
aquel corazón ausente  
que hoy esperando está,  
entre sonrisas de niños  
en el lejano lugar.



## Crónicas sobre el festival

Ya realizado el Festival de la Poesía y la Canción de Chacabuco, el diario mural *Chacabuco 73* hizo una crónica de evaluación que concluye con una frase críptica que la comunidad chacabucana, en la disputa por reivindicar su identidad, entendía muy bien: “esto somos y no aquello”.

Posteriormente, ya en libertad algunos de sus protagonistas-organizadores recordaron el evento en sus testimonios, algunos especialmente para esta recopilación, aportando con sus voces a una memoria polifónica. Así, compartimos aquí el relato testimonial y las crónicas de quienes apoyaron la categoría Poesía: de Alberto Gato Gamboa (1921-2019), quien colaboró en la corrección de textos y en la difusión del evento en el diario mural, sin imaginar entonces que en el año 2017 recibiría el Premio Nacional de Periodismo. Del Gato tomamos un fragmento de su *Viaje por el infierno*, de 1984. Con gran generosidad escribieron para este trabajo —sin saber cuándo podría ser publicado— Franklin Quevedo (1919-2012), Hugo Salvatierra (c.1937-c. 2004), que integraron el Jurado literario; también lo hicieron Ernesto Parra, quien integró el Jurado de la categoría Canciones; y Manuel Cabieses, encargado entonces de la Comisión de Cultura del Consejo de Ancianos. De Mario Céspedes (1921-2007), quien fue integrante del jurado, maestro de ceremonia del festival y conservó los poemas seleccionados, transcribimos el prólogo que escribió para el libro de Santiago Cavieres *El son cautivo*, de 1987.

## Crónica del diario mural de los prisioneros

El “Festival de la Canción y la Poesía, realizado en el Campo de Prisioneros de Chacabuco” mostró arte, imaginación, ingenio y, sobre todo, la superación del hombre ante la adversidad.

Allí nuestros compañeros mostraron diversos trabajos en pintura, acuarelas, tallados en madera, ónix, tallados en cobre, forjados en fierro y cientos de cosas más.

Hubo, eso sí, un rincón preferido, el toque mágico de una feria. Fueron exhibidos los dibujos que, desde los lejanos hogares, nuestros hijos nos enviaron como mensaje de fe y esperanza. Cada dibujo llegó al corazón.

Al concurso se presentaron 41 poesías y 11 canciones, con música y letra. Quedaron seleccionadas diez poesías y seis canciones.

Una vez más, nuestros hermanos obreros, intelectuales, músicos, estudiantes y profesionales dieron a conocer su garra, su hondo sentido artístico de la nada, sin mayor experiencia, los concursantes nos ofrecieron verdaderas joyas.

Los aplausos que consiguieron, las ovaciones que se escucharon en el teatro, dieron la pauta de que la inteligencia no se aplasta con nada.

Como esto debía nacer y no morir, a las horas de realizarse el festival nació un Taller Literario. Es un agitar literario que recorre las callejuelas del campo y también en el espíritu de cada compañero.

Todo esto constituyó una victoria, una superación ostensible. Derrotamos a la adversidad, haciendo fuego y vida aquellas frase: “Esto somos y no aquello”.

## Fiesta de la poesía

Mariano [Requena], el médico que fue designado por unanimidad el primer jefe del “Consejo de Ancianos”, había detectado, junto a sus colegas, el tremendo potencial creativo de los detenidos en Chacabuco.

Comprendió que era necesario encauzarlo por canales que no sólo ocuparan la energía y la inteligencia, sin importar su condición social ni su nivel cultural, sino que todas esas cualidades, de inapreciable valor, debían dar origen a realizaciones tan positivas que levantarán el ánimo a todos esos hombres humillados a quienes se quería convencer, nada más que por la fuerza, que éramos de segunda clase. [...] Muy pronto se conocieron proyectos, programas, competencias. Era muy interesante partir con algo que alcanzara un éxito rotundo.

Fue entonces cuando se lanzó el “Primer Festival de la Poesía y la Canción de Chacabuco”.

No se tenían muchas pretensiones. Pero el número de canciones y poemas que se recibió superó todos los cálculos de los organizadores. En cada poema, en cada canción, hubo dramatismo, pureza, amor, emoción y hasta ingenuidad.

Recuerdo haber ayudado en la corrección de algunos originales. La mayoría de sus autores eran poetas obreros. Y aunque estaban divorciados de las reglas gramaticales, entregaron retazos de ternura, con sensibilidad no soñada [...].

Había en el campamento un objeto que resultaba imprescindible para todos los compadres. (Puede que este término no encaje en este relato. “Compadre” significa otra cosa. Expresa otro tipo de afinidad entre dos seres humanos. Pero en Chacabuco significaba “compañero” porque hubo un jefe de campamento, que en una explosiva circular, prohibió usar el término “compañero”. Nosotros lo cambiamos por “compadre”).

Ese objeto era el choquero.

El choquero era un tarro, generalmente de Nescafé o de duraznos, al cual se le ponía un alambre como oreja y se colocaba arriba del fogón para calentar el agua. Tenía múltiples usos. Servía de tetera, de cafetera, para hacer huevos cocidos, huevos duros, para calentar la cola que usan los mueblistas, incluso hasta para fabricar una nutritiva sopa instantánea.

El choquero era como un símbolo.

Ninguna casa, en el campamento, dejó de usarlo. Y como era un símbolo, no faltó un poeta que, entre rejas, le cantó. Ese poeta era un muchacho de 19 años, Jorge Montealegre, que presentó dos

poesías al concurso. Con “Así es el choquero” se ganó una ovación que duró más de cinco minutos.

Santiago, un prestigioso abogado santiaguino, fue otro de los poetas laureados. Presentó poemas y sonetos que fueron seleccionados entre los ganadores. Santiago era padre de cinco hijos. Uno de ellos nació mientras se encontraba en el norte. Romance del hijo que nació lejos fue un poema particularmente tierno, que inundó de lágrimas los ojos de quienes lo leyeron. Pero un soneto, que tituló “libre”, ganó muchos aplausos en ese exitoso festival.

ALBERTO GAMBOA SOTO

Santiago, 1984

### La poesía florece en la arena

En el corazón de uno de los desiertos más inhóspitos del mundo se realizaba a fines del año 1973 y durante 1974 una multifacética, apasionada, fértil y circunscrita actividad cultural.

Circunscrita porque estaba encerrada por una cerca de alambres electrificados, con ocho torres construidas estilo arquitectónico Buchanwald, pertrechadas de gruesas ametralladoras, luego un campo minado y más allá un par de tanques dando vueltas alrededor de la abandonada oficina salitrera de Chacabuco, convertida en un Campo de prisioneros, cuyo efímero oscilaba en alrededor de 1.000. Si salía un grupo libre o al exilio otro grupo ingresaba.

Se crearon coros y conjuntos musicales, el más destacado fue el Conjunto Chacabuco, dos compañías teatrales y la Universidad de Chacabuco que impartía cursos de astronomía, de altas matemáticas, inglés básico, medio y superior, francés, alemán e italiano, y también cursos elementales, siete personas entre obreros y campesinos aprendieron a leer y escribir.

El *show* de los sábados se hizo famoso por su alta calidad. Los periodistas prisioneros organizaron un diario mural que se renovaba semanalmente, con sus secciones bien delimitadas, incluso contaba con un consultorio sentimental firmado por Jean de Fremisse, que se había hecho popularísimo en el diario *Clarín*.

Jean con sus famosas cartas de amor también se encontraba prisionero. Este diario mural organizó un concurso de cuentos y otro de poesía. Recuerdo que, en este último, del cual fui jurado, participé una gran cantidad de prisioneros. Fue ardua la tarea selectiva. Finalmente triunfó el poema titulado “El choquero”, sencillo, significativo y pleno de humanidad. El choquero era un tarro vacío de duraznos, negro de hollín por los cotidianos calentamientos de agua en pequeñas fogatas para tomar té o café —la *choca*—.

Su autor resultó ser el prisionero más joven del Campo, Jorge Montealegre, que entonces tenía 19 años, y ahora es un poeta con toda la barba —literal—, con numerosos libros publicados y una fama bien conquistada y asentada.

Esto ocurría en el Norte Grande, curiosamente, en las antípodas, en el extremo sur, en la Isla Dawson, transformada también en Campo de prisioneros por la dictadura militar, surgió otro joven prisionero de 17 años que se reveló como un excelente poeta, Aristóteles España, que al igual que Montealegre, ha publicado poemarios y conquistado firme prestigio en la poesía chilena contemporánea.

FRANKLIN QUEVEDO  
1996

### Me tocó ser jurado en un concurso de poesía

La idea de la poesía, como medio, debió haberse hecho presente en los prisioneros desde la antigüedad. Cuando esclavos en Egipto, Asia Menor o Roma; o siervos en Inglaterra, Francia; o quienes lucharon por la libertad de España, Alemania en este siglo, estaban obligados a reflexionar, a pensar disfrazando una realidad, como la impuesta por los gobiernos dictatoriales en Chile y América Latina.

No quiere decir esto que debemos volver la espalda a la historia —no pocas veces trágica—, sino por el contrario, comprender que, en situaciones extremas, la imagen se constituye en una aliada esclarecedora del presente que se nos obliga a vivir.

Lo que más hubo de sorprenderme, en los primeros días de nuestra detención en el Estadio Nacional, tras llevar a cabo una conversación sobre el arte escénico, no fue la discusión que se produjo tratando de desentrañar el problema esencial del teatro, la música, al igual que el de la poesía, consistente en descubrir qué es el arte; sino constatar, cuando de nuevo estuve junto a mis compañeros, tirado sobre las frías losas, en el silencio y la oscuridad, que durante un par de horas había olvidado completamente la posibilidad de que en momentos más, las pesadas cadenas de la puerta de nuestro encierro, chirriaran para escuchar estentóreo mi nombre o el de algún compañero y tal vez desaparecer, un hielo recorrió mis venas.

Cuando se nos llevó a Chacabuco, nos restaba saber qué haríamos en el desierto, a mí me tocó ser jurado en un concurso de poesía.

La orden, sin embargo, pese a que debí resistirla por no saberme capacitado, valía la pena acatarla.

Franklin Quevedo, Vicente Sota, Mario Céspedes, más el que suscribe estas líneas, hundimos nuestras miradas en manuscritos cuyo soporte, dadas las circunstancias de disponer de precarios medios, no era el más formal; pero cuyas entonaciones rítmicas nos hacía estar seguros que leíamos poesía. La leímos con preocupación de hallar versos surgidos en la violencia ejercida contra nuestro pueblo, contra quienes llegábamos a un campo de concentración que nos ayudaran a entender esos momentos.

Uno a uno pasaron ante nosotros versos cuyos autores no recuerdo. Sin embargo, fue “El choquero”, entonces, lo que me hizo pensar en un hallazgo. Ahora pienso que fui injusto ya que, con el poema mencionado, otros, varios, todos, valió la pena leer.

Cuando por la noche, bajo las estrictas disposiciones de un toque de queda que nos hacía imposible la salida de las casas que nos servían de celdas, recordando el calor, la pasión, el enajenamiento puestos en defender “El choquero”, pensé que durante algunas horas había olvidado nuestra condición de prisioneros de guerra y que al día siguiente o en pocos días más, nuestro imprevisible destino podía disponer nuestra desaparición.

Pero ya no fue el hielo el que recorrió mis venas, sino la confianza que, junto a las generaciones que habrían de sucedernos, volveríamos a silabear esos poemas.

HUGO SALVATIERRA  
19 de febrero de 1998

## Jurado en el Festival de Chacabuco

La música estaba antes de la existencia humana. Nace con la naturaleza y sobrevivirá a la extinción de nuestra especie. Por lo mismo, ha estado y estará presente mientras vivamos, acompañándonos en cada instante, en cada respiro, en cada nacimiento, alegría, pena, sufrimiento, congoja y en cada despedida, por lo que su compañía resulta más significativa y relevante que nuestra sombra. Aunque muchas veces nos parece ausente, ella está, crece, se agranda, se moldea, se escabulle, se silencia, siempre está y, por ende, se ha presentado en nuestras experiencias y nosotros la hemos cultivado, le hemos dado otras formas, otros perfiles, dibujado frases, dinámicas, interpretado, conducido, dirigido. Y siempre ha sido nuestra compañía.

Por ello, es que cuando me invitaron a participar de jurado en el Primer Festival de la Canción y la Poesía en Chacabuco, los pensamientos me llevaron a recordar el breve camino que había vivido desde que luego de las atrocidades vividas inmediatamente después de mi detención, al llegar al Estadio Nacional ya pude respirar más con mayor tranquilidad, engullir un mendrugo y beber un tazón de café de higo en las galerías del Estadio Nacional. Y como se continuaba entretejiendo una nebulosa desordenada e imperceptible red de sonidos en mi cabeza, pero que no podían ser interpretadas, ni hilvanadas. La música seguía rondando en mí y se re-convirtió una vez más, en mi amante compañera, que había estado conmigo desde mis años de infancia.

Con Angélico, con quien me había encontrado y hablábamos a diario en las galerías del Estadio, recordábamos instantes de la peña, de nuestros antiguos compañeros, de lo horrible que

había sucedido a Víctor, de otros músicos, nos explicábamos que sólo en las cabezas de los actuales gorilas podía existir el criterio de prohibir nuestros instrumentos, la quena, el charango, el cuatro, la música de la Nueva Canción. Por suerte, comentábamos, la Chabela, Pato Manns y otros habían logrado sortear la situación represiva, asilándose.

Nos preocupaba mucho el momento que vivíamos y nos hacía soñar con responder a esa situación con música. Pero estaba prohibido, tal como lo señaló Minoletti al recibirnos en Chacabuco en aquella gélida y oscura madrugada de noviembre, haciéndonos correr por un callejón oscuro, pero encegueciéndonos con un foco para que no viéramos los puntapiés, los culatazos, los combos, los golpes ni los protagonistas de los gritos de insulto que nos vociferaban recordándonos a nuestras madres. A la vez que nos hacía vaciar nuestro equipaje, gritaba nuestros nombres y allí fue cuando le dijo a Angélico: “Aquí está prohibida tu música y aquí vas a componer música de Los Quincheros”. Quedaba clara la censura.

A nuestra música querían hacerle el mismo daño que a nosotros...

Una vez establecidos en el Campo y ya familiarizados con el ambiente, nos dimos a la tarea de invitar a otros compañeros y formamos el conjunto Los de Chacabuco. La dirección de Ángel en el mismo grupo fue relativamente corta, pero muy productiva y, cuando él salió, me tocó asumir dicha responsabilidad. Como tal, fui invitado a formar parte del Jurado del Primer Festival de la Canción y la Poesía que se realizaría en el campamento de prisioneros.

De dicho Jurado, recuerdo a Iván Quezada, director del coro y que, según él, este coro de compañeros era más grande que le había tocado dirigir, ya que nos dirigía en la retreta matinal que todos debíamos saludar el día con nuestro himno patrio, los cerca de 800 prisioneros. Además, dentro del Jurado estaba un par de representantes del Consejo de Ancianos, que bien pudieron haber sido Mariano Requena, como presidente de nuestra máxima organización y/o Vicente Sota, por su cercanía a la música, y probablemente otros compañeros, cuyos nombres no recuerdo.

Debíamos seleccionar las mejores canciones de las 11 que enviaron los participantes, pero el carácter del concurso no seguía la misma norma de los festivales, ya que no habría primer, segundo ni tercer lugar, porque el principio central que regía el evento no debía tener carácter ni competitivo ni clasista, tal como nos enseñaban otros famosos festivales. Sólo significaba expresar con canciones nuestros sentimientos, nuestros recuerdos, nuestras melancolías, nuestros estados de ánimo, aquellos ya nuestros paisajes, nuestras vidas, nuestros amores, nuestra lucha y nuestra resistencia al modelo que se estaba imponiendo en nuestro continente.

Al final, se seleccionaron cinco temas, de acuerdo con los criterios establecidos por el Jurado, los que tenían una estructura y una forma musical con textos que tuvieran un sentido poético y vinculante a la realidad que estábamos enfrentados y a las temáticas descritas anteriormente.

Los aplausos de los compañeros ratificaron con fuerza la elección que habíamos realizado. Supimos interpretar lo que nuestros hermanos chacabucanos pensaban y querían oír, que gracias a la experiencia similar que vivíamos, teníamos una mirada artística común, el concepto de estética popular nos unía y nos embriagábamos de orgullo, ya que acabábamos de percibir que una vez más, los esbirros no habían logrado destruirnos, ni doblegarnos, ni destruirnos, porque nuestros sentimientos y nuestras manifestaciones artísticas, especialmente musicales, porque la música tampoco había sido derrotada, porque a la música no se le vence, porque tiene su origen y pertenece al mundo del amor.

ERNESTO PARRA NAVARRETE  
Jurado de canciones

## La poesía alborotaba los corazones

En Chacabuco había dos clases de prisioneros: los poetas y los otros. Los primeros éramos casi todos y así se demostró en el Festival de la Poesía que organizó la Comisión de Cultura del Consejo de Ancianos. Decenas y decenas de poemas llegaron en el plazo

fijado en la convocatoria. Por supuesto todos escritos a mano en papeles de diverso tipo, desde el *block* de cartas o las hojas arrancadas a cuadernos de composición y matemáticas, hasta el reverso de viejas planillas de contabilidad utilizadas en la antigua oficina salitrera. Plagados de errores ortográficos, casi todos buscaban rimar estrofa con estrofa. El tema recurrente, desde luego, era el amor. Amor por la compañera lejana, por los hijos o los padres. Muchas añoranzas de la libertad perdida. Referencias, aunque veladas, a la lucha contra la dictadura. Elogios al compañerismo y solidaridad encontrados en Chacabuco y en otras prisiones. Recuerdo a un compañero panadero que casi a diario iba en mi búsqueda para entregarme nuevos poemas, recién salidos del horno. Yo le sacaba el cuerpo porque no sólo tenía que recibir sus poemas —lo cual era mi obligación—, sino también escuchar su lectura e ingeniármelas para dar algunos consejos presuntamente “doctos” que alentarán su nueva vocación.

Sucede que era imposible no sentirse un poco poeta en Chacabuco. En medio del desierto de Atacama (calor de día, frío en la noche), en los años 20 del siglo pasado albergó hasta 7.000 habitantes. Familias completas y también obreros solteros. La mayoría provenían del sur e intentaban ahorrar parte de sus salarios para volver algún día a arar la tierra. Sin embargo, sus sueños y esperanzas se marchitaban según pasaba el tiempo. A nosotros, que heredamos los escombros de Chacabuco y las sombras de sus antiguos moradores, nos ocurría algo parecido. También añorábamos la familia y el hogar lejano. Alrededor de 900 prisioneros nos habíamos convertido en señores de un espacio cercado por alambradas y torres de vigilancia. Si se hacía abstracción de los soldados que nos observaban acariciando el lomo aceitoso de sus fusiles-ametralladoras, uno podía imaginar que estaba en libertad y actuar como si el espejismo fuese realidad...En ese instante, en estado de trance que borraba los contornos de las alambradas y del campo minado —que casi a diario despedazaba perros vagos del desierto—, comenzaba el poema de cada día.

En el Consejo de Ancianos nos preocupábamos de organizar cientos de actividades. De lo que se trataba era de mantener la mente y el cuerpo ocupados. No dar lugar al “caldo de cabeza”

que hace detonar la demencia en la prisión... Así surgieron una universidad popular, un policlínico, una pulpería, un correo, un club deportivo y hasta un observatorio astronómico. Se alfabetizaba y se dictaban cursos de idiomas, filosofía, primeros auxilios y conocimientos de medicina, construcción, agricultura, periodismo, psicología, etc. Estaban los periodistas que mantenían un diario mural. Los artistas, cantantes, tramoyistas y directores de escena que ensayaban hasta la perfección el *show* de los domingos. El coro cantando el “Himno a la Alegría” de Beethoven que siempre nos hacía lagrimear. Estaban los que leían el tarot y los que practicaban el espiritismo. Los deportistas y sus campeonatos de fútbol y atletismo. Las competencias de ajedrez y las exposiciones de artesanía, dibujo, grabado y acuarela. Estaban los católicos y evangélicos con sus oraciones. Estaban los partidos políticos en la clandestinidad de la prisión. Y una vez al mes, estaba el delirio: la visita de los familiares. El amor de carne y hueso de nuestras valientes mujeres, de nuestros hijos, de las novias y los padres de los más jóvenes.

Chacabuco era un hormiguero de incesante actividad. Al llegar la noche —noches del desierto cuajadas de estrellas que se derraman sobre la tierra—, nos acostábamos cansados. Pero la noche también era para escuchar Radio Moscú y Radio Habana que nos informaban lo que sucedía en el país de más allá de las alambradas.

En ese terreno árido hecho de jirones de recuerdos y de leyendas pampinas floreció la poesía y esto permitió convocar a un festival que abrió cauce a los sentimientos apenas contenidos por la dignidad que nos imponíamos en nuestro comportamiento como “prisioneros de guerra”.

Los poemas de Jorge Montealegre, Rafael Salas, Santiago Cavieres, Héctor Benavides y demás compañeros, cuya lectura nos hicieron sentir aquella emoción que nubla la vista, forman parte de la historia del Campo de prisioneros de Chacabuco. Son testimonio de una realidad diferente, más humana, que construimos nosotros mismos para derrotar el temor y tejer la solidaridad, el valor más alto de la especie humana.

Si nuestra experiencia en Chacabuco nos permitió escapar a la pesadilla del horror, bien vale la pena rescatar ese y otros sueños

para intentar —una vez más— construir la sociedad solidaria y sin fronteras que se dio en las prisiones y en la clandestinidad.

La poesía, sin duda, puede ser un hilo conductor de este esfuerzo. Porque ella es el eco de sentimientos muy profundos del ser humano, como los que florecieron en el desierto.

MANUEL CABIESES DONOSO

Diciembre de 2013

### Palabras para Santiago

En enero de 1974 hubo un singular concurso de poesía y música en el más inusitado lugar del mundo: el Campo de Chacabuco en la zona desértica del norte chileno. Por razones de la sinrazón, ese campo había sido transformado en campo de concentración de detenidos políticos, o “retenidos”. Tan extraña condición dio al campo fama internacional, que aún no ha perdido.

En aquel concurso participaron muchos de los presos políticos, que escribieron o musicalizaron sus experiencias y las contaron y cantaron ante sus compañeros de reclusión. Pese a las precarias condiciones materiales, el concurso fue algo muy serio. Un Jurado de tres miembros para cada género literario o musical premió con justicia no resquebrajada ni comprometida a los mejores del concurso. Y les entregó las más inverosímiles condecoraciones: un tarro de café en polvo, un cuarto kilo de queso o una porción de jamón, artículos que en aquellas circunstancias adquirirían una dulce embriaguez poética.

Así surgieron estos poetas cantautores de Chacabuco que creaban poesía y música tras las alambradas que la sinrazón había erigido.

Jorge Montealegre, Ángel Parra, Eugenio García, el arquitecto [Rodolfo] Harding y su colega [Germán Andrés] Crisosto, Manuel Ipinza, Guillermo Cisternas, Marcelo Concha y este Santiago Cavieres ilustran un hecho del que hay que dejar constancia: el poeta que todos llevamos dentro —y que suele no expresarse nunca— emerge a veces sin ser llamado, al calor de desgarradoras

experiencias. Chacabuco fue una de ellas. Una desgarradura para más de mil hombres que adquirieron voz lírica gracias, precisamente, a esa circunstancia. Enamorados, todos llegamos a ser, de alguna manera, poetas. Lo mismo cuando se sufre una honda pena, como aquella superlativa que es perder la libertad. Y ocurrió que, en septiembre de 1973, en días aciagos para el porvenir de Chile, grupos de chilenos fueron diseminados en diversas prisiones que levantaron sus pavorosos perfiles a lo largo del país. Uno de estos perfiles fue el de Chacabuco, antigua oficina salitrera abandonada desde 1938. Allí vivieron en cautiverio más de mil quinientos ciudadanos de la más variada condición y edad. En medio del aplastante silencio de la piedra —y tras las alambradas, las torres y los perros de Chacabuco— vieron transcurrir tres, seis, diez o más meses alimentando la esperanza de un proceso liberador que, para su desesperación, tardaba en llegar. El dolor de esa prisión levantó en muchos de ellos la voz poética que, sin saberlo, dormía en el fondo de sus almas. El carpintero cantó para no enloquecer; el economista vertió sus angustias en el papel y el profesor aprendió el secreto alfabeto de la poesía.

MARIO CÉSPEDES  
Julio de 1987



Esta colección forma parte de la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado UTE-USACH y se enmarca una iniciativa de la Universidad de Santiago de Chile por la preservación de la memoria

Rector  
Rodrigo Vidal Rojas

Presidenta Comisión 50 años  
Cristina Moyano Barahona

Director de la colección  
José Santos Herceg

Comité editorial  
Felipe Cussen Abud  
Catalina Echeverría Ibieta  
Galo Ghigliotto Ghigliotto  
Sandra Navarrete Barría  
Carolina Pizarro Cortés

Este libro fue posible gracias al apoyo de la Universidad de Santiago de Chile a través de la Vicerrectoría de Vinculación con el Medio. En la presente edición trabajó el equipo completo de Editorial Usach

Galo Ghigliotto (director) - Catalina Echeverría (editora)  
Andrea Meza (diseñadora) - Ana Ramírez (diseñadora)  
Consuelo Olguín (editora adjunta) - Martín Angulo (jefe administrativo)  
Claudia Gamboa (secretaria) - Daisy Fariás (auxiliar de servicio)  
Emiliana Pereira (jefa comercial) - Javier Solís (ventas)  
Pablo Masquiarán (asistente de bodega)

\*

Esta  
primera  
edición de

*Noticias de un pueblo  
fantasma. Chacabuco:*

*prisión y verso libre* se terminó de  
imprimir en noviembre de 2023 en los  
talleres de Eclipse Impresores con un tiraje  
único de 500 ejemplares.

Para los textos de portada se utilizó  
la tipografía Eurostile; para  
el interior se utilizó la  
tipografía Stempel  
Garamond LT  
Std.





La posibilidad de que un campo de prisión se convierta en un espacio intelectual y creativo. Ese es el testimonio que entrega Jorge Montealegre en *Noticias de un pueblo fantasma. Chacabuco: prisión y verso libre*, donde rememora sus días como preso político en uno de los centros de detención más grandes que hubo durante la dictadura.

Fue en esa oficina salitrera abandonada que Montealegre se descubre como poeta. A partir de esa escritura, el autor revisita no sólo sus textos y memoria personal, sino que, como una ritualidad no programada, regresa a Chacabuco. “Podría volver al dolor, a compadecerme bajo la frazada; pero también hay ‘una extraña felicidad compartida’ que vale la pena —sí: la pena— relatar”.

Esta colección reúne obras relativas al golpe de Estado y a la dictadura chilena, situando en el centro a la Universidad Técnica del Estado (UTE), para dar cuenta de sus efectos. Está compuesta de estudios académicos, documentos, entrevistas, testimonios, reportajes y textos literarios de autores disímiles en cuanto a su formación, inclinación política y pertenencia institucional.

